



Los dueños de La Perinola

El caso de los *verdes* y *colorados*
en un pueblito de jurisdicción no delimitada

Los dueños de La Perinola



Hernán Hermosa Mantilla

Los dueños de La Perinola

El caso de los *verdes* y los *colorados*
en un pueblito de jurisdicción no delimitada



2015

Los dueños de La Perinola. El caso de los verdes y los colorados en un pueblito de jurisdicción no delimitada

Hernán Hermosa Mantilla

Ira edición: ©Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
Casilla: 2074
P.B.X. (+593 7) 2050000
Fax: (+593 7) 4 088958
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

Área de Ciencias Sociales
y del Comportamiento Humano
CARRERA DE ANTROPOLOGÍA

Diagramación: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN UPS: 978-9978-10-217-6

Impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, junio de 2015

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana

Muchos personajes y ambientes de esta historia son reales, simplemente había que despolvarlos para que no se perdieran en el anonimato.

“... la evidencia se demuestra
pero no se proclama”

Juan Teba

Prólogo

Tiempo después de mi permanencia en La Perinola, cuando apenas flotaban sus recuerdos como pelusas, observé en Quito a uno de sus personajes en plena Colón y Amazonas. Yo iba en un bus que se movía a paso de tortuga, mientras él caminaba buscando alguna información en los rótulos de los almacenes. El profesor Pico siempre fue un provocador incansable y, seguramente por eso, se me vino a la mente el comentario que alguna vez hizo en una reunión de amigos: “En la turbulencia que vivimos, no caben los indecisos. Somos de un lado o somos del otro. No podemos ocultar nuestra bandera para que otro imponga la suya, aunque muchos cambien de colores como el camaleón”. Y yo, ese mismo instante le había sugerido: “¿Por qué no escribes un libro con lo

que dices?”. El profesor Pico, vanidoso como era, me respondió: “Te autorizo que la escribas y me compartas las ganancias”. La idea de articular un libro con el pensamiento del profesor Pico junto a mis apuntes sobre la rivalidad entre los verdes y los colorados empezó a tomar cuerpo cuándo La Perinola se convulsionó y desaparecimos del mapa. Pero ese día de congestión en la Colón y Amazonas me pasaron muchas cosas raras, como si la fantasía se hubiera confabulado conmigo poniendo los personajes del pasado al alcance de mi mano. Serían tres cuadras más arriba cuando distinguí a Mamerto Bey en la misma actitud contemplativa que el profesor Pico minutos atrás. Solo de imaginarme un tropezón casual entre ellos se me puso la piel de gallina: ¿Qué podría hacer yo para que la casualidad no ocasionara encuentros desagradables? Por momentos pensé que la angustia del tráfico asfixiante estaba provocándome alucinaciones, hasta que unas cuadras más allá me bajé para seguir a pie y, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, me encontré frente a frente con el profesor Pico que ya había avanzado lo suficiente. “¿Qué pasó con el libro?”, me increpó, como si por mi culpa las páginas de la historia se hubiesen atrofiado, pero atiné a responder: “Te prometo que a partir de esta noche me pondré a escribir una novela del conflicto de La Perinola”.

Hernán Hermosa Mantilla

Quito, agosto de 2014

Los primeros días

Empezaba junio de 1980 cuando llegué a la finca de árboles exóticos donde vivía el Jefe de Salud de Colorado con un par de perros afganos que salieron amigables a recibirme. Atrás venía, con un cigarro en la boca, el personaje de recias facciones y avanzada edad al que buscaba.

—Usted debe ser el nuevo inspector de La Perinola —aseveró el doctor Cárdenas—. Le pedí que pasara por aquí para darle instrucciones.

—Soy Tal y Pascual —me presenté—. Es un gusto conocerlo.

Me invitó pasar a la sala que era como un jardín flotante donde había pájaros que entraban y salían como si fuera la prolongación de los bosques tropicales, mientras él encerraba a los perros.

—Prefiero que conversemos en mi casa porque el hospital tiene oídos en las paredes —se acomodó en un sillón, prendiendo otro cigarro de los tantos que se fumaba—. ¿Sabe usted en lo que se está metiendo?

—Solo sé que La Perinola es un pueblo dinámico donde acuden colonos de todas partes...

—Un pueblo que gira y gira como perinola, ja ja ja —absorbió largamente el cigarro para soltar el humo de una vez—. Aquí es donde debo poner los puntos sobre las íes: “La Perinola es tierra de nadie con gente buena y también oportunistas que se escudan tras la bandera verde... o colorada”.

—Manejaré con tino el temporal —respondí, para darle tranquilidad.

—Ojalá, ojalá —comentó el doctor con escepticismo—. Debo advertirle que la Junta Promejoras de los verdes va a sorprenderle como la única autoridad de La Perinola, pero no olvide que hay otra Junta Promejoras de los colorados a la que debemos apuntalar.

Preferí no opinar para escuchar todo lo que el doctor quería decirme.

—Lo importante es que cumpla su tarea sabiendo en qué terreno está pisando —siguió.

—¿Alguna recomendación especial de su parte? —retomé la curiosidad.

—¿Le gusta escribir? —me preguntó.

—Sí —respondí de inmediato—, aunque la inspiración no siempre me acompañe.

Sacó una libreta del bolsillo de su camisa y me dio.

—No la desampare y tome nota de todo lo relevante que observe —sonrió, gesticulando con sus manos—. A lo mejor con eso logramos desentrañar el misterio del gusano.

Yo no sabía de qué me estaba hablando pero hojeé la libreta para ver si esto aclaraba el tema.

— Cuando la tenga llena, venga por otra —me dijo, mientras se retiraba al baño, pero se detuvo en la puerta y me advirtió: “Tenga cuidado que no se le escape de las manos”.

—¿La libreta o el gusano?

—Ya lo irá entendiendo —respondió desde adentro.

Aunque yo seguía confundido, cuando él regresó del baño, levanté la mano como si estuviera en la Corte y dije:

—Le prometo que no perderé de vista al gusano y seré su sombra, pisándole los talones.

—Eso quiero ver —me extendió la mano poniéndose nuevamente de pie—. ¡Que la suerte le acompañe!

Yo también me levanté porque era evidente que el doctor quería descansar y le estreché la mano.

—Quiero su reporte cada mes en mi escritorio —me despidió.

Seguí mi camino hasta llegar a La Perinola en medio de un torrencial aguacero, y cuando puse mis zapatos por primera vez sobre el piso mojado de ese pueblo, solo entonces empezó a correr el tiempo de un capítulo de mi vida marcado por la incertidumbre.

Me bajé a la altura de la gasolinera donde mi prima Sonia me recomendó que lo hiciera si alguna vez me animaba a visitarlos. Caminé hasta su casa de dos plantas con una tienda de abarrotes donde ella vivía con su familia. Ahí me acogieron para que durmiera sobre dos muebles de mimbre extendidos en la sala, un par de sábanas y una colcha que resultaron suficientes para pasar la noche.

A pesar del ruido que provocaba el paso de los buses de lado y lado y la música de rocolas toda la noche, me pareció una experiencia inolvidable hasta que amaneció.

No se qué tiempo habré dormido, pero cuando los habitantes de la casa empezaron a levantarse para ir al baño o lavarse, me levanté yo también y bajé por las gradas al patio de tierra mojada.

—¡Acá está el baño! —me gritó Alfonso, el esposo de mi prima, señalándome una letrina entre patos, gallinas y gatos que correteaban.

—Estos animales son de la inquilina —me explicó Sonia, que bajaba ese momento a preparar el desayuno.

Era entendible que el baño fuera una letrina porque en La Perinola no había agua entubada ni alcantarillado, y debíamos sacar con baldes el agua del pozo para bañarnos.

—Ya se irá acostumbrando —me dijo Alfonso, mientras cogía el primer balde para ocupar el baño—. Aquí todos tenemos letrina y pozo dentro del mismo lote.

La mañana no estaba tan calurosa como la noche anterior, pero se me antojó quedarme sin camiseta como Alfonso y otros vecinos, aunque los mosquitos hacían su agosto en mi espalda.

Después del desayuno fuimos con Alfonso al Centro de Salud donde sería mi lugar de trabajo los próximos meses. Este local ocupaba el primer piso de una casa diminuta arrendada por el Ministerio mientras se construía el nuevo en un terreno donado por don Mesías.

—Mi doctor —saludó Alfonso—. Le presento al primo de mi esposa que viene de inspector a La Perinola.

Luego salió una chica de blanco con fonendoscopio al cuello y me imaginé que se trataba de otra doctora.

—Es la señorita Lila —me corrigió el doctor—. Nuestra enfermera estrella.

Ella me extendió el dorso de sus dedos como queriendo que los besara, pero yo preferí apretarle la mano.

—¿Ya trajo sus cosas? —me preguntó el doctor.

—Solo vine a conocer mi lugar de trabajo —le respondí—. La próxima semana traigo mis tereques.

—Como usted verá esto es todo el Centro de Salud —bromeó, dándose la vuelta en el mismo lugar.

Afuera los pacientes empezaban a inquietarse y el doctor se despidió apretándome la mano.

—Ya veremos cómo nos acomodamos —dijo finalmente, internándose tras la enorme tela que separaba el consultorio con la sala de espera.

Cuando regresábamos a la casa de Alfonso, nos encontramos con un grupo de profesores de la Escuela Piloto, jurisdicción de Colorado, a la altura del parque.

—Qué bueno que nos topamos —comentó Alfonso—. Quiero presentarles al nuevo inspector de La Perinola.

—Soy Tal y Pascual —saludé con los cinco profesores que se dirigían con un balón de fútbol al patio de la escuela.

—¿No habrá un puestito en la “casa de profesores” para que se acomode Tal y Pascual? —les preguntó.

—Este momento estamos completos en la *Casa Blanca* pero en cuanto haya un cuartito te llamaremos —dijo uno de ellos que era profesor del colegio.

PRIMERA PARTE

Camino de los recovecos

Era el día más movido de la semana donde los colonos salían de sus fincas a vender productos y gestionar algunas diligencias. Pero este sábado era la segunda vez que la aglomeración de gente cubría la vereda de la farmacia *Mi Doctorcito*, en cuyo interior arrendaba su consultorio dental el doctor Pacífico. No me interesé al principio porque daba por hecho que era una parada donde los colonos esperaban camionetas para regresar a sus fincas, hasta que me entró la curiosidad por enterarme qué mismo sucedía.

—¿Qué tanto espera la gente? —pregunté a un colono de los que hacían fila.

—El turno del dentista —me respondió.

—¿Del doctor Pacífico?

—No —me dijo otra señora a quien yo no había preguntado—. Allá es la fila para el doctor Pacífico y acá para el doctor Quintero.

—El doctor Quintero es bueno para esto —me recomendó otro, tingándose cada uno de sus dientes con incrustaciones de oro.

Ese último detalle me despertó mucho interés y seguí la dirección de la fila hasta el segundo piso, donde había un pequeño rótulo de “Dentista” y el susodicho atendía con la puerta abierta.

—¿El doctor Quintero? —pregunté.

El atareado dentista ni siquiera regresó a ver de tanto trabajo que tenía.

—Tiene que esperar el turno —contestó su asistente, impecablemente vestida de blanco.

—Soy inspector de salud —le presenté mi credencial en la puerta.

El dentista hizo un alto a su tarea, secó el sudor de su frente con un pañuelo y se puso a leer el contenido de mi credencial.

—Pero usted es inspector de la provincia colorado —quiso minimizar mi presencia—. La Perinola es jurisdicción de la provincia verde.

Tomé nuevamente mi credencial y releí cerca de sus oídos.

—Inspector del Ministerio de Salud asignado a La Perinola.

El dentista se acercó a la puerta y la cerró con el paciente y nosotros adentro.

—Ahora sí, podemos hablar lo que sea —me dijo—. No quisiera que se alarmaran los pacientes.

—Quiero ver su título de odontólogo —solicité, notando que empezaba a preocuparse.

—No lo tengo este momento —me respondió—. Pero si viene la próxima semana...

—De acuerdo —respondí—. Deberá exhibirlo desde la próxima semana en esa pared.

Regresé a la planta baja y descubrí una tercera fila que se encaminaba a otro consultorio donde se leía “Laboratorio Clínico”, a un lado del patio. Observé por unos momentos el movimiento de esta nueva fila que entregaban sus frascos de orina a un dependiente de tez morena que los llevaba tras una cortina donde tomaban muestras de sangre.

—Soy inspector de salud —le extendí mi credencial al dependiente que cogía las muestras.

Ese momento salió una señora de avanzada edad y facciones europeas que me atendió amablemente, invitándome a su espacio de trabajo tras la cortina de tela.

—Aquí tengo mis papeles —me enseñó un certificado del hospital de Canandé que le autorizaba la

recolección de muestras en La Perinola—. Y aquí está mi certificado de laboratorista.

Dos semanas después regresé al consultorio del dentista Quintero.

—Aquí tiene mi título —me presentó un cartón enrollado.

—Con este certificado de mecánico dental usted está autorizado a confeccionar prótesis pero no a sacar muelas —aclaré.

Desde ese momento, aumentó el número de pacientes que iban a sacarse las muelas con el doctor Pacífico, aunque la fila para el mecánico dental se mantenía igual que antes.

—¿Cómo se explica esto? —pregunté al doctor Pacífico.

—Porque las incrustaciones de oro se pusieron de moda —me respondió un viernes por la noche—. Pero lo que realmente debe interesarnos es que el “doctor” Quintero tiene gran influencia en la causa verde.

—Entonces tendré que manejar la situación con mucho tino para evitar complicaciones con una persona a la que se la podría neutralizar simplemente con el compromiso que tiene con usted —me comprometí.

Pero La Perinola se estaba volviendo famosa por la creciente presencia de curanderos y parte-ras que tenía preocupadas a las autoridades del Ministerio. ¿Qué podía hacer yo si no había sufi-

ciente atención médica en La Perinola?, sobre todo porque las parteras y curanderos tenían simpatía en la población.

Hasta que la realidad me obligó a presentarme ante las autoridades de salud.

—¿Tiene usted alguna propuesta en carpeta? —me preguntó el Jefe de Salud de Colorado.

—¡Claro que la tengo! —afirmé—. Que capacitemos a las parteras para evitarnos cualquier conflicto con la gente.

Y asombrosamente las autoridades de salud coincidieron conmigo.

Difundimos la noticia para ver qué reacción provocaba en la población, y una de las parteras que nos visitaba regularmente empezó a interesarse del tema.

—Quiero capacitarme en la atención de partos —nos confesó—. Pueden tomarme en cuenta.

La señorita Lila sonrió.

—No hay de qué preocuparse —le abrazó, como queriendo tranquilizar la supuesta preocupación de ellas—. En La Perinola hay trabajo para todos.

El Ministerio atendió mi propuesta y la capacitación se volvió política de Estado. Doña Elvira, quien era el enlace con las otras parteras, fue la primera invitada al curso de capacitación donde asistieron muchas parteras y curanderas de todo el país.

Dos días después que doña Elvira terminó el curso en la capital, nos hizo llegar un mensaje donde hacía conocer que el próximo lunes estaría en el Centro de Salud. Y así fue como nos encontramos con doña Elvira que esperaba en la puerta con un maletín de curaciones en una mano y una funda con ropa para cambiarse en la otra.

—Quiero demostrarles lo que aprendí en la capital —nos sorprendió, muy segura de lo que estaba diciendo.

Nosotros nos limitamos a mover la cabeza aceptando su pedido, mientras ella se dirigía al baño para cambiarse de ropa. Poco después, para nuestro asombro, doña Elvira salió con un delantal blanco, cofia de enfermera, guantes hipodérmicos, mascarilla de tela y la escoba con la que empezó a barrer lentamente sin levantar polvo.

—Lo primero que debe hacer una enfermera... —detuvo su barrido sosteniendo la escoba como que aplastaba un grillo— es tener limpio el lugar donde trabaja.

—Todo eso está bien —comentó el médico que acababa de llegar—, pero los pacientes empiezan a protestar porque no se les atiende pronto.

—Eso me lo arreglo enseguida —respondió, dirigiéndose a la gente que esperaba afuera con la puerta cerrada. Doña Elvira abrió la puerta y se destapó la mascarilla.

—Como ustedes conocen —les llamó la atención—, acabo de capacitarme en atender partos...

Todos quedaron boquiabiertos viéndole con su nueva indumentaria.

—Yo no sería capaz de hacer mis prácticas sobre un piso lleno de polvo —siguió barriendo con la puerta abierta sin que nadie se atreviera a entrar.

Cuando terminó la limpieza, al cabo de una hora, ella misma abrió la puerta y los invitó a pasar para que la señorita Lila repartiera los turnos. Muchos la conocían en su fase de partera donde se había ganado la gratitud de todos.

Con el pasar de los días, todo lo que había observado en su paso por algún hospital quería aplicarlo a raja tabla en el Centro de Salud.

—No es para tanto —le dije a doña Elvira—. Está bien la limpieza por sobre todas las cosas, pero no debemos hacer esperar a los pacientes toda la mañana.

Luego de unas semanas, doña Elvira comenzó a distorsionar su papel de enlace con sus frecuentes desplantes al personal de salud, poniéndonos en ridículo ante los pacientes.

Parecía que las cosas se nos escapaban de las manos, hasta que de casualidad escuché su conversación con una paciente a quien yo conocía.

—Estoy terminando mi práctica en este Centro de Salud —hablaba en voz baja—, pero a partir del

lunes, pueden mandar pacientes a mi consultorio particular.

Esa fue la gota que derramó el vaso y tuvimos que llamarle la atención.

—No tienen que buscar pretextos para botarme —le dije al director, antes que él comentara del asunto—. Solo quiero que me entreguen el certificado de práctica y me voy para siempre.

—Este mismo instante —dijo el director, abriendo el cajón de su escritorio.

Sacó el certificado de una carpeta que habían enviado de la capital, lo firmó y entregó sin mayor protocolo.

Tiempo después, me encontré en la montaña con una vivienda de caña que tenía un anuncio en la puerta: “Doctora Elvira, paramédica del Ministerio de Salud, atiende partos y toda clase de enfermedades”.

Me acerqué y llamé muchas veces a la puerta hasta convencerme que estaba desocupada, por el momento. Nunca supe si se trataba de la misma persona que se había cambiado de casa o que tenía sucursales en otros lugares de la región.

Los curanderos de La Perinola estaban por todas partes y ni siquiera se dejaban ver. El caso de Cirilo era la evidencia de que los curanderos se servían de cualquier situación para sacarle provecho hasta a la sensibilidad de los mismos médicos cuando las cosas llegaban a complicarse.

Una mañana, llegó Cirilo con un par de comadres cargando una mujer bastante enferma en una improvisada hamaca de caña.

—¿Quién es la señora?, ¿familiar suyo? —le pregunté.

—Es una comadre que vino a pedir posada y se agravó —hizo gestos de samaritano.

El médico del Centro de Salud que admiraba su espíritu cristiano, atendió a la paciente para remitirla al hospital porque requería una operación urgente. Pero Cirilo era un samaritano de todas las semanas que me hacía sospechar de su verdadero espíritu cristiano y, cierta tarde, decidí seguirlo a prudente distancia. Ese día descubrí que la casa de Cirilo tenía un anuncio donde se leía: “Sanatorio”.

—¿Qué tipo de sanatorio es este? —abordé al samaritano.

—Es el hospedaje de mi mamacita.

—Pero “sanatorio” no es un nombre para hospedaje —insistí.

Cirilo no pudo sostener su respuesta y tuvo que confesarme.

—Mi mamacita atiende pacientes que vienen a curarse de las maldades.

—¿Se refiere a la brujería?

—De todo —siguió—. Es una costumbre que mantenemos de nuestros abuelos.

—¿Su madre también es curandera? —tenía que comprobarlo—. ¿O el curandero es usted?

—Es un negocio de familia —confesó—. Mi madre atiende las consultas y los hijos nos encargamos de la alimentación y el hospedaje.

—¿Incluso usted?

—Soy el encargado de llevar los casos difíciles al hospital.

El asunto se puso tan interesante que decidí hacerme invitar para conocer de cerca cómo funcionaba el negocio de familia.

—¡Encantado, inspector! —me respondió—. A mi mamacita le va a gustar que nos visite un personaje como usted.

Al otro día, había pacientes caminando en compañía de sus familiares, otros en recuperación recibiendo los cuidados de las hijas de doña Jacinta, y otros que esperaban el turno en bancas de caña.

—Venga por aquí —me señaló el camino.

Movió la tela que cubría la entrada al “consultorio” de su madre y le dijo algo en voz baja, luego salió a explicar a los pacientes que el inspector de salud venía a conocer el sanatorio y que debían esperar un ratito.

Entré donde doña Jacinta que me saludó tiernamente como si se tratara de una madre que encontraba a su hijo después de mucho tiempo.

—Dios le bendiga —me dijo, dándome la bendición muchas veces.

Ella apenas podía moverse porque estaba postrada, pero aprovechaba su situación para ganar fama de curandera. Hizo señas a su hijo para que trajera algo de comer, mientras me conversaba sus múltiples virtudes. Hasta que llegó un enorme seco de gallina para mí.

—No tiene por qué molestarse —le dije por compromiso, aunque el inesperado almuerzo me cayó de película.

—Así es la comida para mis pacientes —me comentó, sin que yo le hubiera preguntado.

Mientras daba rienda suelta a ese voluminoso almuerzo, ella me hablaba de todo en el dialecto montubio que poco entendía, aunque en sus gestos podía advertir su desbordante amabilidad. Entregué el plato vacío y pedí a Cirilo que me dejara conocer toda la casa, él accedió y afanosamente empezó a enseñarme los implementos de curaciones, porque creía que se trataba de una inspección sanitaria.

Al salir, agradecí a doña Jacinta en su “consultorio” y ella me respondió con una pregunta.

—¿No me deja el papelito?

—No hace falta —le respondí, sin entender de qué se trataba.

Pero Cirilo me llevó a un ladito para explicarme.

—Mamá siempre quiso que venga el inspector y le deje el papelito que dan a los doctores.

Yo estuve a punto de soltarme una carcajada, pero descubrí en los ojos de Cirilo que daría cualquier cosa por agradecer a su madre, y le dije.

—Acepto, ¡con una condición!

—Diga nomás, inspector —me respondió, extendiendo sus brazos como queriendo entregarme parte del negocio.

—Que me ayude a encontrar al gusano —le dije sin más ni más, porque no sabía cómo explicarle que andaba de tumbo en tumbo buscando un gusano que ni yo sabía cómo era. Pero, a diferencia de lo que cualquiera podía imaginar, Cirilo me encaminó con una interesante respuesta.

—Aquí tengo estos ejemplares —me llevó al criadero de lombrices para abono orgánico.

—No es eso lo que busco —le aclaré—. Debe ser algo trascendente, grandioso, no se...

No atinaba ni yo mismo a describirlo.

—¡Ya lo tengo! —me hizo señas para que le siguiera hasta una puerta y cerramiento de caña.

—Esto le recomiendo —me sonrió como que había desencantado algo para congraciarse conmigo.

Era un huerto bien cuidado con todo tipo de hierbas medicinales. Yo realmente no sé qué cara habré puesto porque Cirilo se animó a comentar mientras cerraba la puerta.

—Con estas plantas y la mano de mi madre, no hay maleficio que aguante.

Di las gracias a Cirilo y me llevé la interrogante a casa.

La primera inspección de un burdel me advirtió cómo sería la convivencia en La Perinola. Ese día me hice acompañar de unos amigos que no se perdían un solo sábado sin visitar el burdel de don Suárez, a pocas cuadras de la calle principal. La verdad es que la mediagua de tres cuartitos, uno junto al otro, no era algo exótico como para quitarme el sueño; pero lo que sí me sorprendió es la cantidad de gente haciendo fila como si estuvieran regalando chocolates.

—Soy el nuevo inspector —le dije a quien suponía era don Suárez, que no se cansaba de coger tanto billete proveniente del servicio de mujeres.

El individuo, un tanto temeroso, se limpió la mano sudada acercándose a mí.

—Mucho gusto —me saludó—. ¿Viene de la provincia verde o colorado?

—Soy inspector de La Perinola.

Y don Suárez que no sabía cómo actuar ante mi presencia, prefirió salir por la tangente llamando a doña Concha para que nos acompañara.

—Le presento al nuevo inspector —le dijo a su vez.

—No lo sabía... —se disculpó ella—. ¿Viene en reemplazo de don Armando?

—Nooo —interrumpió don Suárez—. Es el inspector que envían de la capital.

—Siempre a sus órdenes, inspector —saludó, presentándome los papeles que tenía a la mano.

Pero los clientes que hacían fila empezaron a impacientarse.

—Disculpen un momento que estamos con el inspector —pidió a quienes esperaban turno con ella.

—Permítame conocer su lugar de trabajo —dije, adelantándome a su cuartito.

El lugar era tan pequeño que no me atreví a cerrar la puerta por el calor y los olores penetrantes a limón, jabón de baño y otras cosas más. Había una cama de resortes pequeña, colchón con una sábana, lavacara metálica en su rústica estructura de varilla, toalla, jarra y un balde con agua. A un lado, y a modo de altar, una repisa de madera con un cuadro de *La Mano Milagrosa*, velas encendidas, limones y protectores para clientes.

Doña Concha me presentó su carnet con el registro del hospital de la provincia verde, los implementos de protección, sábana limpia y su firme compromiso de cumplir con todo lo que yo le pidiera.

—Está todo en orden —le dije, y seguí con los otros cuartitos que tenían la misma disposición.

Con el ejemplo de doña Concha, las otras mujeres también presentaron sus implementos de servicio y me dispuse a retirarme, pero me llamó la atención

la enorme fila de jóvenes esperando que doña Concha atendiera a toda la gallada.

Yo me sentí satisfecho de la primera inspección, pero el nerviosismo y reverencias de don Suárez me hicieron sospechar que por ahí podía esconderse el “misterio del gusano” que tanto comentaba el Jefe de Salud: “Tenga cuidado que el gusano no se le escape de sus manos”, me había dicho, y yo me quedé tan confundido con eso que no sabía si pedirle explicación, pecando de inocente, o quedarme callado dejando que el tiempo lo aclarara todo; pero había escogido lo segundo, porque entendí que debía hacer lo imposible por atrapar al gusano.

Miré a varios lados y había clientes de toda edad que caminaban para arriba y para abajo como si hubiera llegado un circo. Uno que otro se sorprendía de mi concentración en los matorrales, y preferí esperar que se alejaran para asomarme detrás de esa mediagua que servía de burdel, para comprobar que estaba completamente anegada con plantas de limón y muchas otras de papa china. ¿Por qué no pensar que por ahí podía estar el secreto de un gusano que se reproducía en esta región no delimitada? Eso podría explicar el interés del Jefe de Salud y la provincia colorado por estas tierras de occidente y pensé que podía estar parado sobre la punta del ovillo.

—¿Puedo ayudarle, inspector? —me sorprendió don Suárez, creyendo que inspeccionaba el agua estancada del local.

—Solo admiro cómo crecen las plantas con la humedad —respondí, para bajar la tensión.

—Las chicas desinfectan todo con limón y botan el agua al desagüe —se justificó—. Luego germinan las pepas para crecer como arbusto.

Ninguna pista del gusano por deschavetada que pareciera, podía descartarse, de manera que seguiría barajando todas las opciones posibles, visuales, engañosas y hasta ridículas.

Después me enteré que la otra señora que trabajaba junto al cuartito de doña Concha y a quien llamaban doña Bacha, era la madre de un muchacho medio huraño que vivía en el vecindario y estudiaba en un colegio nocturno de Colorado.

Al día siguiente, luego de una noche de lluvia que había vuelto resbaloso el camino, aparecieron en moto doña Bacha y su hijo por el mismo sendero resbaloso, obligando corrernos a un lado porque salpicaba de lodo a quienes caminaban por ahí.

—Buenos días, inspector —pasó saludando ella, para que su hijo hiciera lo mismo.

Nadie podía dudar que ese motociclista era estudiante de colegio porque siempre andaba con el uniforme puesto, hasta en fines de semana y fiestas de guardar; y nadie se sorprendía que su madre trabajara en el burdel de prostituta.

Dos semanas después encontré otro burdel que estaba en construcción. Era el *Sol de Medianoche*, propiedad de don Quintín, tenía una pista de baile y ocho cuartitos a la redonda, donde había tres mesas con curiosos escuchando música y tomando cerveza junto a una rocola que la estaban instalando ese momento.

—¿Quién es el propietario de este local? — interrumpí.

—¡A la orden! —se puso de pie un individuo alto y grueso que vestía camisa de colores como vocalista de orquesta.

—Soy inspector de La Perinola —extendí mi credencial.

—Ya me hablaron de usted —dijo, acercándose una silla para que me sentara junto a ellos—. Estamos calibrando esta rocola.

Los otros amigos dejaron de hablar pero parecían ignorarme hasta ver qué reacción tomaba don Quintín. Él se levantó a la nevera y destapó dos cervezas para ponerlas sobre la mesa.

—Es el inspector de Colorado —les explicó para que me saludaran—, él vendrá a controlar el negocio cada fin de semana.

El individuo encargado de repartir cerveza me dejó con la mano extendida mientras llenaba un vaso para ofrecerme.

—Mucho gusto —me apretó con la mano mojada—. Soy el ingeniero y permítame enseñarle los planos.

Sacó del bolsillo un viejo plano enrollado y lo extendió sobre la mesa.

—Estos son los baños de cada habitación —señaló con el dedo—. Acá están los urinarios y esta es la conexión al pozo séptico...

—No tengo inconveniente que la construcción continúe —comenté—, siempre y cuando cumpla las normas sanitarias.

La construcción seguía y los martillazos sobre las hojas de zinc provocaban un ruido espantoso que dificultaba la conversación, sobre todo porque se aproximaban las lluvias. Pero una muchacha morena que lucía provocativa entre tanto curioso, me pareció digna de tomarse en cuenta para saber qué hacía en este lugar.

—¿Ya tiene clientes en La Perinola? —le sorprendí en voz baja.

—Solo vine a conocer el ambiente —respondió—. Pero tengo todo en regla y si quiere le enseño.

—Todo a su debido tiempo —detuve su intención de levantarse.

Me puse de pie y don Quintín me acompañó hasta la puerta para ratificarme su voluntad de trabajar bajo la ley.

—No olvide sacar a tiempo los permisos —le recomendé.

—¿De la provincia verde o colorado?

—De las dos partes —respondí, para que regresara con las ideas claras.

Caminé unos cuantos metros hasta encontrar un lugar estratégico que permitiera dimensionar al *Sol de Medianoche*, cuando me di cuenta que alguien seguía mis pasos. Me detuve y un individuo de baja estatura pero muy vivaracho me llamó la atención:

—Con usted quería hablar —me dijo y seguimos caminando.

—Soy Baltazar Ajila y ando interesado en ponerme un negocio como este...

—¿Dónde? —me sorprendí.

—No tengo todavía el lugar pero algún día lo voy a molestar —guiñó el ojo con picardía.

—Cuando tenga las cosas claras podemos conversar lo que sea —le advertí.

El individuo se despidió a la altura de la iglesia y yo seguí mi camino.

Cumplidos los primeros treinta días en La Perinola, llevé el informe a la hacienda donde el Jefe de Salud despachaba por motivos de salud: “Estoy reconociendo el terreno y espero que todo salga bien”, puse como nota al pie. Pocos minutos después, mientras esperaba el transporte de regreso sentí que un jinete se acercaba.

—Esto es para usted —me dijo antes de detenerse.

Regresé a ver por si se trataba de algún canastito con naranjas que me enviaba el doctor, pero era el mismo papel que yo había dejado hace poco con otra nota junto a la mía: “No olvide que su estadía en La Perinola es parte de nuestra inversión y debemos sacarle jugo a la situación lo más pronto posible. Tampoco olvide enviar un mapa del sector de influencia y cualquier novedad importante (f) Doctor Cárdenas”.

Me quedé sorprendido porque este jefe tenía una extraña manera de confundir al prójimo y leí otra vez el mensaje porque me pareció entender que quería “sacarme el jugo lo más pronto posible”.

Un sábado después, don Suárez me comentó que doña Concha tenía algo importante que decirme y esperé que se desocupara para conversar. Cuando salió del cuartito se acercó a mí.

—El inspector Armando quiere hablar con usted —me dijo.

—¿Dónde está el inspector Armando?

—En el hospital de la provincia verde —respondió.

—Dígale que no tengo jurisdicción en la provincia verde, pero si quiere conversar conmigo puede venir cuando quiera al Centro de Salud de La Perinola.

—Así lo haré —respondió doña Concha volviendo a entrar con otro cliente.

Después me acerqué al *Sol de Medianoche* y don Quintín también me comentó que el inspector Armando le había advertido que La Perinola es jurisdicción de la provincia verde.

—Usted sabe que soy nuevo y no quiero problemas con nadie —comentó—, pero cumpliré con los dos porque es mi obligación.

—No tiene de qué preocuparse —calmé su evidente preocupación—. Don Armando solo quiere asustarlos.

—Permítame enseñarle cómo avanza la construcción —me tomó del brazo para recorrer todas las habitaciones con sus baños terminados.

Poco a poco llegaban las trabajadoras sexuales para cambiarse de ropa y salir a exhibir sus piernas en una silla de plástico, fingiendo leer revistas. Empecé a revisar cada cuartito con sus ocupantes cuando vi llegar a una desconocida para ocupar el último que estaba vacío. Poco después golpeé esa puerta tres veces.

—Está abierta —me dijo desde adentro.

Empujé la puerta y ella seguía quitándose la ropa sin verme a la cara. Luego cerró la puerta con aldaba detrás de mí.

—Prefiero que se vista y me enseñe sus papeles —le advertí, desaldabando la puerta para salir.

—Disculpe, inspector —me dijo desde adentro—. No sabía que era usted.

Se puso una blusa transparente sobre sus hermosos senos y me extendió los documentos para que los revisara.

Era tan rentable el negocio de los burdeles en La Perinola que en pocos meses empezaron a multiplicarse como hongos a lo largo de toda la región, seguramente porque la población de colonos seguía llegando a esta especie de tierra prometida. Esta realidad, que para nadie era desconocida, empezó a preocupar a las autoridades religiosas.

—Tienen que tomar cartas en el asunto porque a cualquier momento nos pueden poner un burdel junto a la iglesia —pronosticó el cura que daba misa los domingos.

Poco tiempo después las palabras del cura parecieron proféticas para el negocio de abarrotes que tenía don Ajila entre la iglesia y el Centro de Salud se había convertido en “casa de cita”. Yo tenía esa información de diversas fuentes pero no lograba sorprenderlos con las manos en la masa, hasta que un buen día lo encontré cobrando por los servicios que daba el traspatio.

—Tenía tantas denuncias de su casa de cita como acabo de comprobarlo, que no me queda otra salida que pedir su clausura —comenté, ante la sorpresa de los clientes.

—No se preocupe —respondió don Ajila—. Sé de donde vienen esas denuncias.

—¿Tiene o no una casa de cita tras el negocio de abarrotes?

—Se trata de una habitación para visitas —me respondió señalándome la pared de su casa.

—Déjeme conocer esa habitación —exigí.

Don Ajila me llevó hasta el patio trasero para hacerme conocer la habitación de visitas.

En efecto, tras la tienda, había una habitación recién construida donde una mujer atendía a los clientes que esperaban el turno en una banca de madera.

—Solo queremos descongestionar los burdeles de afuera —pretendió justificar—. Los colonos nos exigen que atendamos los domingos todo el día.

Observé por unos minutos todo el movimiento hasta que decidí acercarme a la mujer que atendía en el cuartito. Era una venezolana que conocí en el *Sol de Medianoche* y que, al verme en ese lugar, se asustó de tal manera que entró atropelladamente a vestirse y salió peinándose en dirección a la cocina, como si fuera de la familia.

—Estoy seguro que el cura le fue con el chisme —trató de argumentar el dueño del negocio—. Pero él no quiere entender que los colonos necesitan una mujer cuando salen al pueblo.

—¿Alguien le autorizó poner una casa de cita?

—Con usted mismo gestioné el permiso —respondió.

—El permiso es de la tienda de abarrotes.

—Está bien —aceptó su picardía—. Pero déjeme trabajar un tiempito para recuperar la inversión.

—Usted no puede tener una casa de cita a pocos pasos de la iglesia —insistí.

—Hablaré con mi abogado para ver qué me aconseja —respondió, retirándose al negocio de afuera—. Usted no tiene evidencia probatoria.

Los días fueron pasando y al negocio de don Ajila lo tenía en la mira para tomarle fotos como evidencia. Una mañana que conversaba con unos amigos, el odontólogo y la enfermera del Centro de Salud, reconocí a la venezolana disfrazada de gitana entrando a la tienda de don Ajila. Me despedí abruptamente porque se trataba de un asunto de fuerza mayor y entré al negocio como si comprara una cerveza para cruzar las habitaciones y sorprender a la venezolana abriendo la puerta del cuartito.

—¿Cómo está, inspector? —saludó muy tranquila—. Le cuento que ya conseguí marido y me retiré del oficio.

Esa aclaración sin haberla pedido me pareció sospechosa y no encontré razón para responderle. Pero viendo mi incredulidad, me hizo pasar a esa pequeña habitación que tenía algo de vivienda porque

le habían puesto asientos de mimbre, una cómoda de madera y roperos en la pared.

—Ya no tengo necesidad de trabajar porque mi marido me mantiene —insistió, poniendo aldaba la puerta por dentro.

—¿Por qué pone seguro a la puerta? —me asusté.

—Ya le explico —me sentó junto a ella en la cama.

La venezolana tomó mi mano entre las suyas con la palma hacia arriba para leerme la suerte.

—No sabía que también era gitana —le dije.

Ella se volvió muda mirando con inocencia los surcos de mi mano, luego se animó a responder sin soltarme.

—Sí, soy gitana.

Ese momento me asusté de tal manera que abrí la puerta de una patada y salí corriendo a devolver la botella en la tienda.

—Sabía que la gitana salvaría mi negocio —sonrió don Ajila, recibiendo el envase de mis manos.

—¿Cuál negocio? —me sorprendí.

—No se haga el loco —me dio una palmada en el hombro—, les tomé fotos cuando se encerraron en la habitación.

—Solo quiso adivinarme la suerte —respondí—. ¿Por qué usted no hace lo mismo?

—Porque no lo necesito —respondió—. Ella es mi amuleto de la buena suerte.

Cuando regresé a mi lugar de trabajo en el Centro de Salud, mis amigos ya se habían retirado; pero el médico rural que venía de una reunión con el Jefe de Salud me entregó una carta que decía: “Antes de que envíe el siguiente reporte del segundo mes, permítame darle un consejo que solo con los años se aprende. Cuando están de por medio ciertos temas delicados como los que nos ocupan, no debemos confiar ni en nuestra misma sombra. ¿A qué viene esto? Tengo sospechas que mi secretaria, oriunda de la provincia verde, es persona de mucho cuidado. Seamos discretos dejando el informe en sobre sellado. (f) Doctor Cárdenas”.

Desde que el esposo de mi prima Sonia me comentó que ese individuo raro con el que saludó en el cine era el presidente de la Junta Proverde, me interesé por observar sus reacciones.

—¿Don Mamerto tiene guardia personal? —pregunté a Alfonso, señalando al tipo vestido de caqui que conversaba en la puerta de su negocio.

—No —me respondió—. Don Estacio es recaudador municipal y hace de inspector a pedido de él, pero nada que ver con guardaespaldas.

—Lo he visto muchas veces con los comerciantes pero no me imaginé que también hacía de inspector.

—Tiene que tener cuidado con él porque es incondicional de don Mamerto —me advirtió en voz baja—. Puede estar siguiéndole los pasos cuando menos lo imagine.

—Claro que me di cuenta pero creí que era pura coincidencia —respondí.

A partir de ese momento yo también me puse a espiar al recaudador de impuestos para saber cómo abordaba a los comerciantes de La Perinola. Por suerte, siempre había mucha gente para camuflarme sin que él se diera cuenta.

—Enséñeme su permiso y certificados —dijo a una vendedora que yo conocía.

—Tengo papeles de la provincia colorado —le respondió en tono convincente.

Quedé sorprendido porque días atrás ella misma me había asegurado que tenía sus papeles de la provincia verde.

Era un cuento de nunca acabar que manejaban los comerciantes callejeros para evadir a una y otra autoridad. Esta vez don Estacio aprovechó para hacer su parte.

—La Perinola es jurisdicción de la provincia verde y eso sabe usted perfectamente.

Observé su accionar y las respuestas de la gente eran siempre las mismas. Entonces aguardé que el

recaudador Estacio se retirara y me acerqué a esas personas.

—Permítame los certificados y el permiso de funcionamiento —dije a la primera señora.

—Acabo de entregarle a don Estacio.

—Usted le aseguró que tenía los permisos de la provincia colorado —aseveré—, pero eso no es verdad porque no tiene de ninguna parte.

—¿Y qué importa? —se envalentonó la señora—. La Perinola no está delimitada y nadie tiene derecho a exigirnos papeles.

Ese momento comprobé una vez más la evasión sistemática tanto a la provincia colorado como a la provincia verde. Pero a los verdes les interesaba hacer presión en La Perinola para decepcionar a los colorados.

—Pónganse de acuerdo con don Estacio —se le ocurrió a Alfonso—. Si quiere le doy hablando porque es mi vecino.

—Ya lo intenté muchas veces...

—Lo que pasa es que su presencia sacudió el avispero —me comentó—. Ya no pueden sorprender como antes.

En cierta ocasión, don Estacio, que siempre vestía de caqui con el sello municipal en el pecho, salía del burdel de don Suárez justo el momento que yo llegaba.

—¿Usted es el famoso inspector que la provincia colorado puso en nuestras narices? —alardeó con el ánimo de sorprenderme.

—En sus narices, no —le corregí—. En el Centro de Salud de La Perinola.

—Veo que le gusta bromear —sonrió forzosamente—. Usted está tratando con el negro Estacio...

—Y usted con el colorado Tal y Pascual —contesté—. ¿Qué se le ofrece?

El negro Estacio no sabía si sonreír o tomarme a mal, pero yo no estaba dispuesto a retroceder de ese lugar donde me detuvo.

—Nada de importancia —titubeó—. Solamente que este burdel ya fue revisado por la autoridad de la provincia verde.

—Me parece bien —respondí—. Ahora le toca al inspector de La Perinola.

Don Estacio remordió su dentadura postiza hasta hacerla tronar y se alejó del lugar sin despedirse. Entonces, pude entrar al burdel con toda la naturalidad del caso.

—Ya nos revisó don Estacio —advirtió una de las trabajadoras sexuales al verme.

—De acuerdo —respondí—. Ahora presenten los mismos papeles al inspector de La Perinola.

Ellas regresaron a ver a don Suárez y él les guiñó el ojo para que cumplieran conmigo.

Al principio, tanto los clientes que frecuentaban los burdeles como las trabajadoras sexuales se acostumbraron a vernos a uno y otro en diferentes horarios para no encontrarnos al mismo tiempo. Pero luego de unas semanas, don Estacio ya no apareció por ninguna parte.

—¿Dónde está don Estacio? —me preguntaban, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo.

—Seguramente se jubiló —respondía para salirme del paso.

Pero la ausencia de don Estacio no era precisamente una prueba de que la provincia colorado empezaba a ganar terreno. Al contrario, las autoridades de la provincia verde seguían todos mis movimientos como evidencia de que no era solamente don Estacio quien les tenía al tanto de mi accionar.

—Disculpe que me meta en lo que no me corresponde —me abordó doña Concha, vocera del burdel de don Suárez—. Sé que las autoridades de la provincia verde encargaron al inspector cantonal que retome las inspecciones con más fuerza.

—Espero que sea la ocasión para ponernos de acuerdo —acepté.

—No lo creo —suspiró doña Concha—. Yo diría que las cosas se van a poner más difíciles.

De don Estacio no supe gran cosa, excepto que andaba sin uniforme, como si en verdad se hubiera retirado del servicio municipal.

Alguna vez lo reconocí en el puesto donde vendía jugos la familia Ganchoso, famosa por vulgar y agresiva; todos ellos sentados sobre jabs vacías y tomando cerveza frente a una diminuta pantalla de televisión. Preferí ignorarlos, pero ya me habían reconocido.

—¡Viva la provincia verde! —dijo la voz de alarma uno de ellos.

—¡Vivaaa! —respondieron todos en coro.

Y no se trataba de algún partido interprovincial de fútbol, porque justamente cuando yo pasaba por la vereda de en frente, lanzaron a la calle un vaso de cristal que se estrelló en pedazos muy cerca de mí.

—¡La Perinola es verde! —gritó el más barri-gón que comandaba al grupo, como queriendo que yo discutiera con ellos.

Pero esa era su forma de ser y de ello se valía don Estacio para intentar amedrentarme. De estas provocaciones yo les tenía al tanto en Colorado, sobre todo al Jefe de Salud que insistía con el tema del gusano.

Acababa de cambiarme a la *Casa Blanca*, donde arrendaban los profesores de la provincia colorado, añorando que lloviera para disputarme el chorro del aguacero como lo hacían ellos cuando yo

les visitaba. Y efectivamente empezó a llover, como si inaugurar una habitación mereciera celebrarse.

—Me van a disculpar el privilegio —advertí al vecindario mientras bajaba presuroso a tomar posición del chorro.

No recuerdo qué tiempo habré monopolizado el hidromasaje criollo, pero reaccioné cuando el profesor Papaganso me sacó a empujones.

—¿Quién te dijo que la ducha es tuya? —se molestó mucho.

Acepté mi error, sobre todo cuando observé a todos los inquilinos esperando su turno en pantalón cortito.

—¡Qué envidia! —escuché que dijeron desde una camioneta que pasaba por la calle.

Traté de identificar al envidioso y descubrí que se trataba de Raúl, uno de los amigos del vecindario.

—Asómese por la “vereda” —alcancé a escucharlo cuando doblaba la esquina en dirección al parque.

Esa invitación me pareció inesperada, pero debía acudir a la “vereda” donde ganaría amistad con los hijos de la alta sociedad Proverde. Subí a la habitación y me vestí a toda velocidad para salir a la cita; al llegar los muchachos esperaban en el carro de sus papás o tomando cerveza.

—¿Qué les parece si formamos un equipo de fútbol? —propuso Mona, la mandamás del grupo, a quién le gustaba caminar descalza.

La idea gustó a todos y hasta se propusieron participar en el próximo campeonato de La Perinola.

—Debemos pensar en el nombre del equipo —puntualizó Mona.

Todos propusimos nombres, desde los más formales hasta los más excéntricos, pero terminó imponiéndose el nombre que propuso la descalza.

—Le pondremos *Niños Bien* —dijo ella.

Aunque el nombre no me gustó para nada ni la gente que tomaba las decisiones del flamante equipo de fútbol, pero me convenía relacionarme con las familias pudientes y, más que pudientes, simpatizantes de la causa Proverde porque parecían engendrar al gusano que tanto interesaba a la causa colorada.

—Le presento a Sara —me sorprendió Raúl, acercándome una mujer quince años mayor que yo.

Sara me saludó tiernamente como si me hubiese conocido antes.

—¡Beeso!, ¡beeso!, ¡beeso! —corearon todos.

“Será una broma?”, pensé, pero preferí dejarme llevar por la corriente.

Era la hija solterona del administrador de la gasolinera y otros negocios importantes: don Mesías, el más grande inversionista y filántropo de La Perinola.

—Qué bonitos ojos tienes... —se me ocurrió piropearle en ritmo mexicano.

—¿Debajo de esas dos cejas? —completó la frase.

Afirmé con la cabeza y ella exhaló un suspiro. Entonces preferí callarme porque eso se estaba poniendo peligroso.

—¿Eres jugador del *Niños Bien*? —me preguntó. Me limité a sonreír.

—Puedo ser la madrina si tú me lo pides —me propuso de manera inesperada para que todos festejaran su determinación.

—¡Qué bonita pareja! —se le ocurrió a Raúl, juntándonos las mejillas ante los ojos de toda la gallada.

Ella me cogió del brazo como si tuviéramos algún compromiso y no me soltó durante varios minutos. No me sentía del todo halagado, pero esta situación encajaba perfectamente en mis planes, sobre todo porque fué la primera persona en sacarle una sonrisa a la mandamás. Los muchachos simpatizaban conmigo porque Arturo y Raúl eran mis amigos.

—Ellos quieren vernos enamorados —me dijo Sara delicadamente al oído.

Ese momento todos se fueron al parque, seguramente para dejarla que hiciera su trabajo conmigo.

No niego que sus gestos me hacían sentir bien y me propuse escucharle todo lo que quisiera decirme.

—¿Por qué no vamos a mi Salón de Belleza y te igualo las puntas? —me propuso, acariciándome el pelo que me caía sobre los hombros.

—Un día de estos pasaré a visitarte —respondí, logrando desprenderme como de una ventosa.

Una vez que escapé de sus tentaciones, me di modos por evadir discretamente su cercanía porque temía que tarde o temprano las cosas pasen a mayores y sería difícil apartarme de ella. Los días fueron pasando y mi soberbia a responder los saludos de Sara desde su puerta trasera hasta mi ventana parecían pasarme factura, porque el mundo se confabulaba contra mí.

Entonces pensé que la única forma de reconectarme con la sociedad verde sería volver a coquetear con Sara. Aguardé que me llegara la primera señal de los *Niños Bien* para asomarme con ella como si nada hubiera pasado.

—¡Tal y Pascual! —escuché una voz conocida que llamaba mi atención—. ¿Por qué no va por la vereda?

—Porque estoy cruzando la calle —respondí sin regresar a ver para que no me atropellaran los autos de la vía principal.

Regresé a ver y me encontré con Raúl haciendo lo imposible porque fuera a visitar a Sara.

—Descuide —sonreí—, ya mismo voy con ustedes a la “vereda”.

Esa tarde salí a ver qué retos me tenía ese nuevo acercamiento a los *Niños Bien* y me encontré con Sara que esperaba en la “vereda” con un frasco de perfume.

—Eleeeefante —saludó tiernamente—. Tengo un recuerdo para ti.

Cogí el frasco y lo guardé en el bolsillo para que no pareciera evidente el regalo y caminamos juntos hasta llegar a la “vereda”. Sorprendentemente no hubo algarabía como en otras ocasiones.

—¿Dónde es la fiesta? —pregunté, sorprendido de verlos con ropa formal.

—Vamos donde Dulcinea que viene del extranjero —respondió Mona sin darme la cara.

—Está bien —le dije y fuimos donde Dulcinea.

Cuando llegamos su madre nos explicó que todavía no venía del puerto porque amaneció enferma y prefería reponerse un poco. El pretexto de la visita parecía frustrarse, pero ese momento algo se le ocurrió a Sara.

—¿Por qué no vamos todos al cine?

—Estoy de acuerdo —respondió Mona—. Podemos ver una película de estreno en Canandé.

—Yo prefiero quedarme en La Perinola —se encaprichó Sara—, y no me importa qué película estrenen.

Estaba claro que ese momento el grupo debía dividirse en dos, la mayoría se fue a Canandé y nosotros al teatro de Mamerto Bey.

El siguiente viernes fue Alfonso a verme al Centro de Salud.

—Seguimos esperándole para el almuerzo —me reclamó, porque les había asegurado que iría esa semana.

—Disculpen que me hice tarde.

Ya en la mesa con mis primos Sonia y Alfonso, me di cuenta que estaban preocupados.

—Sara Molinos ¿no?, ¿le suena ese nombre? —abordó Sonia justo el momento que ponía el plato en mi puesto.

—No solo que me suena, sino resuena en mis oídos...

—Pero es mayor que usted... —comentó para ver mi respuesta—. Debería conseguirse otra de su edad.

—Ni siquiera sé lo que estoy haciendo, pero presiento que me conviene.

Así fueron pasando los días en una especie de sonambulismo del que no podía salirme porque la relación con Sara se ponía cada vez más complicada.

—Me gustaría que sea de la familia —me dijo don Molinos—, pero tiene algo que le perjudica...

—¿De qué se trata? —me asusté.

—Que es empleado de la provincia colorado.

—Soy inspector de La Perinola con nombramiento del Ministerio de Salud —le aclaré.

Ese momento fingí resentirme y encontré el pretexto para darme un respiro y retomar la relación con mis amigos Procolorados, que empezaban a creer que me estaba virando a la provincia verde. Desaparecí del alcance de Sara por unos días, tal vez una semana, pero la cercanía de su vivienda prácticamente volvía imposible que ella dejara de observarme cuando yo subía las gradas, volviéndome blanco perfecto de sus besos volados a cada rato. Incluso intenté evadir cualquier encuentro con Sara, refundiéndome en el remoto comedor donde almorzaban los empleados del Instituto Agropecuario, pero al tercer día, cuando me sentaba para ver el noticiero de la tele, alguien me puso un coco pelado en el centro de la mesa.

—Esto le envía Sara —escuché a mis espaldas.

Dejé de ver las noticias y me puse a la defensiva porque imaginé que su fantasma andaba persiguiéndome.

—No se preocupe Tal y Pascual —se acercó la dueña del restaurante que era esposa del despachador de gasolina donde administraba don Molinos—. Nadie quiere sorprenderle.

Ella se sentó al otro lado de la mesa y empezó a tranquilizarme.

—Conozco a Sara desde pequeña —me confesó—. Ella le quiere y está dispuesta a esperar el tiempo que sea hasta que usted decida lo mejor.

Y esa misma tarde que pasaba frente al Salón de Belleza sentí un impulso por visitarla.

—Quiero que me recortes el pelo —le dije, sentándome al sillón.

Sara estuvo más atractiva y amable que nunca. Me cortó el pelo con un masaje tan delicado, arregló mis uñas de las manos y los pies y me pasó el álbum de fotos de su familia para que me divirtiera. Hasta que llegó don Molinos en la camioneta de la gasolinera y saludó muy amable conmigo. Pero al despedirse para dormir, porque su esposa no regresaba del puerto, le dijo a su hija algo que me dejó intrigado.

—Ya compré el terreno que te ofrecí.

Luego se detuvo en la puerta de su dormitorio y sonrió amablemente conmigo.

—Buenas noches. Está en su casa y puede quedarse el tiempo que sea.

—¿De qué terreno habla tu papá? —pregunté a Sara.

—Del lotecito para nuestra casa —respondió, acariciándome el corte de pelo.

Así pasaron los días, en ese estado de inconsciencia que no permitía desligarme de ella por más intentos que hacía. Pero una ocasión que descansaba mi cabeza sobre sus piernas, escuché que parqueaba

la camioneta de la gasolinera otro conductor que no era don Molinos.

—¿Quién es ese tipo mal encarado? —pregunté a Sara.

—Debe ser un chofer de don Mesías —respondió ella sin interesarse lo suficiente.

Me quedé en la ventana observando sus defectuosos movimientos. Se trataba de un patucho de piernas desiguales bajándose de la camioneta asignada a don Molinos.

El individuo entró sin saludar y se acercó al botellón de agua que había en la sala para beberse un vaso de un solo tirón.

—¿Por qué no saludas? —reclamó Sara, sin lograr que el individuo reaccionara.

Luego pareció sorprendido de mi presencia y se quedó mirándome sin pronunciar palabra.

—Ven —le acercó del brazo hacia mí—. Te presento a mi novio Tal y Pascual.

Yo me incomodé un tanto con eso de “novio”, pero consideré que la prudencia debía ser el pago a tantas atenciones de su parte. El individuo que tenía una pierna más corta que la otra se secó los labios con el dorso de su camiseta y me extendió la mano.

—Es mi medio hermano —aclaró Sara—. Hermano de padre, pero hermano al fin.

En eso, el individuo del que no tuve referencia antes de este suceso, botó las llaves de la camioneta sobre la mesa de la sala y se fue.

—Disculpa al Mocho porque es medio ignoranton —trató de justificar Sara.

—No me habías conversado que tenías ese pariente —reclamé.

—Es un hermano lejano y bastante mala cabeza —no podía ocultar su desconsuelo.

—Empiezo a entender que no eres lo suficiente sincera —aparenté molestarme y salí ese instante.

Eran los últimos días del mes y debía viajar al hospital de Colorado para dejar mi reporte en la oficina del Jefe de Salud. Agarré un sobre con el membrete del mismo hospital y escribí: “Adjunto mapa requerido y el cuadro comparativo de la oferta de servicios entre verdes y colorados”.

La construcción del nuevo Centro de Salud parecía concluir porque los obreros empezaban a desalojar los materiales sobrantes.

—Ahora sí —se frotó las manos el odontólogo—. Esto ya parece un Centro de Salud y podemos cambiar de cabecera a cualquier momento.

—Con que ya esté habilitado me conformo —puntualizó el médico rural que acababa de llegar.

Pocos días después, mientras los obreros despejaban la maleza y daban una mano de gato a la fachada frente a la calle, tuvimos que movilizar el montón de historias clínicas del antiguo local para ubicarlas al

apuro en las nuevas estanterías metálicas, porque las autoridades de Colorado decidieron inaugurarlos de la noche a la mañana.

Tan repentino fue el suceso que ni siquiera pude asistir, porque ese domingo tenía programado trasladarme a la capital. Pero el siguiente lunes busqué la manera de enterarme de lo sucedido.

—Asistieron las autoridades de Colorado y uno que otro delegado del Ministerio —fue lo único que logré sacarle al médico rural.

El desalojo de materiales seguía y cuando el encargado de la obra subía las carretillas a la volqueta, se me ocurrió preguntar.

—¿Cuándo colocarán los jardines?

—Ya no es problema nuestro —me contestó—, la obra se inauguró el domingo y nos pagaron hasta la última planilla.

El nuevo Centro de Salud empezó a dar atención, aunque la sala de espera lucía semivacía porque los pacientes recién se enteraban del cambio cuando leyeron el anuncio que pegamos en la puerta del local desocupado. Conforme pasaban los días, el nuevo Centro de Salud, poco a poco, cobraba ese ambiente de sofocación que siempre tuvo en el local arrendado y empezamos a tener trabajo acorde a las proporciones del nuevo local. Tres días después sonó el teléfono.

—Compañero Tal y Pascual —me saludó el inspector Maduro del otro lado de la línea—. Jefe de

Salud acaba de enviarte una carta en la ambulancia que se dirige a Canandé.

—¿Podrías adelantarme de qué se trata? — intenté salir de la curiosidad.

—Mejor te leo la copia que tengo en mis manos —me dijo—. “Luego de revisar los resultados de laboratorio de tres pacientes provenientes de La Perinola, tenemos la certeza de que estamos ante un foco de trasmisión sexual. Esta situación nos obliga a ponernos en contacto con autoridades sanitarias de la provincia verde para controlar el contagio de manera conjunta. En lo que respecta a La Perinola, debemos cumplir los siguientes pasos...”.

—Aguanta un ratito que voy a tomar nota — interrumpí—. ¿Debemos clausurar los burdeles?

—No es necesario —me aclaró, antes de continuar—. “A partir de este momento y por el lapso de seis meses, toda trabajadora sexual que labore en ese sector deberá recibir mensualmente antibióticos en el Centro de Salud. Caso contrario, no podrá ejercer su oficio”.

Era evidente que se trataba de una emergencia y debíamos actuar de inmediato. Ese viernes al mediodía fui a buscar a don Quintín al *Sol de Medianoche* que ya conocía del problema y me manifestó que estaría dispuesto a cumplir cualquier disposición con tal de mantener su negocio.

—Debemos conversar con don Suárez para ponernos de acuerdo en ciertas cosas —le propuse y salimos a buscarle.

Don Suárez con doña Concha acababan de llegar al negocio y estaban muy preocupados sin saber si las autoridades les dejarían o no trabajar ese fin de semana.

—Todo depende de ustedes —les condicioné.

—Diga nomás qué debemos hacer —propuso doña Concha, al tiempo que empezaban a llegar las otras mujeres del burdel.

—Si ustedes quieren trabajar... —les advertí a las tres—, deben inyectarse cada mes, como medida de prevención.

—Completamente de acuerdo —respondieron ellas—. ¿Desde cuándo?

—Esta misma tarde —respondí, dictándoles la receta para que fueran a la farmacia.

La noticia se regó como pólvora por toda la región y, en menos de tres horas, el personal del Centro de Salud no se daba abasto para atender la demanda de mujeres que esperaban turno con jeringuilla en mano. Era una fila con más mujeres de las que había imaginado y salí con el ánimo de contarlas, pero antes de llegar a la punta se acercó una de ellas a la que conocían como *Pantera* y me enseñó su registro de profilaxis.

—Esa inyección ya nos pusimos la semana pasada —argumentó.

—Si quieren trabajar este fin de semana... — les advertí a todas—, deben cumplir con las disposiciones de salud.

En eso se acercó otra mujer bastante madura a la que tenían como conflictiva en el mundo de los burdeles.

—¿Y si don Armando no está de acuerdo? — alardeó ella.

No me convenía responderle delante de tanta gente, pero dejé a doña Concha que se acercara a explicarle.

—Es orden del Jefe de Salud, doña Dora —les retiró de mi presencia—. Hagamos lo que nos piden sin mayor problema.

—A propósito —le detuve a doña Concha cuando regresaba—, ¿de dónde salió tanta trabajadora sexual?

—De todos los recintos de por aquí —me respondió—. Ya puede darse cuenta que tenemos mucha competencia.

Pero esa demanda no programada de cada semana empezaba a tornarse problemática con la presencia de curiosos y vendedores que nos obligaron a cambiar el horario para el mediodía y con la puerta cerrada.

A la tercera semana que yo mismo tuve que llevar el registro y poner inyecciones porque las enfermeras se retiraban para almorzar, observé por la ventana que se acercaban el rector del colegio con su esposa, una chica parecida a ella, Alfonso y mi prima Sonia. Me asomé a la ventana y les saludé.

—¿Qué los trae por aquí?

—Queremos invitarle al cumpleaños de la doctora —me respondió Alfonso, señalando a la esposa del licenciado.

Aplaudí y les pregunté si ese momento iban a almorzar.

—Sí, sí —respondió mi prima Sonia—. Vamos a comer donde... (no entendí lo que quería explicarme entre señas y risas).

—Nos vamos al restaurante del marica —me respondió la recién llegada de indiscutible parecido con la doctora.

—¿Dónde está cocinando el Fresita? —les pregunté, porque era un cocinero extraordinario, aunque andaba de restaurante en restaurante.

—Donde doña Gracia —me respondió Sonia—. En el parque, junto a la Escuela Piloto.

—Entonces nos veremos más tarde —me despedí—. Tengo mucho por hacer todavía.

Entre tanto, las mujeres empezaron a impacientarse aunque no se atrevieron a decirme nada, hasta

que empecé a inyectar una a una con la urgencia de alcanzar a mis amigos y conocer a esa carita nueva.

Dos horas después, la demanda terminó y me disponía a salir cuando apareció nuevamente la comitiva para ver si ya me había desocupado.

—Estaba por salir a buscarles —les dije, dándoles el encuentro.

—Le presento a la hermana de la cumpleañera —se acercó con ella el rector.

No atinaba a quién dar el abrazo, a la cumpleañera o a la hermana que me estaban presentando mientras ellos seguían festejando algún chiste.

—¿Cuál es el plan para esta tarde? —interrumpí el festejo.

—Darnos una vueltita para que mi hermana conozca el pueblo —respondió la doctora.

—Entonces les alcanzo después de almorzar —propuse, disponiéndome a seguir mi camino.

—¡Yo te acompaño! —me sorprendió la recién llegada poniéndose a mi lado.

Ellos siguieron caminando y nosotros entramos al restaurante para sentarnos frente a la tele. Miré a los costados hasta que descubrí por la ventana algo que me llamó la atención.

—¿Qué hace Fresita en la camioneta de don Mesías? —me pregunté a mí mismo.

—¿Te preocupa el marica, don Mesías o los dos? —bromeó ella.

—Creo que Fresita tiene algo con don Mesías —traté de responder a mi propia sorpresa.

Ese momento se dieron cuenta que les estábamos observando, subieron los vidrios de las ventanas y se perdieron de nuestra vista.

—¿Serán amantes? —preguntó ella, con notable picardía.

—Yo no pensaría eso —respondí—, pero empiezo a creer que Fresita es la carta brava de don Mesías.

Me pasaron una corvina con jugo de limón y empecé a comer lentamente hasta que se me quitó el apetito y retiré el plato de la mesa.

—No puedo creer que una escena de esas pueda quitarte el hambre —comentó ella, con cierto desagrado.

—Lo que pasa es que me descuadra el esquema del gusano que estaba armando —aclaré.

—A ver, a ver —se puso ella de pie con las manos en la cintura—. ¿De qué gusano estás hablando?

—Baja la voz —le hice señas que se sentara—. En el camino te voy explicando.

Pagué el consumo y salimos.

—¿Qué te parece si me acompañas al Centro de Salud para terminar el informe? —le propuse.

Ella se limitó a mover la cabeza de arriba para abajo, balbuceando alguna canción de temporada.

—“Gusano” es un término que utilizo para referirme al conflicto por la jurisdicción de La Perinola —traté de explicarle, mientras nos aproximábamos al Centro de Salud.

—No entiendo ni papa —me dijo—, pero al menos tienes una explicación.

Entramos a mi oficina y ella cogió unos apuntes del curso de inglés por correspondencia que yo los tenía esperando un buen momento para organizarlos.

—¿Te gusta el inglés? —me sorprendió otra vez.

—Me interesa entender un poco —empecé a explorar.

Ella rió, cubriéndose la boca para no causar escándalo entre los pacientes de afuera.

—Soy profesora de inglés —me aclaró—. ¿Quisieras unas clascitas?

—Claro que sí —le respondí sin pensar dos veces—. ¿Cuándo empezamos?

Ese instante la profesora cogió los apuntes y empezó a resolver los ejercicios tan rápido como yo nunca hubiera imaginado.

Al otro día por la tarde, cuando ya había terminado las inspecciones del sábado, asomó mi profesora a domicilio manejando el automóvil de su hermana.

—¿Quieres acompañarme al río Samaniego? —preguntó, abriéndome la puerta.

Ese momento pasaba don Mesías en su camioneta, saludándonos con una venia. Dejé a un lado todo lo que tenía en mis manos y trepé al auto en calidad de copiloto, mientras ella conversaba:

—Don Mesías viene siguiéndome con las luces encendidas. ¿Crees que tenga algo que ver con lo del otro día?

—No lo creo —aseguré—. Solo que es un viejo verde y le gusta coquetear con las chicas bonitas.

Regresamos a La Perinola muy cerca de caer la noche.

—Te invito al cine para mañana —me propuso el momento que me disponía a bajar.

—Pero tiene que ser en Colorado —le condicioné—, porque en La Perinola hay muchas miradas que me incomodan.

Ese domingo por la mañana salimos a Colorado en el primer colectivo que se animó a llevarnos, pero nos sentamos en el último asiento a pesar de que estaba casi vacío.

—Me propusieron un reemplazo en el Colegio Nacional —me confesó con cierta emoción.

—¿Qué esperas para aceptar? —le dije.

—Que me aconsejes si vale la pena quedarme unos meses aquí.

Yo sabía que en la capital era difícil conseguir trabajo, por lo que sugerí que aceptara el reemplazo.

Por mi parte, tendría asegurados tres meses más de clases a domicilio.

—¿Estarías dispuesto a soportarme todo este tiempo? —bromeó con una evidente sonrisa.

La profesora tomó tan en serio las clases a domicilio que las tardes nunca abandonaba mi oficina, tanto que hasta sus propios alumnos llegaban al Centro de Salud a consultar cualquier cosa. Pero también le visitaban su hermana, el rector, Alfonso, mi prima y hasta el profesor Papaganso.

—¿Por qué no pones un anuncio “Se dictan clases de inglés”? —le sugirió el profesor Papaganso—. De esa manera matarías varios pájaros de un tiro.

—Con Tal y Pascual es suficiente —le respondió—. Él aprovecha muy bien todo lo que le enseño.

Hasta que llegaba la tarde del viernes y debía interrumpir las clases para ponerme a inyectar todo tipo de nalgas. Pero una de esas semanas ya no me pareció conveniente que la profesora estuviera toda la tarde en la oficina del inspector y tomé una decisión.

“Se suspenden las clases a domicilio porque el escritorio debe convertirse en puesto de inyecciones”, escribí en una hoja de cuaderno que le puse en el bolso cuando ella entró al baño.

La profesora entendió de buena manera y me propuso retomar las clases luego del trabajo. Así fueron pasando los días y, sin darnos cuenta, se terminaron los tres meses del reemplazo. Yo empezaba

a dominar el inglés y sentir gratitud por la doctora que me animaba a salir con su hermana las veces que quisiera. Hasta que un día le informaron por teléfono que su solicitud de empleo en un colegio de la capital estaba aceptada y debía regresar cuanto antes a casa.

—¿Qué hago? —me preguntó, esperando una respuesta convincente.

—Debes decidir por tu vida —le respondí para que asumiera su responsabilidad.

Ella se dio vuelta fingiendo observar por la ventana.

—Creí que habías aprendido la lección... —susurró.

—Del inglés, sí —respondí.

Ese momento se volteó frente a mí, comentando: “Solamente me preocupa que nuestras familias ya se consideraban enlazadas por el destino”, mientras cruzaba la puerta cerrándola con fuerza.

Con la ausencia de mi profesora de inglés, la confusión volvió a ser parte de mi vida. Era una lucha entre la conciencia que pataleaba por no dejarse caer en una relación con Sara que no me convenía y el corazón que prefería dejar el orgullo a un lado y sentirse acompañado. De todas formas, fui a buscarla.

—¡Hola mi elefante! —me saludó como si no le hicieran mella mis caprichos y mal genios.

—¿Cómo estás? —correspondí a su afecto.

Ella cogió mi mano y empezó a contarme los dedos varias veces, como haciendo que un hechizo se impregnara en mis huesos.

—¿Quieres dar una vuelta al parque? —me preguntó— ¿O prefieres que te iguale el pelo o recorte las uñas?

Tanta amabilidad me estremeció.

“¡A la mierda los pastores!”, exclamé para mí mismo. Aquí tengo el cariño que ando buscando.

Mientras me hacía esa reflexión, sin darme cuenta, estábamos en la vereda del parque que daba a la calle principal, en el mismo lugar donde parqueaba el “gusanito” a coger pasajeros grandes y pequeños que buscaban divertirse.

—¿Quieres subir? —me invitó ella.

Yo no estaba completamente en mis cabales y sentí tanta ternura que estuve a punto de embarcarme para dar una vuelta como cualquier niño, cuando un extraño impulso me detuvo; como si el Jefe de Salud me hubiera sorprendido traicionando a la causa.

—¡Un gusano! —me detuve con horror.

—Es un trencito de colores —aclaró Sara—. Subamos que te va a relajar.

¿Cómo podía yo saber si ese gusanito de colores era bueno o malo si no lo investigaba primero? Sara me apretó la mano y trepamos en el último vagón. Dos vueltas después bajamos del trencito y le

acompañé hasta su casa, pero cuando me dirigía a la mía, salió de la oscuridad la figura de Fresita provocándome temor.

—No tiene por qué asustarse, inspector —me dijo suavemente—, solo quiero darle una pista para su búsqueda...

—¿De qué búsqueda me está hablando? —le respondí, interesándome del tema.

—Estuve observando su actitud al interior del gusanito —me llevó al otro lado de la calle.

—¿Cuál era mi actitud?

—Escéptica —respondió—. Eso es lo que me preocupa y debo comentarle.

El asunto se puso tan interesante que preferí quedarme callado para que siguiera hablando.

—Me puse a pensar que a lo mejor en ese gusanito podía estar la explicación del acertijo que usted anda buscando.

—¿De veras? —me sorprendí—. Cuénteme de qué se trata.

—Don Mesías es un apasionado por los trencitos que recorren el santuario de animales que protege.

—¿Usted conoce todo eso?

—No es necesario —dijo rotundamente—. Mi tía Bacha me confió el secreto.

—No sabía que doña Bacha era su tía.

—Eso no importa ni pretendo sacar provecho de su fama.

—¿Pero qué tiene de especial un santuario de animales exóticos?

—Don Mesías quisiera que nunca se defina la jurisdicción de La Perinola para que no le molesten las autoridades.

—Entiendo —acepté—. ¿Y por qué me lo cuenta?

—Parece que usted es la persona indicada para sacarle provecho a este rollo.

—Siendo así... —sonreí—, ¿cuál es su interpretación de las cosas?

—El gusano figurado que usted busca podría ser el gusano de lata que don Mesías anda ocultando.

Ese momento cambié el concepto que tenía del gusano y empecé a interesarme por los gusanitos sin que don Mesías se diera cuenta.

Doña Violeta se dejó vencer por la curiosidad de ver al caimán que don Mesías había traído en su camioneta y se acercó.

—¡Qué hermoso animal!— exclamó llamando a la chica que observaba desde la puerta de la ferretería.

—Buenos días, doña Violeta —saludé.

—Le presento a mi hija Rosa —me dijo.

—¡Qué bonito color! —suspíré.

—¿Se refiere a ella o a mí? —coqueteó doña Violeta.

—A las dos, por supuesto.

Ellas se retiraron pero yo me quedé curioseando un poquito más.

—¿Dónde lo encontraron? —pregunté a don Molinos, que lo custodiaba.

—Un trabajador lo encontró en el río.

—Pero, ¿de dónde salió o se escapó?

—No lo sabemos —respondió bajándose del vehículo porque los muchachos empezaban a fastidiar al animal.

Otros curiosos de la calle también se acercaron por la novedad del caimán amarrado con bejucos al balde de la camioneta.

—¿Qué piensan hacer con el caimán? —le pregunté a don Mesías que se disponía a embarcarse con don Molinos y el despachador de gasolina en la enorme camioneta.

—Le llevaremos a lugar seguro donde tengo otros animales.

Cuando estaban a punto de salir y me despedía de ellos, don Molinos me llamó por la ventana.

—Disculpe Tal y Pascual que no le lleve pero ya no hay espacio.

—No se preocupe. Para otra vez será.

La camioneta arrancó, pero más allá se detuvo y empezó a retroceder hasta alcanzarme.

—¿Por si acaso va donde Sara? —me preguntó don Molinos, a modo de sugerencia.

—Sí, sí, —respondí para que se fuera tranquilo—. ¿Se le ofrece algo?

—Llévele esta llave para que saque la camioneta “mijo” —me lanzó el llavero sin bajarse del auto.

Lo atrapé en el aire y fui donde Sara, obligado por las circunstancias o quizá porque tenía un buen pretexto para conversar con ella.

—¡Hola, mi elefante! —me dijo desde la ventana, porque había mucha gente esperando turno en el Salón de Belleza.

—Aquí dejo las llaves de la camioneta —hice señas y me despedí con el ánimo de retirarme.

—¿Elefante? —sacó la cabeza una vieja enrullada que había estado junto a ella— ¿Dónde está el elefante?

—Así le trato a mi novio porque siempre anda trompudo —le explicó.

Me interesó tanto esa reacción que me quedé escuchando desde afuera, por si la vieja enrullada corría con el chisme a sus amigas. Afortunadamente tenían otros motivos para sus risotadas y el mío quedó en segundo plano, pero me detuve un momento pegado a la pared.

—Doña Mariana era de armas tomar cuando se trataba de la provincia colorado...

—Eso sería antes porque desde que don Mesías se convirtió en su yerno... —comentaba otra.

—¿Y doña Violeta? —preguntó otra con acento lojano—. Doña Violeta es su verdadera esposa.

—Es su esposa titular —señaló—, porque don Mesías tiene mujeres por todas partes.

—Con razón que doña Mariana les tiene bronca a los verdes —arremetió otra.

—¿Qué tienen que ver los verdes si don Mesías es de otra provincia?

—Parece que defiende la causa verde...

—No todo es verde como parece —le recordó otra pausada voz—. Don Mesías no tiene un pelo de tonto.

Pensé que era suficiente y desprendí la oreja para seguir mi camino.

Días después, apareció don Mesías con su camioneta doble cabina y se detuvo cerca a mí.

—¿Tiene un poco de tiempo? —preguntó, sin quitarse las gafas oscuras—. Nos estamos yendo a la finca.

—¿Nos estamos yendo? —me sorprendí porque parecía que estaba solo.

—Mejor suba —dijo, abriéndome la puerta.

—¡Con una condición! —le advertí.

—La que guste —se sacó las gafas para guardarlas en el bolsillo de la camisa.

—Que me lleve a conocer el zoológico de una vez por todas.

—¡Santuario de especies! —alardeó.

—Perdón —le dije, subiendo al vehículo porque esa aclaración aumentó mi curiosidad.

Lo primero que encontré al subirme fue a don Suárez que lo acompañaba escondido en el asiento de atrás.

—¿Cómo está, inspector? —saludó, dándome la mano.

Don Mesías observaba mi sorpresa por el retrovisor.

—Tarde o temprano tenía que saber —susurró don Suárez—. ¿No es así don Mesías?

—¿Qué misterio se traen los dos? —pregunté.

—Somos socios del burdel —aclaró don Mesías, mientras arrancaba su camioneta velozmente.

—Me sorprende —miré a los dos—, pero no me extraña en una persona visionaria como usted.

—¿Usted también creía que el negocio era mío? —dijo don Suárez.

—Nunca me puse a pensar seriamente en eso.

Luego de esas confesiones nadie pronunció palabra, como si los temas de conversación se hubieran agotado, hasta que llegamos a una de las haciendas predilectas de don Mesías.

Apenas puse los pies sobre la tierra, alguien saludó a mis espaldas.

—¡Doña Bacha! —me sorprendí—. ¿Qué hace por aquí?

—No me diga que le va a pedir papeles —se interpuso don Mesías, brindándome un jugo de naranja que tenía en la nevera.

—Parece que tengo las cosas más claras —le acepté el vaso de jugo—. ¿Aquí tienen su nidito de amor?

—Únicamente por terapia contra el aburrimiento —alardeó don Mesías.

—Pero no me va a negar que doña Violeta también tiene lo suyo... —opiné para ver su reacción.

—Pero nada iguala a las experiencias ajenas —confesó don Mesías, viendo que ella jugaba con los pericos en el jardín de la hacienda.

—No sé si esto es todo lo que quería confesar-me, ¿o hay algo más? —pregunté a don Mesías para animarle que me lleve al santuario.

—Cada cosa en su momento...

Presentí que se trataba de un chantaje, pero valía la pena enterarme qué se traía entre manos.

—Entiendo —sonreí forzado.

—Como se habrá dado cuenta —jugaba con las llaves del auto—, usted no tiene contratiempos como otras personas de la provincia colorado...

—¿Debo pagar algo por la protección?

—Vamos por partes —me invitó a sentarme en una banca de piedra cuando doña Bacha y don Suárez nos dejaron solos—. Lo primero es que el burdel debe parecer de don Suárez ante los ojos de la gente.

—No hay problema —acepté de buen agrado—. Pero ¿a qué conduce todo esto?

—Usted sabe que la mayoría de perinolos me debe favores... —se rascaba la cabeza—, y que darían cualquier cosa por protegerme.

—Me parece que estoy entendiendo. Usted se siente culpable de algo...

—No quisiera que su curiosidad por el santuario le provoque sorpresas y cometa el error de denunciarme.

—¡Los animales exóticos!

—Una variedad de especies que no las conoce nadie.

—Siendo así las cosas —le extendí mi mano—, desisto de conocer el santuario.

En eso, doña Bacha se acercó a don Mesías y le dijo:

—¿Ya podemos regresar a casa?

Don Mesías aceptó con un gesto y se puso de pie.

—Solo déjeme aclarar el tema de los verdes y colorados —le pidió amablemente para que se retirara—. Yo no me debo a unos ni a otros porque saben que soy de otra provincia.

Después sacó la llave de su bolsillo y subimos a la camioneta.

—La próxima vez le invito al santuario a desentrañar el misterio de los gusanos que a usted tanto interesa.

—¿Cómo supo lo del gusano? —me sorprendí.

—Tengo ojos y oídos por todas partes.

—¿Y para eso me invitó ahora? —reclamé un poco molesto—, ¿para presumir?

—No me diga que perdió el tiempo conociendo El Papayal —guiñó el ojo y se puso las gafas.

Entendí que no era el momento para aclarar esa conversación y preferí preparar el ánimo para otra ocasión.

—Creo que valió la pena visitar los jardines de esta hacienda —respondí, moviendo la cabeza.

Nos acomodamos en la camioneta y regresamos hasta la altura del burdel de don Suárez donde se bajó con doña Bacha. Entre tanto, los dos avanzamos al Centro de Salud donde debía quedarme.

—Antes de que me olvide —llamé la atención de don Mesías—. ¿Cuándo se va para la Quinta Porra?

—¿Al campamento? —se sorprendió.

—Sí, sí —afirmé, porque sabía que sus equipos camineros trabajaban en la construcción de la carretera al occidente.

—Puede ser este mismo lunes —respondió intrigado—. ¿Se puede saber cuál es su interés por la Quinta Porra?

—Controlar los burdeles que han crecido como hongos.

—Muy bien —me animó—. ¡Duro con la competencia!

Ese lunes a las cinco de la madrugada don Mesías fue a verme con doña Bacha de copiloto.

Ella me saludó con picardía.

—Como podrá observar —justificó don Mesías—, yo no doy un paso sin mi asesora de imagen.

Ese momento me quedé más confundido que nunca y le pedí explicación.

—Disculpe don Mesías, ¿a qué imagen se refiere?

—A ésta —señaló su propia cara—. Quiero medir mi popularidad.

—¿Acaso quiere ser candidato a presidente o algo por el estilo?

—De eso quería hablarle cuando doña Bacha nos interrumpió —sonrieron los dos—. Quiero ser más atractivo a los ojos de la gente.

Don Mesías no quiso dar más detalles por los sacudones del camino que cada vez se ponían más fuertes, pero unos kilómetros adelante empecé a marearme y preferí escuchar la conversación acostado en el asiento de atrás.

—Créame doña Bacha que sus consejos siempre serán oportunos —le acariciaba la pierna.

—¿Cuál de ellos quiere que le repita? —preguntó ella.

—El de las obras...

—¡Por sus obras los conoceréis! —repitió doña Bacha.

—Eso quiero que todos lo entiendan —se emocionó—. ¿Qué le parece?

Pero empezó a llover y se puso imposible continuar el camino ni por más 4x4 que era la camioneta, entonces se detuvo ante otro vehículo enlodado que venía del otro lado.

—¿Algún problema, don Mesías? —preguntó el conductor del otro vehículo.

—Ninguno —respondió—. Solo diles en el campamento que mañana vengo en otra camioneta.

Dimos la vuelta con mucha dificultad y regresamos.

Esa tarde la enfermera del Centro de Salud me comentó que el doctor Cárdenas había llamado preguntando por mí.

—¿Qué le respondió usted? —pregunté, porque ella sabía de mi viaje a la Quinta Porra.

—La verdad, naturalmente.

Poco después llamó nuevamente el Jefe de Salud y me acerqué al teléfono.

—¡Aló!, ¿doctor Cárdenas?

—Me gusta que esté a la caza —empezó.

—¿A la caza del gusano? —le pregunté bromeando.

—De eso hablaremos después —aclaró—.
¿Cómo le fue en la gestión?

—No pudimos llegar a la Quinta Porra por el lodazal, pero mañana volveremos en tractor.

—¡Así se habla! —me animó—. Téngame informado de todo.

En efecto, al otro día nos pusimos de viaje en otra camioneta de don Mesías.

Luego de tres horas, patinando y con sobresaltos, llegamos donde se terminaba el movimiento de tierras que habían realizado las máquinas.

—De aquí en adelante tendremos que caminar —sentenció don Mesías, poniéndose las botas y el poncho de aguas—. Allá nos encontraremos porque antes tengo que controlar otro campamento.

Seguimos avanzando por potreros y senderos llenos de fango, cogiendo guabas, naranjas y todo lo que asomaba hasta que empezó a darme comezones en las piernas, los testículos y todo el cuerpo de manera espantosa. Mientras me rascaba con desesperación, buscaba en mi ropa algún bicho que podría ser el causante de tanta picazón.

—No se vaya a emocionar, doña Bacha, pero debo sacarme el pantalón.

—No es necesario que lo haga, ¿ve usted ese polvito como harina? —señaló varias partes de mi pantalón.

Ese momento pude constatar que mi pantalón estaba polveado de esa extraña sustancia que nunca supe dónde se pegó.

—Es garrapatilla —me explicó—, y la única forma de librarse de ella es metiéndose al río con la ropa puesta.

Afortunadamente ya se escuchaba el ruido del río y empecé a correr.

—¿Seguro que la corriente me quita? —quería aferrarme a cualquier esperanza.

—Claro que sí —aseguró doña Bacha—. Usted se zambulle por unos minutos y la garrapatilla flota hasta desaparecer con la corriente.

—¿A usted no le pica? —le pregunté porque se veía tan tranquila y divertida.

—Yo no me detengo donde se refriegan las vacas —me respondió.

Llegué al río y me sumergí el mayor tiempo posible. Luego salí completamente mojado pero más aliviado, esperando secarme pronto.

Dos horas después de caminata por el lodo, llegamos con doña Bacha a escampar bajo el techo de una casita de caña. Nos sacamos la camiseta y botas enlodadas para secarlas medianamente junto al fogón de sus habitantes. Luego de un momento llegó don Mesías, cabalgando un caballo y llamando a alguien de su confianza.

—Te encargo éstas jaulas para llevarme otro día.

—¿Eso es todo?

—Luego vas al pueblo y diles a los colonos que los miércoles vendrá la brigada del entretenimiento —ordenó.

—¿Qué es eso? —preguntó el individuo antes de cumplir el mandato.

—Solo diles eso —insistió, para que el mensajero saliera enseguida—. Ya te daré más detalles en otra ocasión.

Doña Bacha se quedó mirando al caballo con profundo interés.

—¿Quiere montarlo? —preguntó don Mesías.

—¡Claro! —aceptó, como niña a quien le ofrecían juguetes.

Enseguida salió el cocinero con un caballo y lo acercó a nosotros.

—Es el único —anticipó, viendo que éramos tres.

—No se preocupen —les dije—. Me duele la cabeza y prefiero quedarme.

Don Mesías sostuvo el caballo para que doña Bacha subiera y se despidieron de mí.

—Duérmase un rato que eso le hará bien —me recomendó mientras se alejaban.

Los días pasaron hasta que llegó el amanecer del próximo miércoles. Yo debía aprovechar cualquier viaje para inspeccionar los burdeles y el comportamiento de los colonos, y por eso me embarqué nuevamente con don Mesías y doña Bacha rumbo al occidente, hasta que encontramos otras dos camione-

tas de la constructora que se habían detenido ante la crecida del río. Don Mesías bajó a inspeccionar, pero no encontró a quien cuidaba los vehículos, se alejó unos cuantos metros al filo de una roca y empezó a gritar.

—¿Hay alguien aquíiiii?!

Pero el ruido de los grillos y otros insectos era lo único que sonaba en kilómetros a la redonda.

Seguimos nuestro camino y los mosquitos eran insoportables por la tierra recién removida en la nueva carretera al occidente, hasta que llegamos a una hondonada donde habían brotado como hongos unas cuantas mediaguas al filo del carretero. Ese día muchos trabajadores y colonos enlodados se disponían a almorzar en medio del confuso ruido de vallenatos y motores de luz eléctrica.

—¡Les presento a la Quinta Porra! —exclamó don Mesías como si recién lo estuviera descubriendo.

—Mucho gusto —respondí—. ¿Por dónde debo empezar mi trabajo?

—Vaya preguntando dónde están los burdeles y cualquiera le dará razón —me recomendó, mientras se alejaban a vigilar la maquinaria que trabajaba muy cerca de allí.

A pocos pasos de empezar el recorrido, encontré el primer burdel bajo una construcción de madera y láminas de zinc.

—Buenos días, ¿quién atiende aquí? —pregunté a los colonos que esperaban extrañados.

—¡Hola mijo! —abrió la puerta una mujer barrigona que terminaba con un cliente.

—Soy Inspector de Salud y quiero hablar con el dueño —aclaré, frenando el coqueteo.

—Yo soy la dueña —respondió, limpiándose el sudor con un pañuelo.

—¿Tiene permiso de funcionamiento?

—¿Permiso de quién?

Mientras esto sucedía, los clientes desaparecieron como por acto de magia.

—Eso lo podemos arreglar —dijo ella, buscando en la vetusta habitación su cartera de mano.

—Mejor cuénteme cuántos burdeles más hay en la Quinta Porra.

—Los dos de mi familia —respondió—, pero hay mujeres que atienden al aire libre.

El asunto parecía más complicado de lo que había imaginado, pero preferí despedirme para organizarlo después.

—Vendré otro día para informarle el procedimiento.

A pocos pasos del lugar de partida nos encontramos nuevamente los tres, pero don Mesías tuvo que retirarse buscando un lugar para orinar, y doña Bacha y yo nos adelantamos hasta una covacha que despedía olores a comida.

—Buenas tardes —saludó doña Bacha, sentándose en una silla desocupada.

—Tienen que esperar turno —advirtió el gordo que hacía de mesero—. Esa mesa está reservada.

—¿Reservada? —preguntó doña Bacha, bastante molesta—. ¿Reservada para quién?

—Para don Tito que casualmente acaba de llegar —señaló hacia la puerta.

Los dos regresamos a ver al personaje que ingresaba.

—¿Tito? —se sorprendió doña Bacha—. ¡Ernest Tito!

—El mismo que viste y calza —respondió, abrazando a doña Bacha para invitarnos a compartir su mesa.

—En Colorado te dimos por muerto —siguió la doña—. Sobre todo cuando dijeron que las deudas te ahorcaban.

—Pero aquí me tienes vivito y coleando... —respondió, al tiempo que hacía señas para que pasaran tres almuerzos.

—No me digas que eres hacendado —ironizó doña Bacha.

—Acabo de parcelar mi hacienda pero reservé un bonito lugar para burdel.

Ese momento entró don Mesías venteándose el calor con un sombrero.

—Podemos hacer negocio —propuso don Mesías que había escuchado esa última parte.

—¡Mesías!, no me imaginaba que estuvieras por aquí —saludaron—. Me comentaron que andas haciendo obra social.

—Efectivamente —respondió con la sonrisa en los labios—. ¿Qué te parece?

—Muy bien —aprobó don Ernest con la boca llena—. ¿Qué propones para apoyarte?

—Por lo pronto quisiera promocionar algunos servicios —prosiguió don Mesías—, después veremos qué hacer.

Don Ernest se puso abruptamente de pie dando palmadas para llamar la atención de todos los comensales que llenaban el lugar.

—¡Amigos y amigas! —les motivó—. Estamos de plácemes...

El dueño del comedor bajó el volumen de la rocola y paró la oreja para escuchar.

—¿Se acuerdan que les ofrecí todos los servicios? —logró despertar el interés de la concurrencia—. Los servicios empiezan a llegar...

Todos volvieron su atención hacia nosotros, unos con disimulo y otros se acercaron a vernos de arriba para abajo como si fuéramos marcianos. Entonces, don Mesías que era la parte interesada de todo esto tomó la palabra.

—Estamos aquí porque conocemos las necesidades de ustedes —hizo pausa hasta que se instalara todo el tropel de curiosos que inundaba el comedor—. Somos amigos de Ernest y tenemos muchas cosas en común para beneficio de ustedes.

Todos aplaudieron acaloradamente.

—Hasta que doña Bacha se recupere de la caminata y le instalemos su carpita... —les animaba refregándose las manos—, prepárense para una sorpresa a partir de las tres de la tarde.

Todos quedaron confundidos pero volvieron a sus asientos, a sus comedores originales y a su trabajo en la constructora.

Exactamente a la hora señalada, doña Bacha decidió asomarse por la puerta de la carpa que ya le habían armado.

—Sabemos del sacrificio que hacen ustedes dijo doña Bacha, ante la mirada lujuriosa de colonos que se atropellaban por verla en trapos menores que evidenciaban su oficio—. Gracias a don Mesías estamos aquí para dar entretenimiento todos ustedes.

Todos aplaudieron, no solo los lujuriosos sino la gente del pueblo que acudía por curiosidad.

—¿Será un circo? —se preguntaban los niños y adolescentes.

Doña Bacha bajó el telón que hacía de puerta y se perdió en su interior para que los colonos siguieran intrigados.

—Por tratarse de una promoción —retomó don Mesías—, repartiremos cinco pases de cortesía entre el público presente.

—¿Cómo escogerán a los cinco? —se preguntaban los asistentes.

—Que la misma señora decida —sentenció don Mesías, perdiéndose en la carpa.

Los curiosos se apretujaban para ser más visibles ante los ojos de doña Bacha que sonreía desde una silla, enseñando sus piernas. Otros colonos se esmeraban en parecer simpáticos, se peinaban con los dedos el pelo mojado o se aguantaban la respiración con el pecho levantado para parecer atletas. Hasta que señaló con el dedo a cinco de ellos que se frotaban las manos con satisfacción. El resto se retiró sin ocultar desilusión, sobre todo los obreros que recibían amenazas por no retornar a tiempo al trabajo.

—Todos tendrán su oportunidad —aclaró don Mesías para animarlos en su retirada—. Solo es cuestión de esperar un poquito más.

Uno que otro colono, que no tenían relación con la constructora ni con nadie, se quedaba pacientemente esperando a los elegidos para hacerles preguntas. Hasta que salió el primero.

—¿Cómo te fue? —corrieron a preguntarle como si regresara del espacio.

El colono sonrió pero sin voz y cuando sus amigos se aprestaban a pedir auxilio para liberarlo de la posesión, decidió decir las primeras palabras.

—Acabo de volver del más allá.

—Un momentito —se molestó don Mesías—. Más allá sólo está La Perinola, esta es una carpa promocional al servicio de la comunidad.

—¿Promocional de qué? —preguntó alguien por ahí.

—De la brigada del entretenimiento —respondió don Mesías, al tiempo que salía el segundo sorteado con la sonrisa de oreja a oreja. Todos corrieron a recibir al colono risueño.

—¿Qué les parece la brigada del entretenimiento? —preguntó don Mesías a los que seguían boquiabiertos.

Los colonos gritaban cualquier cosa con el puño levantado como si fuera una conquista laboral.

—¿Cuándo vuelve la promoción? —preguntaron a don Mesías.

—Cuando el carretero esté lastrado...

Me acerqué a don Mesías y le corregí en la oreja:

—Pero ya les ofrecimos el miércoles de cada semana.

—Ese es el negocio —le brillaban los ojos—, que nos esperen con el camino lastrado.

Mis frecuentes desplazamientos a la montaña habían generado el rumor de que las autoridades coloradas me retirarían de La Perinola “reconociendo la jurisdicción de la provincia verde”. Entre tanto, la noticia de la brigada se regaba como pólvora por toda la región y en pocos días no había un solo rancho por más miserable que fuera sin saber lo que se venía.

Cuando la camioneta de don Mesías regresó por tercera vez, fue a instalarse en el terreno de don Ernest; los colonos se habían encargado de limpiar la maleza y regarle cáscara de palma para que no se enlodara el piso.

—Hoy habrá doble función —anunció don Mesías, y todos entendieron que doña Bacha atendería en doble jornada.

El espectáculo de levantar la carpa siguió su curso pero yo me alejé a cumplir el trabajo que me correspondía. Y cuando visité nuevamente el burdel de la primera vez, la mujer barrigona me encaró.

—Nunca pensé que se trataba de una trampa.

—¿De qué trampa me está hablando? —reclamé.

—Que usted trató de sorprenderme diciendo que es inspector —se envalentonó—. ¿Dónde está su credencial?

Saqué el carnet del bolsillo y le enseñé.

—Usted no puede ser juez y parte —me resultó respondona la mujer.

—¿A qué se refiere con juez y parte?

—Que el espectáculo de la carpa es suyo y seguro que no tiene los permisos que a nosotros nos exige.

Traté de explicarle que no tenía nada que ver con las carpas y que vine en esa camioneta porque era la única forma de llegar a la Quinta Porra. Pero ella prefirió dejarme con la palabra en la boca encerrándose en su cuarto de madera. Cuando regresé a la carpa, los colonos se habían encargado de armar la otra por su cuenta.

—¿Para qué trajeron dos carpas? —preguntaron los comedidos que seguían llegando.

—Es otra sorpresita —dijo don Mesías, señalando la camioneta donde se desperezaba una muchacha.

—¡La mamá y la hija! —corearon todos con aplausos.

—Eso no interesa —aclaró don Mesías—. Lo único que quiero es que ustedes se diviertan.

Mientras unos se quedaban boquiabiertos viendo a la colombiana que don Mesías había traído a que acompañe a doña Bacha, otros se afanaban en dejar las carpas completamente armadas.

—La función va a empezar —se puso al frente don Mesías—, pero quiero ser grato con quienes están desde el principio.

Todos levantaron la mano queriendo ser los primeros.

—No tienen por qué impacientarse —puso orden don Mesías—, todos tendrán el servicio que merecen.

Ese día estaban dos mujeres que sabían del oficio para atender clientes desesperados hasta bien entrada la tarde. Cuatro horas después desarmamos las carpas, cargamos un par de tigrillos de don Mesías y emprendimos el regreso. El camino fue más tormentoso que en la mañana, pero las mujeres dormían plácidamente.

—Ya tengo una explicación a su interés por el gusano —me animó don Mesías y eso llamó mi atención.

—Qué bueno, ¿cuál es?

—Que ser “gusano” es la ambición de los más pintados —respondió con la cabeza levantada.

—¿Y cuáles son para usted los más pintados?

—No me diga que no se ha dado cuenta... —ironizó.

—¡Claro! —respondí inmediatamente—. Los de la causa verde...

—...y los colorados también —completó don Mesías.

—Supongo que usted simpatiza con los verdes, ¿no es así?

—No precisamente —hizo pausa—, pero seguiré buscando un color que vaya a tono con mi personalidad.

Era jueves y regresaba de Colorado dejando el informe del Jefe de Salud cuando distinguí con el rabillo del ojo que unos brazos se movían como alas queriendo llamar mi atención. Sabía que Sara era persistente y que haría lo imposible por hacerse notar, pero esa actitud me pareció una acción desesperada que yo debía tomar en cuenta.

—El-jefe-de-mi-papi-quiere-verte-de-urgencia —alcancé a entender en ese lenguaje de señas al que me tenía acostumbrado, sobre todo con el gesto de abrazo muy característico en ella.

Pero esta vez entendí, de una vez por todas, que estas formas de comunicarse a la distancia podían servirme para otros fines.

—Gracias —le dije, tratando de responder a su gentileza—. Dile que voy este momento.

Sara se sintió la mujer más feliz de la tierra porque había vuelto a llamar mi atención. Me cambié de ropa y salí a la gasolinera.

—¡Don Mesías! —di golpecitos en la ventana—. Ya estoy aquí.

Enseguida abrió la puerta y me invitó a pasar.

—Estimado inspector —me dijo amablemente—. Quiero tener un trato con usted.

Me puso una silla frente a él y salió a la puerta para decirle al despachador que no interrumpiera mientras conversaba conmigo.

—Acabo de romper con los verdes —me confesó un tanto contrariado.

No supe qué responder porque me parecía algo imposible.

—No se preocupe —sonrió—. Entiendo su sorpresa y no tiene por qué comentarlo.

Me sentí más liberado esperando que él mismo siguiera la trama.

—No voy a entrar en detalles porque no es para eso que lo mandé llamar —jugaba con el lápiz que luego lo puso a un lado para estirarse en la silla.

Seguí a la expectativa porque don Mesías era capaz de cualquier cosa por hacer negocios.

—No necesito que me encasillen como verde ni colorado, ¿me entiende?

—Supongo que eso le conviene —comenté—. Pero tengo una curiosidad...

—¿Cuál?

—Si usted rompió con los verdes —logré atraer su atención—, ¿quiere decir que se viró para los colorados?

—Tampoco —sonrió—, recuerde que soy de otra provincia.

Me pareció una respetable forma de evadir la respuesta, pero todo volvió a su curso cuando cambió de tema.

—Quiero dedicarme a un servicio que sea bueno para todos —retomó la conversación que le interesaba.

—¿Pero qué tipo de trato quiere conmigo? — pregunté, para agilizar las cosas.

—Un pacto de beneficio mutuo —me extendió una caja de chocolates—. Usted me ayuda a vender cualquier cosa a los colorados...

—¿A cambio de qué?

—Una buena comisión —se golpeó el bolsillo del pantalón.

—No quisiera dejar mi empleo.

—Seguirá siendo inspector y yo el inversionista. ¿Qué le parece?

Me pareció razonable, sobre todo si estaba distanciando de los verdes.

—Empecemos negociando ese lote esquinero que me gusta —señalé el lugar.

—¡Por supuesto! —me apretó la mano—. Mañana mismo lo gestionamos.

—Tantas veces me dice “mañana mismo” —sonreí—, que ya no sé si creerle o seguir esperando.

—Eso es otra cosa —me dio una palmada—, pero tarde o temprano los compromisos deben cumplirse.

—Esperemos que así sea —extendí mi mano con la finalidad de despedirme.

—¡Se olvida del trato! —me obligó a sentarme otra vez.

—Entiendo que ya nos pusimos de acuerdo —aclaré.

—Al contrario —se interesó—. Este momento empezamos a negociar.

—No tengo ningún inconveniente —acepté desde mi asiento.

—Quiero que usted me avise cuando tenga que visitar los centros poblados...

—¿Para qué? —me quedé intrigado.

—Para que me invite.

—Usted puede ir a donde sea el rato que quiera —comenté extrañado—. ¿Qué importancia tiene mi compañía?

—Una cosa es llegar como hacendado y otra como amigo del inspector —me respondió.

—¿Qué busca con todo eso?

—Quiero acercarme a la gente sin parecer benefactor.

Dos días después regresé a su oficina de la gasolinera.

—Mañana tengo que ir a El Consuelo —quise darle una prueba de mi compromiso.

—Muy oportuno —preguntó—, ¿a qué hora?, quiero llevar a doña Bacha conmigo.

—¿Qué le parece a las ocho en punto?

—Está bien —se comprometió—. A las ocho pasaré por usted.

Don Mesías estaba tan obsesionado con eso de visitar “casualmente” los caseríos que, antes de las

ocho, nos parqueamos frente a la casa de doña Bacha para que saliera.

—Buenos días señora —saludó don Mesías con el sombrero en la mano.

—¿Qué milagro lo trae por aquí?

—Vengo por usted —respondió—. ¿Acaso se le olvidó mi invitación?

—¿Y el trabajo?

—Solo es cuestión de un par de horas —explicó don Mesías sin apagar el motor de su camioneta.

Pero doña Bacha, apenas me reconoció en el asiento de atrás, saludó amablemente y preguntó a don Mesías.

—¿Puedo llevar a mi sobrina para que acompañe al inspector?

—Él se va para otro lado. Mejor vamos pronto que nos hacemos tarde.

—Tranquila madrina —le dijo la sobrina desde la ventana de su casa—. Puede demorarse el tiempo que quiera.

Media hora más tarde estaban por dejarme en El Consuelo, donde debía investigar sobre una plaga de ratas, pero al no encontrar a nadie en casa, me regresé con ellos a la hacienda El Papayal donde acostumbraban llegar para darse un gustito en la enorme jaula de los pájaros exóticos.

Apenas entramos a la hacienda quise quedarme en la sala de huéspedes, pero me hizo señas que

acompañara a doña Bacha porque debía atender algún asunto doméstico y salió apresurado.

Doña Bacha, que conocía esa hacienda lo suficiente, me llevó por los recovecos que a ella le gustaban y otros que siempre me interesaron hasta que llegamos a un galpón donde había trencitos con vagones multicolores. Ella se quedó sorprendida porque nunca antes los había visto.

—Esos deben ser los trenes con los que recorre el santuario —me dijo.

—Ahora entiendo por qué don Mesías no me permite conocer el santuario.

—No lo tome a mal ni como un acto de egoísmo —quiso justificarlo doña Bacha—. Debe ser un capricho de la segunda infancia.

Poco después regresó don Mesías y nos abrió su estudio donde había enormes fotografías pegadas a la pared como si fuera una galería.

—Póngase cómoda y ayúdeme a escoger estas fotos —le dijo don Mesías—. ¿Cuál es la mejor imagen de su consentimiento?

—Me gusta esta manejando el gusanito, esta otra pintando los vagones de colores... y aquella —respondió doña Bacha para agilizar las cosas.

—Muy buena elección —se emocionó—. Mandaré a la capital para que las preparen.

—No me diga que va a presentar una exposición —se sorprendió ella.

—No precisamente eso —se acomodó la camisa—, solo me interesa ser el bonachón de siempre.

—Para eso no necesita fotos —aclaró ella—. Solo es cuestión de actuar con naturalidad.

Don Mesías, visiblemente sorprendido, se acercó a ella.

—Siempre pensé que, aparte de meretriz, usted tenía otras virtudes.

—Es mi sexto sentido —alardeó, elevándose el busto con las manos.

—No cabe duda que será buena asesora de imagen —le dijo—, aunque debo hacer una que otra jugada en el burdel para cubrir su ausencia.

—No se preocupe que puedo hacer las dos cosas sin problema —se ofreció ella.

—No es mala idea —se le iluminó a don Mesías—. Usted debe seguir yendo al burdel para que no digan que yo la mantengo.

—Por lo pronto —sonrió ella—, lléveme allá que don Suárez debe estar esperándome.

Subimos a la camioneta de regreso para que doña Bacha no fallara al trabajo.

Desde la ventana de mi oficina observamos que bajaban muchas jabas de cerveza a la bodega del presidente de la Junta Proverdes.

—Este es don Mamerto en su ambiente natural —comentó Alfonso para que yo le pusiera atención.

Y me puse a estudiar todos sus movimientos en el mundo que le interesaba, porque yo conocía de él únicamente los gestos poco amigables con sus compañeros de causa, los actos autoritarios con sus empleados y el desprecio por quienes no éramos Proverdes.

—No exageremos, Tal y Pascual —me cortó la inspiración Alfonso—. Solo quiero que observe esos gestos arrogantes.

Pero era imposible dejar de contemplar todos sus movimientos para entender su voracidad por los negocios. No en vano era dueño del supermercado más grande del pueblo, el único cine y el único coliseo de espectáculos del recinto. Ese mismo individuo, con tanto poder, era quien recibía en persona el cargamento de cerveza. Se remangó la camisa para que no le estorbaran los puños y volvió a contar las jabas porque no estaba conforme con el registro hasta que la bodega se llenó.

—¿Qué fiesta se avecina? —preguntó el médico rural que acababa de entrar y volvió a salir sin encontrar respuesta—. ¿Otro aniversario de La Perinola?

—¡Un momento! —traté de interpretar las especulaciones—. Debe ser por la temporada del circo de payasos que anuncian por ahí.

Efectivamente, ese momento se escuchó a lo lejos un parlante anunciando que el Circo de los Payasos acababa de llegar a La Perinola.

—Pero, ¿qué relación puede tener don Mamerto con la función de un circo?

“¿Será que don Mamerto auspicia las presentaciones del circo?”, se me ocurrió pensar.

Eran tantas las interrogantes flotando en el ambiente que añorábamos un amigo chismoso que nos ayude a despejar la curiosidad. Y en plena invocación, alguien golpeó la puerta de la oficina.

—¿Se puede? —saludó don Pepín, el vecino de la vulcanizadora.

—¡Don Pepín! —le invité a pasar—. Le estamos esperando...

—¿Para tomarnos una cervecita?

—Para que nos explique si tiene algo que ver ese cargamento de cerveza con la presentación del circo —le consulté.

—No tiene nada que ver —respondió—, solo que don Mamerto monopoliza la distribución de cerveza en toda la región.

—Me parece que don Mamerto es poco comunicativo para ser distribuidor de cerveza y Presidente de la Junta a la vez —opiné.

—Para distribuidor de cerveza no importa porque no tiene quién le haga competencia, pero en cuanto a Presidente de la Junta... no lo sé —me

contestó, mientras salíamos a dar una vuelta por el pueblo.

—¿Qué le parece don Mesías como presidente de la Junta Proverde o colorada? —se me ocurrió.

Todos se quedaron sin contestar por un instante, pero don Pepín se animó a comentar después.

—A don Mesías no le interesa tener enemigos —aclaró—, solo amigos de lado y lado.

—Me parecería una decisión inteligente —opiné—. ¿O será que don Mesías busca algo más que eso?

Alfonso se limitó a golpetear el escritorio, luego dio su interpretación del tema.

—Lo que pasa es que don Mesías hace negocios con todos pero con nadie se compromete —intervino mi casi primo.

Salimos de la oficina y nos quedamos quietos por varios minutos cerca de la gasolinera, como si pasando por ahí nos iba a escuchar don Mesías. Miramos a los lados y nos dimos cuenta que estábamos delante del kiosco donde vendían los jugos de melón con vainilla que tanto me gustaban. Y retrocedimos para comprarlos.

—Deme un jugo para cada uno —pidió Alfonso a la señora que hacía sonar su licuadora como queriendo atropellarnos.

Cuando nos acercamos a coger los jugos, Alfonso murmuró en voz baja.

—Hablando de Roma...

—¿Don Mesías se asoma? —completé la rima.

—No —me corrigió—. Mamerto Bey se asoma.

Alfonso quiso saludarle cuando pasaba en su flamante Ford 350, pero él no le regresó a ver con la típica arrogancia que le caracterizaba.

—¿Qué le pasa a este tipo? —se molestó Alfonso, mientras nuestros acompañantes se despedían para tomar cada uno otro rumbo.

—Todo por mi culpa —traté de poner la responsabilidad sobre mis espaldas.

—No tiene por qué preocuparse —comentó Alfonso mientras pagaba de los jugos—. Ni siquiera a mí me preocupa su actitud.

Cuando caminábamos a la altura de su casa, Alfonso empezó a confesarme otra faceta de Mamerto Bey.

—Lo conozco desde chico cuando estaba en la escuela. Claro que nunca fue amigable con nadie, pero al menos saludaba como vecino...

En eso, Alfonso paró la conversación porque me distraje con una gordita que no dejaba de coquearme.

—Discúlpeme Alfonso —palmeé su espalda para que siguiera conversando.

—No se preocupe —me respondió en voz baja—. A mí me pasaba lo mismo cuando tenía su edad.

Alfonso me agarró del brazo para darme información de ella.

—Se llama Salomé —me sonrió—, y si quiere le presento.

Se trataba de una gordita simpática que no sé por qué razón no me quitaba la mirada de encima.

—Prefiero que me presente después y en otras circunstancias —le respondí.

Seguimos por la calle principal y nos cruzamos con el profesor Papaganso que se mostraba disgustado con su esposa porque le había caído de sorpresa en La Perinola. Quisimos saludarle pero él se veía tan contrariado que prefirió evadirnos comprando helados en la esquina.

Pocos días después pasábamos con Alfonso frente a la bonita quinta de árboles frutales donde vivía Salomé.

—¿Se acuerda de la gordita que le paraba bola?

—¿Ella vive ahí? —le sorprendí.

Alfonso sonrió, señalando discretamente a la señora de pelo blanco que esperaba en el portón.

—Es su abuela y defiende a capa y espada la causa colorada —me anticipó—. ¿Quiere que le presente?

—Claro que sí.

—Buenas tardes, doña Mariana —le saludó Alfonso—. Quiero presentarle al Inspector de Salud que mandaron de la capital.

—¡Amigo de mi nieta!, ¿no es así? —me extendió la mano derecha, mientras se apoyaba con la izquierda en un bastón con empuñadura de plata.

—Soy Tal y Pascual, a sus órdenes —me presenté con una venia, porque sabía que le gustaban los detalles.

—Ahí viene Salomé —dijo la doña, dándose la vuelta para abrir la puerta—. ¿Por qué no pasan y conversamos un rato?

Era una excelente idea porque se trataba de un personaje importante en la causa colorada. Pero preferí ofrecerle mi ayuda a Salomé que venía torciéndose con un canasto de compras del mercado.

—Me gusta que sean amigos —nos dijo en cuanto llegamos—. Ella me acompaña desde chiquita.

Sonreí para las dos sin aflojar el canasto hasta dejarlo en la cocina.

—Todos te llaman Inspector. Pero, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Tal y Pascual —le dije.

—¿Te puedo llamar Talito? —coqueteó.

—Prefiero que me llames Pascual, a secas.

Después me cogió del brazo para llevarme a conocer el jardín.

—¡Salomé!, no distraigas al señor —gritó su abuela para que me devolviera al conversatorio de la sala.

—¡Qué bonita quinta! —alagué.

—Está a sus órdenes —me respondió doña Mariana, mientras Salomé acomodaba las compras en el refrigerador—. ¡Salomé!, prepáralas un cafecito a los señores.

—¡Eso mismo estoy haciendo! —contestó, mientras el olor a café molido ya era bastante evidente.

—Es una chica con muchas virtudes —señaló con su bastón como si me estuviera ofreciendo en venta—. Yo me hice cargo de ella cuando murió su madre y le pagué los estudios hasta que se graduó de bachiller... claro que tiene otro hermano pero tan desamorado que ni siquiera sabemos de él.

Doña Mariana interrumpió su conversación cuando entró Salomé con los jarros de café.

—Sírvanse un cafecito —nos ofrecieron a dúo.

Pero mientras Alfonso conversaba con doña Mariana, Salomé me llamó al jardín donde observé una casita que parecía de juguete al fondo del huerto.

—¡Qué bonita villa! —se me ocurrió comentar—. ¿Quién vive ahí?

Ese momento salieron doña Mariana y mi primo a seguir conversando en el jardín.

—Está arrendada al director de la escuela Campos verdes —respondió la abuela.

—Entiendo que esa escuela es jurisdicción de la provincia verde —comenté un tanto sorprendido.

—A ese señor le tengo advertido que puede ser director de lo que sea en su provincia, pero dentro de mi casa no se topa ese tema —intentó aclararme.

La charla se interrumpió porqué golpearon el portón para dejar una cabeza de maqueño que traían de sus propiedades.

—Bueno, doña Mariana —se puso de pie Alfonso—. Ha sido un gusto saludarle.

—Yo digo lo mismo —se despidió afectuosamente de nosotros dos—. Vengan cuando quieran para tomarnos un cafecito.

A partir de esa oportunidad, empezamos a entendernos bastante bien con Salomé porque yo llegaba a su casa y ella me visitaba en el Centro de Salud. Sus tíos y primos, que de vez en cuando llegaban de la capital, también me tomaban en cuenta como si fuera de su familia. Hasta que a uno de ellos se le ocurrió una broma que aclararía los malos entendidos.

—¿Cuándo se casan, Salomé?

Ella que era gordita y colorada se puso más roja de vergüenza.

—Somos amigos nomás, tío.

Pero Salomé, a pesar de todas las comodidades que tenía en su casa, necesitaba ocuparse en alguna actividad laboral sin importar cuánto dinero le podrían pagar. Así, una tarde que yo pasaba a la

altura de su casa, me hizo señas como si tuviera algo importante que decirme.

—Quiero contarte una nueva —me confió—. Me ofrecieron trabajo de profesora.

—Nunca supe que eras profesora —le respondí extrañado.

—Nadie nace sabiendo —argumentó ella—. No quisiera desperdiciar esta oportunidad que me da la vida.

—¿En qué escuela?

—¡Adivina! —se mordía las uñas.

—En la Escuela Campos Verdes, supongo.

—No —me respondió—. En la Escuela Fiscal de San Judas.

—Pero San Judas está a media hora de aquí.

—Siempre me gustó ese pueblito. Es tan romántico...

SEGUNDA PARTE

La noche de los platos rotos

Era época de lluvias y los mosquitos causaban inconvenientes en la población infantil; entonces, el personal de malaria decidió fumigar todos los sitios accesibles e inaccesibles del Centro de Salud. Pero el trabajo lo habían hecho de tal manera que, dos días después, resultaba imposible retomar las labores por la concentración de insecticida. En eso, salió el médico rural con un pañuelo en la nariz.

—No podemos atender así —los dijo a los pacientes—. Pero si ocurre una emergencia no duden en buscarnos.

—¿Qué pasó aquí? —se asustaron otros pacientes que acababan de llegar.

—El olor del insecticida está muy fuerte — insistió el médico—. Espero que mañana podamos retomar la atención.

Todos se fueron desilusionados, pero nosotros aprovechamos para colocar avisos en las puertas y salir a dar una vuelta.

—¿Qué andan haciendo en horas de trabajo? —le escuchamos a doña Mariana desde la puerta de su casa.

—Matando el tiempo hasta que se evapore el insecticida —respondió la señorita Lila, al tiempo que nos acercábamos a saludarla—. ¿Quiere que le tome la presión?

Doña Mariana nos abrió la puerta y fue a sacar su tensiómetro para que mi compañera le tomara la presión.

—¿Les sirvo un cafecito? —nos ofreció.

—Prefiero esperar la hora del almuerzo con la barriga vacía —agradeció la señorita Lila y salimos enseguida.

Como a eso del mediodía, decidimos almorzar al otro extremo del pueblo, donde lo hacíamos antes de cambiarnos al nuevo local. Apenas entramos al restaurante *Viejo verde*, sus dueñas reconocieron a la señorita Lila y se acercaron muy amables a saludar con ella.

—Bienvenida, señorita —saludó doña Robusta desde el sillón de donde lo controlaba todo.

—¿Cómo sigue con sus reumas? —le preguntó la señorita Lila mientras yo me acomodaba en una de las mesas vacías.

Después se me acercó la hija mayor de la señora Robusta que, a pesar de sus libras demás, era bastante atractiva.

—¿Qué le servimos, inspector?

Me quedé mudo observando cómo sincronizaba sus movimientos de cadera con lo que decía, pero en eso llegó la señorita Lila a desconcentrarme.

—Ya le está poniendo el ojo ¿no?

—De ninguna manera —le respondí—. Estoy revisando la carta para ordenar.

La hija de doña Robusta tomó el pedido y se alejó meneando las caderas como lo exigía su corpulencia. Pero en eso, la señorita Lila se sorprendió como que había visto fantasmas.

—¡Mis papás! —exclamó, levantándose a recibirlos.

—¿Ellos? —señale con discreción—. No sabía que venían por usted.

Yo seguí esperando en la mesa hasta que la señorita Lila fuera a ver a sus padres.

—No me imaginé que le buscaban —comenté a los recién llegados que se acomodaban en las sillas.

Cuando la señorita Lila se fué a pedir almuerzos para las visitas, su mamá no dejaba de contemplarle mientras el papá trataba de congraciarse conmigo.

—¿Por qué no va por la casa para que conozca a la familia? —me preguntó de sopetón.

—Ya habrá oportunidad —le respondí, cuando regresaba su hija a sentarse.

Ese momento entró un grupo de muchachos a ver un partido de fútbol en la tele. Terminado el almuerzo, los cuatro nos pusimos a conversar de cualquier cosa, sobre todo del fútbol, que era el tema de la tarde.

—Me gusta el ambiente recatado que se respira aquí —exclamó la señora, levantándose con su hija a caminar hasta que terminara el partido.

Entre tanto, el papá se desabotonaba la camisa de tanto calor que sentía.

—¿No habrá una cervecita? —se animó a insinuar, dándome una palmada sobre el dorso de la mano.

—¡No le dé gusto! —interrumpió la señora—. Después pierde la cabeza y no sabe lo que hace.

De todas formas pedí dos cervezas y las tomamos en el entretiempo del partido. Cuando empezó la segunda mitad, otro par de cervezas llegó a la mesa sin haberlas pedido.

—¿Quién manda? —le pregunté a doña Robusta.

Ella me señaló con un puchero a la mesa de los muchachos. Algo debía estar mal porque yo no conocía a ninguno de ellos, al menos de los que entraron al principio. Me puse de pie tratando de ubicar al generoso, hasta que reconocí a Fresita diciéndome con señas algo que no lograba entender.

—¡Aló! —me sorprendió el papá de mi compañera con un golpe en el hombro—. ¿Qué hace buscando en ese grupo?

Aunque no me gustó que me confundiera con un teléfono, pedí disculpas y me senté otra vez. En ese corto tiempo, el papá de la señorita Lila se había tomado todo el contenido de las dos botellas.

—¡Vamos papá! —le exigió su hija—. Ya se terminó la cerveza.

Hasta que llegamos con las maletas a la *Casa Blanca*, donde vivíamos.

—No veo nietos por ninguna parte —comentó la señora, mientras su hija les acomodaba una banca de madera en el balcón.

—Todavía no tenemos hijos —respondió la señorita Lila, guiñándome el ojo para que le siguiera la corriente.

—¿Qué esperan para tenerlos? —insistió.

—Que cada cual se case por su lado —respondió ella con una carcajada.

—Entonces... —se sonrojó la señora—, quieres decir que...

—Él es Tal y Pascual —me cogió del brazo la señorita Lila—, mi gran amigo y compañero del Centro de Salud.

—Bien decía yo que algo raro estaba pasando —comentó el papá, pidiéndome disculpas por lo de las cervezas.

Aclarado el mal entendido, la señora salió al balcón y descubrió un rótulo que llamaba profundamente su atención.

—Amadeus, Amadeus.

—¿Qué es Amadeus? —le preguntó a su hija.

—Debe ser algún centro de masajes —se le ocurrió a ella.

Aunque ni la señorita Lila ni yo nos habíamos percatado de su presencia, debíamos seguir el juego.

—Seguramente es alguna pensión que están instalando —dije al oído de la señorita Lila que estaba sorprendida igual que yo— o quién sabe ¿alguna casa de cita?

La mamá se quedó profundamente emocionada por el supuesto centro de masajes, pero nosotros seguíamos intrigados.

—Si no fuera porque yo mismo estoy frente al rótulo... —siguió intrigada la señorita Lila—, diría que mi mamá está viendo visiones.

—Siempre quise un masaje de esos —retomó su interés la señora—. ¿Qué horario de atención tendrá?

—Creo que los miércoles —le ayudé a mentir a la señorita Lila para que pareciera un día distante.

Era entendible que su interés por el masaje evidenciaba el deseo de quedarse por tiempo indefinido, porque conocer el pueblo y todos los atractivos de La Perinola se había constituido para ellos en una necesidad a la que no podían renunciar.

—No se puede, papá y mamá —trataba de convencerles—. ¿Quién les va a llevar si yo trabajo todos los días?

—Salgan ahora a darse una vuelta —les propuse—, y el lunes yo me encargo de llevarles al río. ¿Qué les parece?

—Está bien, pero ¿por dónde empezamos? —se inquietó el papá.

—Puedes irte solo a donde sea —se encaprichó la señora—. Yo prefiero acompañar a mi hija al Centro de Salud.

Al otro día todos salimos con destino a nuestro lugar de trabajo, pero el papá prefirió irse por otro lado el resto del día.

Cerca del anochecer asomó por la *Casa Blanca*.

—A veces es bueno dejarse llevar por el instinto —comentó—, solo así descubrimos las maravillas de este mundo.

—¿Qué descubriste? —le acosó su mujer.

—La vegetación, los puentes, los ríos...

—A mí en cambio —insistió ella—, me encantaría descubrir la sensación de un masaje.

—Pero los masajes son los miércoles por la tarde —le aclaró su hija.

—No importa —alzó los hombros como niña malcriada—. Yo quiero los masajes del miércoles.

Como era notorio que insistirían con cualquier pretexto, la señorita Lila me propuso un plan para que se fueran lo más pronto de La Perinola pues descubrimos, en efecto, que tras ese rótulo de apariencia honorable se escondía una casa de citas clandestina.

—No quisiera que por mi culpa descuiden a mis hermanos —apeló al amor propio de sus padres.

Pero su mamá no desaprovechaba un solo instante para sacarle provecho a su curiosidad.

—Déjame probar un solo masajecito —suplicaba a su hija—. Prometo no molestarte más.

—¡Uno solo! —le condicionó a su madre—. Pero el jueves por la mañana se regresan a casa.

El miércoles de los “masajes” llegó demasiado rápido. La señorita Lila se comía las uñas temiendo que su madre descubriera el verdadero servicio que brindaba el “Amadeus”.

—No se preocupe —le tranquilicé a la señorita Lila—. Todo está arreglado con esa gente.

Tuvimos que ponernos de acuerdo con una masajista de Colorado para que hiciera su trabajo en el tiempo más corto posible. Luego convencí a su

papá que nos fuéramos al río para que no se dieran cuenta que los estábamos engañando. Más tarde, cuando regresamos de la caminata, el señor se acercó a su esposa con el ánimo de preguntarle sobre su experiencia en el Amadeus.

—¿Cómo te fue con el masaje?

—De maravilla —respondió—. Esa doctora tiene las manos de seda.

—¿Había mucha gente esperando?

—Solo previa cita —se le ocurrió aclarar a la señorita Lila.

—Entonces tendremos que quedarnos una semana más —bromeó el papá—, porque ya empiezan a interesarme los masajes.

—No pueden —respondió la señorita Lila—, pregúntele a mamá el compromiso que hicimos.

Tan difícil se estaban poniendo las cosas que la señorita Lila empezó a planear una medida extrema para evitar que sus padres se quedaran por tiempo indefinido.

—Debemos buscar la manera de que se vayan —me pidió angustiosamente—. Todo por evitar sorpresas desagradables.

—¿Por qué no toma vacaciones y se va con ellos mañana mismo?

Esa fue la mejor manera de solucionar las cosas para unos y para otros. Pero la señorita Lila estaba tan desconectada del mundo con su obsesión por ayudar

al prójimo, que cuando viajó a su casa por vacaciones, luego de mucho tiempo, le costó trabajo entender que debía alternar su responsabilidad laboral con las diversiones propias de su generación.

—No sé lo que me pasa —me confesó—, acabo de darme cuenta que mis mejores años están pasando sin pena ni gloria.

—Nadie cuestiona su calidad humana —le comenté—, pero no me parece correcto que utilice todo su tiempo en servir a los demás sin preocuparse de sí misma.

—¿Será que estoy enamorada?

—Con que no sea de don Mesías...

—Estoy bromeando —se retractó—. Solo quiero vivir la juventud más intensamente.

Poco a poco la señorita Lila dejó de vestirse como vieja y empezó a salir a una que otra diversión vestida de colores.

—Ya era hora que empiece a pensar un poquito más en usted —le dije.

Pero aunque la señorita Lila tenía nombramiento de la provincia colorado, se cuidaba, en la medida de lo posible, que no la encasillaran como colorada o verde.

—Solo me debo a La Perinola —decía—, y mientras sea una región en litigio, no tengo obligación de aliarme con nadie.

El caso es que empezó a comprarse ropa como nunca antes lo había hecho. Por momentos, estuvo a punto de cometer exageraciones que hubiesen cambiado radicalmente la imagen que tenían de ella sus pacientes de La Perinola.

El día de la clausura del año escolar, cuando se aprestaba a salir con nosotros a la Escuela Piloto, se miró al espejo en varias poses y empezó a consultarle como si fuera su modista preferido.

—¿Espejito, espejito, cómo me vería vestida de tul?

Me quedé sorprendido de esa pregunta y me acercqué a ver qué le estaba sucediendo.

—¿Quiere disfrazarse de quinceañera? —le pregunté.

La señoritta Lila festejó mi confusión, dejó de modelar frente al espejo y me confesó los entretelones de esa actuación.

—La verdad es que quiero entregarme...

—¡Un momentito! —detuve su progresivo desprendimiento—. Si el próximo paso es entregarse a don Mesías, debería pensar dos veces porque eso no le conviene.

—Entregarme a los colores llamativos —me tranquilizó—. Al fucsia, turquesa, amarillo o lo que sea...

Ese momento afloraron sus debilidades que la hacían tan igual a todos nosotros.

—Siendo así —me animé a proponerle—. ¿Por qué no vamos a una fiesta de disfraces en la ciudad Colorado?

La señorita Lila sonrió afirmando con un gesto de su cabeza.

Ese domingo nos disfrazamos de superhéroes y fuimos a casa de unos amigos que frecuentaban las extravagancias.

—Te presento a una amiga —le dije a Gustavo que prestaba su departamento para la fiesta de disfraces.

—¿Son enamorados? —me preguntó, antes de saludar con ella.

—¡Nooo! —respondimos los dos como si fuera una calumnia—. Somos compañeros de trabajo en el Centro de Salud de La Perinola.

Todo el departamento estaba engalanado con serpentinas, globos, telarañas, cojines de colores regados por todas partes que emocionaron tanto a la señorita Lila como si recién empezara a ejercer la juventud. Poco después llegaron disfrazados de tigres, conejos, elefantes, vacas y panteras, como poblando el arca de Noé.

La señorita Lila que no conocía a nadie, y yo que apenas distinguía entre los disfrazados de animales a uno que otro conocido, estábamos a gusto. En eso, entró el dueño del departamento simulando ser

Tarzán para dirigir la ceremonia. Nos sentamos junto a la pared como si ya conociéramos el rito.

—Antes de empezar el programa —anunció—, invito a los superhéroes que pasen y hagan alguna gracia.

Todos los disfrazados en vez de aplaudir, abuchear o lo que sea, provocaban ruidos de jauría que los identificaba en cada especie. Nosotros no sabíamos cómo actuar en estos casos, pero nos aproximamos donde Gustavo y cambiamos nuestros disfraces por otros de monos que llevábamos de repuesto. Nunca supe si lo que hicimos se consideraba apropiado pero aplaudieron, abriéndonos paso entre ellos.

El siguiente número no se anunció, pero todos silbaron de júbilo cuando ingresó una modelo semi-desnuda recostada sobre frutas con chocolate. Los que hacían de esclavos empujaron la carroza hasta el centro de la sala y luego se retiraron.

—Que pase el primer goloso —anunció Gustavo desde algún lugar que podía ser el baño.

Saltó un oso arrastrando el disfraz como si fueran cadenas y se acercó a darse un lengüetazo de chocolate en los pies de la modelo.

—Que pase el segundo —gritó Gustavo del mismo misterioso lugar.

Entonces apareció una cabeza de león sin más prendas que un ligero taparrabo y una banda que decía “rey de la manada”, agitando su melena albo-

rotada. Todos simulaban asustarse para que el león devorara una frutilla del ombligo de la mujer.

Conforme avanzaba el concurso con uno y otro participante, circulaban cervezas por todas partes para aplacar el calor de tanta gente apiñada como sardinas. Y entre tanto ajeteo, algarabía y el efecto de la cerveza, se escuchó el sonar de los tambores para pronunciar el veredicto.

—Hoy no tendremos un ganador... —se escuchó a Gustavo.

Todos empezaron a saltar, pifiar y emitir ruidos espantosos, ni más ni menos que bajo la ley de la selva.

—... todos los participantes son ganadores —sentenció Gustavo.

Ese momento se lanzaron a devorar las frutas con chocolate que cubrían a la modelo, entre arañazos, codazos y gestos de lujuria.

—¡Solo con la boca!, ¡solo con la boca! —advertían los organizadores que intentaban controlar los desmanes del festín.

Todo ese espectáculo de fieras devorando su presa, la modelo disfrutando el cosquilleo de los participantes y varias cervezas encima, deben haber provocado en la señorita Lila ese sacudón picaresco que tanta falta le hacía.

—Es hora de retirarnos, señorita Lila —le advirtió al oído, con el ánimo de detener su creciente descontrol.

—No me llames “señorita Lila”—me dijo, lamiéndome la oreja.

Ese momento me di cuenta que la inesperada fiesta estaba causando estragos en la señorita Lila y debíamos regresar a La Perinola. Bueno, debía regresar ella sola porque yo viajaba esa misma noche a la capital para asistir a un seminario. La embarqué en un bus que ese momento salía del terminal con dirección a la provincia verde, cuando escuché que alguien pronunciaba mi nombre completo.

—¡Tal y Pascual!, ¡Tal y Pascual! —provenía de la ventana de otro bus que salía en dirección contraria—. ¿Se va para la capital?

Era Alfonso, que me había reconocido con la mochila al hombro. Ese momento empecé a silbar descontroladamente hasta que el bus se detuvo y me abrió la puerta para subir. No había asientos desocupados pero me dieron un balde boca bajado para que me sentara junto a mi pariente.

—¿Ya tiene claro el misterio de los gusanos? —me preguntó Alfonso.

—Creo que los tengo identificados pero debo estar seguro de lo que estoy haciendo.

Una semana después regresé de la capital y muchas cosas habían pasado. Por ejemplo, el cumpleaños del odontólogo se había postergado para el lunes que estuviéramos todos. Pero cuando celebrá-

bamos el evento con una que otra cerveza, el médico rural tomó la palabra dirigiéndose a mí.

—Le veo muy satisfecho del viaje a la capital —sonrió—. ¿Cuál era el tema del seminario?

—Más que del seminario —hice pausa—, permítanme participarles esto...

Saqué el certificado que me habían dado y le entregué al médico para que lo leyera.

—“A Tal y Pascual, por su activa participación en los juegos florales...” —empezó a leer en voz alta para que mis compañeros escucharan.

Pero conforme avanzaba en la lectura, el médico fue opacando su voz hasta gesticular sus labios como leyendo para sí mismo. Todos se miraban las caras esperando encontrar algún acto de valor que mereciera felicitaciones.

—No veo el mérito por ninguna parte —comentó el médico, buscando algo de lado y lado del documento—. Mejor hubiera sido que se quede y acompañe a la señorita Lila...

—¿Qué le pasó a la señorita Lila? —me asusté.

—Que fue víctima de un asalto —respondió el médico mientras abandonaba la lectura para irse a su consultorio. Corrí a la sala de curaciones y encontré a la señorita Lila tomando la presión a un paciente de la tercera edad.

—¿Por qué no me contó lo que ha pasado?

—Me olvidé —respondió, sin darle mayor importancia al tema.

—¿Puso la denuncia en la policía?

—No pasó nada —insistió con señas para que dejara de comentar del asunto.

Salí de la sala de curaciones y esperé que terminara con el paciente de la presión para exigirle más detalles.

—Tiene que contarme lo que sucedió —me puse tras de la puerta para no dejarle salir.

—Es verdad que don Mesías se metió a mi cuarto por la ventana —resumió con toda naturalidad—, pero nadie sabe que lo hizo por salvarme de una agresión segura.

—¿Alguien entró antes que él?

—Claro que sí —respondió—, uno de sus empleados que defiende a muerte la causa verde quiso intimidarme.

—¿Don Mesías abusó de usted? —quise saber el desenlace de una vez por todas.

—No tiene importancia —insistió, queriendo salirse por la otra puerta—. Agradezco su voluntad de protegerme.

—Supongo que de aquí en adelante va a tener cuidado —quise ver su reacción.

—De los extraños, sí —hizo pausa—, pero si don Mesías quiere conversar como antes... no tendría inconveniente de mi parte.

No me pareció adecuada esa respuesta ni la actitud que tuvo y preferí salir a la calle para olvidar el asunto, cuando me encontré con el profesor Papaganso.

—Ya me enteré lo que hicieron con la señorita Lila —me sorprendió en la puerta de la escuela.

No sabía si me hablaba del último acontecimiento con don Mesías o de la fiesta de disfraces en ciudad Colorado, pero preferí seguir la corriente.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que le llevaste a una fiesta nudista en Colorado —me dijo con el indiscutible afán de sorprenderme.

—Nudista no —le corregí—. Solo una fiesta de disfraces.

Mientras el profesor Papaganso se reía a carcajadas, yo me aseguré que la señorita Lila no estuviera cerca para confesarle mis razones.

—Lo único que quise era que viera el otro lado de la vida.

Ese momento sonó el timbre de la escuela y el profesor Papaganso tuvo que retirarse para dirigir la formación de los alumnos. Le seguí pero en dirección al bar de la escuela que yo debía inspeccionar.

Apenas salí de la escuela me encontré con Alfonso que también acababa de enterarse de la fiesta de disfraces y nos quedamos conversando en la vereda de la escuela.

—¿Quién está pervirtiendo a quién? —me preguntó Alfonso—. ¿La señorita Lila con sus años reprimidos o usted por comedido?

—Parece que el viaje a su tierra le despertó la curiosidad por las emociones fuertes y buscó la manera de lanzar una canita al aire.

Cuando todos los niños entraron a sus aulas, salió el profesor Papaganso en carrera y nos propuso acompañarle a traer un registro de la casa. Aceptamos sin problema y nos sumamos al trote para seguir conversando del tema.

—No me digas que la señorita Lila te sedujo... —bromeó el profesor Papaganso cuando llegábamos a la *Casa Blanca*.

Justamente ese momento pasaba don Mesías en su camioneta, alzando a ver al segundo piso donde podía estar la señorita Lila y siguió su camino.

“¿Será que don Mesías quiere explorar una mujer indómita?”, se me ocurrió pensar.

—Nadie sabe si esa relación pasará a mayores —comentó Alfonso que adivinaba mis pensamientos—. ¿No le parece?

—Eso es algo que no lo podemos saber.

—Yo diría que don Mesías quiere utilizar a la señorita Lila para romper la causa colorada —se le ocurrió al profesor Papaganso de regreso a la escuela.

Al otro día que era viernes, preferí participar mi confusión con Sonia y Alfonso en la mesa.

—¿Qué hay de novedades? —me preguntó Alfonso.

—Tengo dos, ¿quieren que les cuente la primera o la segunda?

—La segunda —intervino Sonia, llena de curiosidad.

—Que don Mesías es un pájaro de alto vuelo.

—¿Y cuál es la primera? —preguntó Alfonso.

—Que el tema del gusano es una papa caliente que me está matando.

—No me diga que los gusanos le están matando —se asustó Sonia que había escuchado parcialmente la conversación desde la cocina.

—Nooo —sonreí—. Solo que el acertijo del gusano se me escapa de las manos.

—¿Se puede saber a qué se refiere con el acertijo? —se puso impaciente mi prima Sonia.

—Cuando lo descubra... le cuento.

Regresaba de Colorado dejando mi informe que advertía “una guerra psicológica porque la enfermera casi es agredida en su casa por los verdes”, pero la tarde se mostraba tan pesada por el calor insoportable de temporada que me acerqué al kiosco de los jugos a pedir un granizado. Casualmente pasaban por el lugar la señorita Lila, el odontólogo y el profesor Papaganso, después del almuerzo.

—¿Qué les parece si jugamos cartas hasta las dos de la tarde que abrimos la puerta? —les propuse a ellos, camino al Centro de Salud.

—Pero yo juego con la señorita Lila —se agarró el profesor Papaganso de ella.

Las parejas se habían formado con una sola e inapelable elección. Los cuatro jugadores nos sentamos en los lados extremos de mi escritorio y repartimos las cartas.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó el odontólogo con el abanico en la mano.

—Ninguna —dije, lanzando la primera carta—. Solo matar el tiempo hasta que llegue la hora de abrir la puerta.

A eso de las dos de la tarde sentimos el ruido de un camioncito de mudanza que terminaba de cuadrarse de retro en el portón por donde entraba eventualmente cualquier maquinaria. Al principio no le dimos importancia porque podía tratarse de una maniobra cualquiera, pero cuando un desconocido se acercó a la puerta que daba al jardín con una niña cogida de su mano y golpeó con el mismo candado que tenía puesto, ese momento suspendimos el juego.

Guardamos las cartas y fuimos a ver qué ocurría.

—¿A quién busca? —pregunté.

—Soy el doctor Patiño —nos dijo desde afuera—, vengo a cumplir la medicina rural.

—Pero estamos a medio año y con médicos completos —le respondí desde adentro y sin abrir la puerta.

El visitante sacó del bolsillo un papel y me entregó para que lo leyera. El oficio dirigido al médico/director que no estaba allí por motivos familiares decía, entre otras cosas, que el portador de la presente debía completar en La Perinola el tiempo que faltaba para su año de medicina rural. Estuve a punto de preguntarle dónde había estado la primera parte de su medicina rural y por qué le cambiaban, pero eso sería tema de otra ocasión, porque la orden era de arriba.

—Siendo así —le dije, abriendo la puerta para que pasara el camión—. Siga nomás y ¡bienvenido!

—Disculpe que venga con todas mis cosas pero me dijeron que la vivienda del médico estaba desocupada —trató de justificar su abrupta llegada.

—Esta es la vivienda para los médicos que tienen familia —abrí la villa destinada para ese fin—. Los médicos solteros tienen habitaciones individuales tras los consultorios.

Como el asunto se iba de largo y las puertas del Centro de Salud ya se abrieron para que pasaran los pacientes, el profesor Papaganso se despidió y también el odontólogo que debía atender en la tarde. Salí al jardín y cuando me acercaba a la hija del doctor Patiño que lloraba por el insoportable calor, alguien advirtió a mis espaldas.

—¡Cuidado con el perro!

Yo no supe a qué se refería la esposa del médico porque no me había dado cuenta que traían un perro. Regresé a ver y, por suerte, ella se interpuso para salvarme del ataque de un pastor alemán que estaba entrenado para cuidar a la niña de sol a sol.

—Olvidé advertirle que el Filos no permite que nadie se acerque a la niña —me explicaba, cuando apenas alcancé a treparme en una escalera.

La esposa del doctor Patiño agarró al perro del collar y lo llevó a su casa.

—La niña se llama Sofía y el perro Filos —me dijo el médico, como si le hubiera pedido explicación.

—Ahora entiendo todo.

—¿Todo? —se sorprendió—. ¿Qué es todo?

—Que usted es un apasionado de la Filosofía.

—¿Cómo lo supo? —preguntó sorprendido.

—Sencillo —le respondí—. El perro se llama Filos y la niña es Sofía.

—¿Usted es adivino?

—Me encantaría —respondí—, para juntarme a las gitanas que andan por ahí.

Pero el doctor Patiño no me puso atención porque su esposa se acercó a decirle que le ayude a organizar la casa.

—Disculpe, Tal y Pascual —me llamó la atención cuando se retiraba—. Olvidaba decirle que mi

esposa es obstetríz y a cualquier momento nos puede servir de mucho.

El siguiente lunes que regresé del feriado me llevé una sorpresa cuando vi a Rubén, un alumno mulato de Alfonso, jugando con la niña junto a la vivienda del doctor Patiño.

—¿Qué haces ahí? —pregunté con señas a Rubén, sorprendido de que el perro no le atacara.

Ese momento salía el doctor con mandil blanco para atender su consulta y aproveché para preguntarle.

—¿Cómo hizo Rubén para entrar sin que el perro le atacara?

—Adivine —me respondió con una sonrisa.

—Tendré que consultar a una gitana para saber qué futuro le espera a Rubén —tuve que responderle—. Sobre todo porque veo que juega con la niña y el perro.

—Tenía que conseguirme un negrito que jugara con Sofía —me confesó—. Es un asunto largo de explicar que prefiero contarle otro día porque los pacientes ya me están viendo con mala cara.

Como era de suponerse, en un recinto donde todos confluían en el Centro de Salud, el caso de un negrito de la provincia verde contratado por el médico era un asunto inexplicable para la causa colorada. Esa misma tarde empezaron los comentarios.

—¿Cómo es posible que un médico de la provincia colorado contrate un negrito para jugar con su

hija? —se preguntaba don Pepín el momento que yo pasaba frente a su negocio.

—Parece que a la niña le gusta jugar con negritos —se me ocurrió responder, para evitar malos entendidos.

Días después, la presidenta de la Junta Procolorado me llamó la atención.

—Empiezo a creer que el nuevo médico no sintoniza con la causa. ¿Cómo es posible que adopte a un niño de los verdes, por más negrito que sea?

—Si bien esa decisión puede ser peligrosa —le comenté en voz baja—, podemos sacarle provecho a todo esto.

Y doña Gracia transformó su semblante a un gesto indefinido.

—¿Cuál?

—Que la junta Procolorado le haga una visita de cortesía —recomendé.

—Sinceramente no veo la menor posibilidad de provecho.

Por fortuna los otros miembros de la directiva que llegaban ese momento vieron con buenos ojos esta posibilidad y acordaron visitarle al siguiente día para salir de dudas. Pero justamente cuando teníamos previsto que la junta Procolorado hiciera la visita protocolaria al doctor Patiño, nos enteramos que habían viajado al extranjero y la villa con todo lo que había adentro quedó al cuidado de Rubén.

—¿Qué pasó con el doctor Patiño? —me preguntó don Pepín—. Se supone que usted debe estar al tanto de todo.

—Eso me preocupa —le dije, sin tener otra respuesta a la mano.

A eso de las ocho de la noche del sábado cuando paseábamos con Alfonso, don Pepín y el odontólogo frente a la villa del médico, reconocimos desde afuera a Rubén viendo cómodamente la tele en la cama del doctor Patiño. Como yo tenía las llaves del Centro de Salud y no estaba el perro en casa, cruzamos el huerto y nos acercamos a golpear la puerta.

—¿Quién es? —nos contestó Rubén desde adentro.

—Soy el inspector y quiero saber si conoces algo del doctor —grité para que saliera a dar una respuesta.

—No sé nada —me respondió sin abrir la puerta.

—¿Cómo te trata el doctor? —le preguntó Alfonso.

—Ja ja ja —se rió un buen rato, mientras yo encontraba una rendija por donde observé refregarse de felicidad los pies en la colcha.

El chico Rubén, proveniente de una familia humilde, se sentía bien y su familia estaría muy agradecida con el médico. Pero doña Gracia seguía pensando que esta actitud no era consecuente con los

intereses de la provincia colorado, sobre todo porque había escuchado que el doctor Patiño quería llevarle a la capital para que siguiera estudiando.

—¿Quién es ese médico que come de los colorados y protege a los verdes? —puso el grito en el cielo.

Una semana después, ni el doctor Patiño ni su familia aparecían por ninguna parte para explicar lo que estaba sucediendo. Y nuestros amigos comunes me empezaron a reclamar por haberle dado entrada al Centro de Salud.

—No podía negarme ante una carta del Ministerio —traté de explicarles—. En todo caso, esperemos que regrese y justifique su ausencia.

Hasta que regresó un domingo por la noche, luego de diez días de ausencia injustificada.

—Sufrimos un secuestro en Colombia —argumentó el doctor Patiño de una forma por demás convincente que preferimos no averiguar de su protección a Rubén.

Pasaron las semanas y Rubén se consolidaba como un miembro más de esa familia, cuya única responsabilidad era dar de comer al perro y cuidar de la niña cuando regresaba del jardín de infantes. Hasta que una noche se le cortó abruptamente la buena vida cuando la esposa del doctor Patiño abandonó la casa con todas sus pertenencias.

—¿Qué habrá ocurrido para que la esposa del doctor Patiño tome una decisión así? —nos preguntábamos todos.

El doctor Patiño intentó ocultarme la verdad, pero el odontólogo, no se pudo aguantar las ganas de presumir.

—Espero que no salga de nosotros pero el viernes Patiño me pidió que le acompañara a una fiesta íntima —me confesó—, y parece que la esposa se dió cuenta.

Nunca sospeché de esas escapaditas porque el plan del doctor Patiño lo habían preparado meses atrás con una despampanante colombiana en la capital. Poco después todos conocían la historia.

—¿Tendrá algo que ver Rubén con todo esto? —se preguntó doña Gracia—. Sospecho que este muchacho les hacía los planes.

Hasta que doña Gracia, presidenta de la Junta Procolorado, se enteró que su misma hija prestaba la casa para las citas con la colombiana. Solo entonces dejó de cuestionar la vida pública del doctor Patiño.

A pocos días del escándalo que llegó a oídos del Jefe de Salud de Colorado, el doctor Patiño encargó nuevamente la villa a su protegido Rubén para salir en busca de su familia y el perro. Un día después del encargo, observé algo raro en la villa del doctor Patiño porque tenía las cortinas rotas y me acerqué a constatar lo que había sucedido.

—¿Rubén? —pregunté, empujando la puerta entreabierta.

Pero me encontré con la ingrata sorpresa de los platos destruidos en el piso, las cobijas en la alfombra, los juguetes regados por el suelo y Rubén no aparecía por ninguna parte. Entonces tuve que acercarme a la Policía para poner la denuncia y que se investigara el suceso.

Los policías buscaron evidencias dentro de la habitación y, aparte de todo el revoltijo, apenas encontraron dos gotas de sangre como único indicio de posible violencia. Rubén no estaba en la casa de sus padres ni aparecía por ninguna parte, hasta que al tercer día llegó por su propia cuenta al destacamento de policía.

—Unos colonos me secuestraron —aseveró—. Deben ser de la provincia colorado...

—¿Qué te hace pensar que sean colonos colorados? —preguntó el policía—. ¿Podrías reconocer a alguno de ellos?

—A ninguno —respondió—, porque me tenían con los ojos vendados.

El asunto no pasó a mayores porque Rubén era menor de edad, aunque nunca supimos qué mismo sucedió aquella noche de los platos rotos.

Abordaba el bus medio vacío con destino a Colorado, cuando sentí que alguien me llamaba con insistencia de la parte de atrás.

—Bss, bss, bsss —asomaba una mano abanicándose para que la ubicara.

Se trataba de Fresita invitándome a compartir su asiento al fondo del bus.

—Con usted quería hablar —me dijo, acomodándose en un rincón—. ¿Hasta dónde viaja?

—A Colorado —respondí.

—Qué bueno. Tenemos cuarenta minutos para charlar algo importante.

Fresita buscaba con alguna dificultad por dónde empezar y tuve que ayudarle a organizar sus ideas.

—¿Algún problema con el restaurante donde labora?

—No, no —empezó a relajarse—. Es sobre los gusanos que usted anda buscando.

Me sorprendió de tal manera que no supe cómo responder pero me limité a mover la cabeza aceptando.

—Me va a disculpar que me meta en lo que no me importa —asumió Fresita—, pero creo que le conviene buscar insectos y no gusanos.

Me quedé más confundido que antes pero a la expectativa de lo que podría venir después.

—¿Qué clase de insectos? —quise seguir la corriente.

—Grillos del tamaño de un puño...

—¿Pero qué tiene que ver esto conmigo?

—Que el gusano que le mandaron a buscar... podría ser una plaga de insectos.

—¿Quién se supone que me mandó a buscar?

—¡Cálmese! —me palmeó la rodilla—. Eso no tiene importancia.

Me quedé asustado porque suponía que “el gusano” era un secreto que pocos sabían, pero si ese afeminado lo conocía todo, era porque se trataba de un espía, un brujo o lo que sea. Entonces, lo mejor era conservar la tranquilidad sin aparentar que empezaba a preocuparme.

—¿Cuál es su interés en todo esto? —le pregunté.

—Que tanto usted como yo estamos interesados en ganarle espacio a la provincia verde.

Me sorprendí de esa aseveración porque era indudable que los verdes tenían gran aprecio por él y, consecuentemente, debía ser del mismo bando.

—¿No será que trata de sorprenderme? —le dije.

—¿Por lo de los insectos?

—Desde luego —afirmé.

—De ninguna manera —aseveró—. Es más, la próxima semana que se intensifiquen las lluvias habrá invasión de grillos.

—¿Y si no aparecen los grillos?

—Está en su derecho creer o no lo que le digo —estiró las piernas completamente relajado—. En

todo caso, si no aparecen en La Perinola, los puede encontrar en el Infierno.

—¿Está mandándome al infierno? —me molesté.

—Así se llama el lugar donde nunca faltan grillos —sonrió coqueto— y está a medio día en lomo de mula.

—Me interesa conocerlo para no quedarme picado.

—Tengo una tía que vive en el Infierno donde esa plaga destruye los sembríos —me confió—. ¿Le interesaría visitar el lugar?

—Claro que sí —le dije—. Que todo sea por aclarar el misterio.

—Déjeme hacer los contactos con mi tía y recibirá noticias cuando menos lo imagine.

“Solo quiero salvar mi conflicto interior”, pensé en voz alta.

—Lo único que le pido, inspector —me tomó de la mano sin soltarme—. Que de esta conversación nadie se entere.

El siguiente jueves que la señorita Lila reía estrepitosamente con alguien en la puerta del Centro de Salud, me acerqué con el ánimo de interrumpir su conversación. Ellas entendieron la situación y se despidieron rápidamente.

—¡Me hicieron comadre! —comentó la señorita Lila, sin quitar la sonrisa de sus labios— y el festejo es el próximo domingo.

—¿Cómo es eso? —me entró la curiosidad.

—Acompáñeme para que se entere cómo son las cosas.

Nunca supe si lo hizo por delicadeza o porque en realidad quería llevarme a la fiesta, pero me pareció una buena oportunidad para entender a las comadres.

—Aquí tiene la invitación —me extendió un sobre que decía: “Señor inspector de La Perinola”.

Lo abrí inmediatamente porque esperaba leer “le invitamos a nuestra fiestita” o algo por el estilo, pero lo que encontré fue una carta firmada por los compadres que decía: “Queremos que nos ayude a combatir los grillos que están acabando los cultivos. Venga el domingo con mi comadre porque es el último recurso que nos queda”.

¿Qué sabía yo del control de grillos si ni siquiera los conocía? Pero podía ser la oportunidad que me daba el destino para enfrentarme a la verdadera cara del gusano o algo parecido que no acababa de entender.

—¡De acuerdo! —dije a la señorita Lila—. Iremos a la finca el domingo de madrugada.

Esa noche revisé todos mis apuntes sobre control de plagas que tenía conmigo: había documentos sobre mosquitos, cucarachas, cualquier otro tipo de vectores, pero de ninguna manera sobre grillos que amenacen los cultivos.

A las cinco de la mañana del domingo sentí que golpeaban suavemente la puerta de mi habitación.

—¡Tal y Pascual! —era la señorita Lila—. Es hora de levantarse porque ya llegaron los caballos.

Me vestí a toda velocidad y montamos los caballos que habían venido de la finca con un muchacho de quince años al servicio de los futuros compadres. Yo estaba dispuesto a dejarme llevar por caminos y senderos desconocidos con el único fin de conocer a los grillos.

A eso del mediodía, cuando habíamos recorrido esteros, puentes de palo, patinado lodazales de manera cada vez más peligrosa, el joven llamado Julián se detuvo bajo un árbol y nos invitó a tomar un descanso. Yo, que había tratado de llevar la cabalgata con optimismo desde el principio, estaba tan agotado que apenas podía quejarme del dolor que me causaban las ampollas en la entepierna.

La señorita Lila, que también se quejaba, me dijo entre risa y risa:

—Ni modo, señor inspector, tiene que aguantarse porque estamos más cerca de la finca que de La Perinola.

Pero yo, improvisado jinete que nunca había montado algo más extremo que los caballitos del carrusel, me quedé panza arriba esperando que el paso de los minutos al menos me diera ánimo para continuar. Después intenté mantenerme sobre el caballo pero el

ardor de las ampollas era insoportable. Entonces, Julián destapó una cantimplora y me dió de beber algo que nunca supe qué mismo era, hasta que desperté completamente picado de mosquitos en una cama de la finca.

Me extrañaba haber llegado entero y sin caerme del caballo, pero eso era algo que no importaba por el momento. Había música ranchera en alto volumen aunque nadie bailaba porque estaban enfrascados en conversar cada cual por su lado. Empezaba a oscurecer y la luz de un par de lámparas iluminaba el ambiente de fiesta con gente que caminaba de un lado para el otro provocando que el piso de chonta se moviera como resorte.

—¿Dónde están los grillos? —logré articular mis ideas aunque nadie me escuchaba.

Me habían asegurado que esos insectos chocaban con todo lo que encontraban a su paso hasta quedarse prendidos con sus patas de serrucho. Como no observé grillos por ninguna parte, empecé a creer que los compadres me habían engañado solo para que acompañara a la señorita Lila.

En la madrugada, los mosquitos no dejaban de fastidiarme y el ruido de los insectos daba a la finca un ambiente de selva, pero logré dormir hasta cuando cantaron los gallos tan armoniosamente como un concierto. Después mugieron las vacas, rebuznaron los burros y me levanté.

—¿Cómo amaneció? —me preguntó la señorita Lila que había dormido otra de esas cuatro camas que tenía la habitación.

—Como un bebé —le respondí con satisfacción.

—¿Orinado?

Eso me recordó toparme la entepierna que tenía completamente lastimada porque la ampolla se había convertido en un solo cuerpo con el calzoncillo. Todavía no acababa de amanecer pero me pasaron a la cama una taza de cuajada con bolones de verde.

—¿Dónde están los grillos? —reclamé a la comadre de la señorita Lila.

—El viento los llevó en dirección a La Perinola —me respondió.

—¿Seguro? —me sorprendí, como confirmando que todo se trataba de un engaño.

Entonces la comadre me obligó que viera los cuerpos inertes de miles de grillos que flotaban en los humedales desde el día anterior. Pero no solo que descubrí los grillos muertos sino un rótulo de madera colgado de un árbol que decía “Finca el Infierno” y preferí no comentar. Me vestí para emprender el regreso y mientras preparaban los caballos, caminé donde la comadre.

—¿Por qué no me facilita la bebida que ayer me dio Julián?

—Tiene razón —respondió—. Con eso llegará sin problemas.

Tomé ese brebaje con toda devoción y me dejé sujetar al caballo como si fuera un mutilado de guerra. Cuando desperté en La Perinola, mis amigos los profesores se esforzaban por bajarme del caballo sin que me hiciera daño.

—Vengo del Infierno —les dije.

—Eso te pasa por meterte en cosas de hombres —me molestaba el profesor Papaganso.

Esa tarde llovió más que de costumbre hasta que efectivamente me encontré cara a cara con los grillos. Era una premonición de lo que vendría después. Incluso sospeché que se podía dar una verdadera invasión de grillos ¿o gusanos? Por la noche pasé varias horas en la hamaca, observando que los bichos volaban en grandes cantidades chocándose con todo lo que encontraban a su paso. Pero tal como me habían advertido, las dejé posarse hasta que fueran a chocarse en otra parte.

Al otro día logré levantarme con algún esfuerzo a caminar, pude constatar miles de grillos pisados por los autos o dejándose arrastrar por la corriente de las cunetas. Pero sobre todo observé a mucha gente luciendo insectos en cualquier parte del cuerpo como si fueran medallones.

—¿Ya tiene su mascota? —me sorprendió Alfonso, saludándome desde la calle mientras admiraba el fenómeno.

—Lo único que me falta es encontrar al gusano —respondí, sin acordarme que se trataba de un secreto entre pocas personas.

—¿Cuál gusano? —se sorprendió.

—Un gusano cualquiera de esos que abundan por aquí —se me ocurrió, como si hubiera sido una broma.

Al otro día nos dimos cuenta que los insectos podían darnos más de un dolor de cabeza. En la puerta, extrañamente, había tantos grillos muertos impidiendo nuestra salida que debimos trepar un muro para saltar a la calle.

Estaba a punto de salir al almuerzo cuando alguien se apareció inesperadamente en la puerta de mi oficina.

—Buenos días, inspector —me saludó como si me hubiese conocido.

Aunque el individuo no me daba confianza por su entrada repentina, le invité a pasar. Él se acercó con un objeto en una funda y lo empezó a desenvolver.

—Hagamos negocio —me dijo.

Yo estaba asustado por la incertidumbre que me causaba, hasta que apareció una pistola en su mano. Por un momento no supe si entregarle el reloj o salir corriendo.

—No tiene por qué preocuparse —me tranquilizó, guardando el arma en la funda que tenía escrito “Policía” en letras borrosas.

—¿Qué relación tiene usted con la Policía? —le pregunté.

—Soy empleado ocasional pero prefiero los negocios —me contestó con la mayor tranquilidad.

Dudé unos minutos de lo que me decía, pero el visitante insistió de buena manera.

—Créame que usted necesita esto —acarició al revólver como si fuera un perrito—. Yo sé por qué le digo.

Me sequé las manos sudadas en el pantalón y le pedí que me prestara un ratito.

—Coja nomás que no muerde —me dijo, desprendiéndose de ella. Y la agarré con cuidado como a recién nacido.

—Siempre es bueno tener una compañera como esta —me insistió—. Sobre todo en una zona peligrosa como La Perinola.

—¿Cuánto quiere por ella? —le pregunté.

—Una membrecía para el cuartito de doña Bacha —festejó su ocurrencia.

—Está equivocado —le devolví el arma como si fuera a comprometerme—. Yo no soy dueño del burdel.

—Pero usted es socio de don Mesías —trató de comprometerme.

Seguramente el desconocido alguna vez nos vio conversando a los dos y daba por hecho lo que estaba diciendo, pero como quería negociar a toda costa, insistió en voz baja.

—Un turnito cada semana hasta fin de año, ¿qué le parece?

—Déjeme hablar con don Mesías y doña Bacha —accedí, porque la pistola me estaba gustando—. Después veremos qué se puede hacer.

Dejé la pistola en el cajón de mi escritorio y salimos con dirección a la gasolinera pero don Mesías no estaba, luego nos dirigimos al burdel para hablar con doña Bacha.

—Espéreme aquí —le detuve a pocos pasos del burdel.

Al llegar me encontré con don Suárez y tuve que contarle la propuesta del desconocido.

—Este hombre —le señalé a mis espaldas—, busca los servicios de doña Bacha hasta fin de año.

—Si es a tiempo completo prefiero con doña Concha —me advirtió—. Usted sabe que a doña Bacha se la lleva don Mesías el rato que le da la gana.

—Solo un turno por semana —le aclaré.

—Entonces que pague por cada turno —respondió don Suárez—. ¿Qué necesidad tiene de contratar un paquete?

Pero ese momento apareció don Mesías en su camioneta todo terreno y se paró junto a nosotros.

—¿Ya hicieron negocio? —nos preguntó.

Nos quedamos callados porque no sabíamos a qué negocio se refería. Luego se bajó de la camioneta pero en vez de venir donde nosotros como lo imaginamos, se acercó al individuo y lo alejó mucho más de la gente que empezaba a congestionarse. Poco después regresó don Mesías sin el vendedor.

—Todo arreglado —nos dijo a los dos—. Él deja la pistola como pago de una deuda que tiene conmigo y regresa a su casa.

El individuo siguió su camino y nosotros no sabíamos cómo se enteró don Mesías de que había una negociación de por medio.

—Está bien —le dije a don Mesías—. Vamos a mi oficina y le entrego su pistola.

—De ninguna manera —me interrumpió—. Considérela como un obsequio de mi parte.

Con el pasar del tiempo, la pistola empezó a darme muchos sobresaltos que no me dejaban dormir en paz. En las madrugadas se rastrillaba sola bajo el colchón y tuve que cambiarle de sitio porque parecía tener vida propia.

Al principio pensé que se trataba de mi manía persecutoria y tuve que tomar vacaciones lejos de La Perinola. Regresé después de unos días y la pistola seguía atormentándome, entonces la arrojé al corredor y cerré la puerta para no tenerla cerca con el ánimo de entregársela a don Mesías al siguiente día.

—Vengo a devolver lo que no es mío —le dije a don Mesías, dejándola sobre su escritorio.

—¿No la necesita? —se sorprendió—. Nadie sabe lo que puede pasar mañana.

—Lo siento —me negué—. Mi custodia ha terminado.

Pero esa pistola, a pesar de la incomodidad que me causaba, parecía encariñarse conmigo. Abrí la puerta de mi habitación y la encontré recostada en un rincón del librero.

La nueva conversación de la señorita Lila con su comadre se había prolongado tanto en horas de oficina que decidí pedirle que retomara la enfermería porque los pacientes estaban esperando.

—Disculpe que interrumpa su conversación... —le abordé.

—¿Se acuerda de mi comadre? —quiso aplacar mi desagrado, acercándose a su compañera de charla.

—Cómo me voy a olvidar si solo con verle me empieza a doler la entrepierna —respondí sin pensar dos veces.

Las dos rieron largamente, pero la comadre buscaba la manera de congraciarse conmigo.

—¿Logró conocer a los grillos?

—No han dejado de zumbarme los oídos —le comenté.

En eso, intervino la señorita Lila para hacerme la propuesta que la comadre le había encargado.

—Mis compadres quieren pedirle un favor...

—¡Disculpen! —retrocedí—. No quisiera otra aventura en el Infierno.

—No se trata de ningún Infierno porque ya se cambiaron a media hora de aquí —aclaró la señorita Lila—, junto al río Zancudo.

—¡Pero tampoco de caballos! —advertí.

La comadre y su esposo, que acababa de llegar, estuvieron completamente de acuerdo.

—Ahora sí —me puse a sus órdenes—. ¿Para qué soy bueno?

—Tenemos un perro... —decía el compadre cuando le interrumpí.

—No hay problema —volví a cortar para que se despidieran pronto—. Traigan a su perro y lo vacunaré con gusto.

—El pobre Lázaro ya no se aguanta ni con él mismo porque está lleno de sarna —se anticipó la señorita Lila—. Por eso prefieren darle el vire...

—¿Al perro o a Lázaro? —pregunté ligeramente confundido.

—Lázaro se llama el perro —aclaró la comadre.

—No se diga más, ¿les parece este sábado?

—De acuerdo —respondió el compadre que se ahorra mucho las palabras—. Vendré a verle a las seis en mi camioneta.

Pronto llegaron las seis de la mañana del sábado y, cuando me levantaba para salir al encargo de los compadres, me encontré con la señorita Lila que también se alistaba para el viaje.

—Usted creyó que se iba solo, ¿no?

—Es que usted tiene que trabajar —traté de explicarle mi falta de reciprocidad con el paseo sabatino.

—Ya puse un aviso en el Centro de Salud para que regresen al mediodía —me respondió.

Enseguida nos embarcamos con dirección a la finca del río Zancudo.

—¿Lleva el veneno para perros? —me preguntó la señorita Lila, como si estuviera hablando con un desmemoriado.

—No sólo que llevo el veneno y una jeringuilla... —metí la mano a la cintura y le indiqué lo que menos se esperaba.

—¡La pistola de don Mesías! —se sorprendió—, yo creí que la había devuelto.

—Se cruzó en mi camino y decidí sacarle a pasear antes de que otros se animaran —volví a colocarla entre el cinturón y el ombligo.

—No me diga que quiere disparar a Lázaro —se sorprendió la señorita Lila.

—Tenga la certeza de que Lázaro tendrá una muerte digna —sentencié—.

—¿Y qué hacemos con la pistola?

—Haremos tiro al blanco para afinar la puntería.

Tan cerca estaba la finca que en poco tiempo llegamos a la orilla del río donde quedó la camioneta bajo techo.

Después caminamos por un puente de palo hasta llegar a la casa donde la mesa estaba servida con un mantel florido esperando por nosotros.

—Primero es lo primero —le advertí a la comadre, haciendo visible que cargaba la jeringuilla con el veneno—. ¿Dónde está el paciente?

El viejo Lázaro no paraba de morderse la sarna llena de mosquitos y larvas, obligándome a pedir ayuda a Julián para inmovilizarle de pies a cabeza. Los compadres se pusieron de espaldas para no ver la eliminación piadosa.

—¡Listo! —exclamé, cogiendo una pala para enterrar la jeringuilla en un hueco.

Lázaro estiró la pata en menos de lo que canta un gallo, dando fin al penoso espectáculo de ver morderse sus propias carnes.

—No tape el hueco —me pidió el compadre—. Mejor hagámoslo más grande para enterrar todo el cuerpo.

Por fin el perro Lázaro descansó en paz junto a la jeringuilla que detuvo su tormento. Me lavé las manos y acepté gustoso el café de media mañana.

El calor era insoportable y la corriente del río muy tentadora.

—¿Por qué no se refrescan un poco? —nos invitó la comadre.

Pero yo empecé a preparar el escenario para hacer tiro al blanco con la pistola.

—Mejor deje su práctica para otro día y métase al río —me gritó la señorita Lila.

—Con la condición de que después haremos tiro al blanco...

—¿Cuántas balas tiene? —me preguntó.

—Suficientes para usted y yo.

Me saqué la ropa hasta quedarme en calzoncillos y disfruté ampliamente del río que no estaba muy torrencioso.

Media hora después, la señorita Lila se dio cuenta que ya tenía que regresar al Centro de Salud y empezó a impacientarse.

—¿Y el tiro al blanco? —le recordé.

—¡Deme esa pistola! —prácticamente me la arranchó de la mano.

—¿Ve ese aguacate maduro?

Apenas logré asentir y ¡púm!, el disparo fue tan certero que el aguacate explotó.

—Ahora le toca a usted —me entregó la pistola.

—Prefiero hacer tiro al blanco con mi calzoncillo mojado —condicioné.

Lo lancé al árbol hasta ensartarlo en una rama. Tomé la pistola con las dos manos para que no me sacudiera al disparar y el tiro salió completamente desviado.

—Pero tengo otra oportunidad —justifiqué a la señorita Lila que insistía en regresar.

Me acomodé una vez más, tratando de evitar cualquier otro bochorno y aplasté el gatillo pero el tiro se encasquilló. De pronto, un tiro no programado, de otro sitio, acertó en el blanco, dejando fuera de combate a mi calzoncillo mojado.

—¡Así se hace! —gritó la señorita Lila.

Le entregó el arma al compadre que ya tenía prendido el motor de su camioneta, regresamos a La Perinola. Apenas llegamos al Centro de Salud refundí la pistola en el último cajón del escritorio, antes que cobre vida y se ensañe conmigo. Luego vería que hacer con esa tentación, de una vez por todas.

El episodio de las comadres y los compadres era cuento de nunca acabar.

—¿Se acuerda de los compadres del perro? —me sorprendió la señorita Lila.

—No sabía que los perros tenían compadres.

—Los compadres donde dimos el vire a Lázaro —intentó enmendar su apresuramiento.

—Recuerdo perfectamente —afirmé—. ¿Qué les ocurrió?

La señorita Lila prefirió responder poniendo una ficha epidemiológica en mis manos.

—Rabia silvestre por mordedura de murciélagos —se leía en el informe que ella había recogido en mi ausencia.

—Tenemos que organizar la inspección —aseveré—, y de paso nos bañamos de nuevo en el río.

—No se haga ilusiones —me aclaró ella—. La rabia apareció en la finca de más adentro.

—¿En el Infierno?

Ese momento la estantería se me vino abajo, porque esa primera experiencia fue uno de los episodios más trágicos que me habían sucedido en La Perinola. Sin embargo, una cosa era la aventura y otra la responsabilidad que tenía sobre mis espaldas, por lo que me puse a organizar un viaje repentino para el siguiente día. Como era de suponer, la señorita Lila estaba encargada de la logística porque sus compadres le pidieron contratar una camioneta hasta el río Zancudo donde nos facilitarían los caballos para la travesía hasta su otra finca del el Infierno.

Cuando llegué a la *Casa Blanca* para preparar la ropa del siguiente día, el profesor Papaganso esperaba conversar conmigo.

—Quiero acompañarte al Infierno —se ofreció abiertamente.

—¿Cómo supiste que me iba allá?

—Eso no interesa —me cogió del brazo—. Solo que puedo acompañarte con una condición.

—¿Cuál? —pregunté, porque a ningún momento me interesaba otra compañía que la de una enfermera como la señorita Lila.

—Que lles la pistola.

—¿Para qué quieres un arma? —me entró la curiosidad porque yo le había dicho que enterré esa pistola.

—Para matar murciélagos —aceveró—. A eso vamos, ¿no es así?

—A los murciélagos infestados se los elimina con cebos en su cueva —quise aclarar para que desistiera de su intento.

Hice todo lo que pude para deshacerme de ese metiche que solo buscaba un pretexto para ponerse a beber en el camino, hasta que asomó la señorita Lila.

—Le va a tocar irse solo porque mañana tengo que atender un parto —me comentó.

El profesor Papaganso que era un chantajista de primera, aprovechó la oportunidad para hacerse de rogar.

—Ahora ya no quiero irme —se encaprichó, soltando una carcajada.

—La pistola no puedo ofrecerte porque ya no la tengo... —intenté darle explicaciones—. ¿Qué otra cosa quieres para acompañarme?

—Un traguito y algo qué picar, por supuesto.

Ese momento llegó otro profesor al que le decíamos “compañero nuevo” porque estaba recién asignado a la Escuela Piloto.

—¿Quieres ir al Infierno conmigo? —le propuso el profesor Papaganso.

—No tengo suficientes méritos —respondió.

—Eso no es problema —le animó el profesor Papaganso—. Tal y Pascual tiene todo preparado.

—No es el Infierno propiamente dicho —me dirigí al profesor Papaganso—. Solo pondremos cebo en la cueva de los murciélagos infestados.

—Ustedes me están tomando el pelo —se molestó el compañero nuevo.

En eso salió la señorita Lila para aclarar el asunto:

—Se trata de un brote de rabia silvestre que el Centro de Salud debe detener.

—A usted sí le creo —aceptó la explicación de la señorita Lila—, ¿y cómo nos iríamos?

—A caballo —respondí, para desanimarle.

—Esa aventura sí me interesa —saltó de gusto como niño chiquito—. ¿Hay suficientes caballos para todos?

—Solo iríamos los tres —corregí—, y mientras Tal y Pascual haga su tarea, nosotros nos pegaremos un traguito.

Ese comentario, lejos de molestarme, parecía la mejor forma de evitar cualquier intromisión del pro-

fesor Papaganso en mi trabajo. Salimos a contratar la camioneta y comprar una que otra golosina cuando nos atendió Fresita, que aparecía como dependiente por todas partes.

—¿Para dónde, inspector? —me preguntó.

—Al Infierno.

—Parece que le gustó el Infierno de los grillos —bromeó—. ¿Alguna pista de los gusanos?

—No precisamente eso —le corregí—. Solo voy por murciélagos.

—¿De manera que ahora le apuesta a los murciélagos?

—Son cosas del trabajo.

En eso interrumpió el profesor Papaganso.

—Nosotros nos vamos porque la conversación entre ustedes parece que se va de largo.

Y Fresita, que no dejaba de atender a otros clientes mientras hablaba conmigo, me extendió la mano.

—Asómese otro día para que me cuente cómo le fue en el Infierno.

Madrugamos como estaba previsto y emprendimos el viaje.

—Una cosa no me quedó claro —comentó el profesor nuevo mientras cabalgábamos—. ¿Por qué eliminar murciélagos?

—Porque están causando la muerte de los animales domésticos —les iba explicando hasta que

llegamos a la orilla del río Zancudo y caminamos por el puente de palo en dirección a la finca.

Pero de algún lugar que no puse atención, salió el compadre a recibirnos.

—¿Y mi comadre Lila? —se extrañó de no verla conmigo.

—No pudo venir pero mandó estos guardaespaldas —bromeé.

El compadre nos enseñó dónde estaban los caballos, pero se le notaba contrariado.

—¿Qué le sucede compadre de la señorita Lila? —le pregunté, retrasándome de los profesores que conversaban entre ellos.

—Que solo tengo dos caballos y una mula —respondió—. ¿Podrían acomodarse los dos guardaespaldas en un solo caballo?

—Pero fíjese en esta barriga —le sobé al profesor Papaganso—. Con este peso el caballo no llegaría a ninguna parte.

—Entonces que el gordito vaya en la mula... —propuso el compadre—, y el otro profesor con mi hija en el caballo guía.

—¿Usted no va? —le pregunté, mientras yo montaba el caballo suyo.

—Por esta ocasión le delego a mi hija.

La caravana emprendió la tortuosa aventura de cruzar la montaña y luego de cinco horas de cabalgata

llegamos al Infierno donde habían muerto algunos animales por la mordedura de murciélagos.

Los dos profesores se quedaron en el Infierno durmiendo su borrachera, mientras con la niña caminamos monte adentro, con el cebo preparado en la mochila. Conforme nos acercábamos a las cuevas, cualquier movimiento de ramas me parecía murciélagos y debía ponerme a la defensiva.

—¿Tiene miedo a los murciélagos? —me preguntó la niña, provocándome bochorno.

—Ni siquiera me han presentado —sonreí.

Poco antes de llegar donde debían estar los murciélagos, nos pusimos ropa de apicultor y caminamos como veinte metros al interior de la cueva hasta que la niña resbaló en una masa apestosa que anunciaba la proximidad de su hábitat.

La niña rodó unos metros entre las rocas, provocándome un gran susto porque creí que se había lastimado.

—No me pasó nada —dijo, levantándose entre risas—. Quedémonos quietos porque los murciélagos pueden alborotarse.

El fuerte olor a estiércol y uno que otro murciélago muerto me obligaron a preparar un tarro de veneno, como que fuera pintura, para embadurnar las paredes. Luego salimos en carrera porque los murciélagos empezaron a revolotear sobre nuestras cabezas aunque no llegaron a salir.

Regresamos a la finca que estaba ocupada con ese par de aventureros dedicados al trago. Calentamos los alimentos que nos había mandado la comadre y salimos de prisa antes que nos cogiera la noche y se desbandaran los murciélagos. Aceleramos el paso de los caballos y llegamos a la finca del río Zancudo apenas empezada la noche, entregamos los caballos y nos tendimos sobre una banca porque estábamos molidos de cansancio. Media hora después, los compadres nos despertaron con un vaporoso majado de verde para regresar a La Perinola con la barriga llena.

Llegamos a casa en medio de un sofocante aguacero que me obligó a quitarme la ropa y meterme al chorro de agua que caía del tejado.

—¿Dónde están los guardaespaldas? —me preguntó desde el balcón la señorita Lila.

Ese momento miramos para todos lados, ella desde el balcón y yo desde mi envidiable chorro de lluvia. Ninguno de los dos apareció por alguna parte.

—¿Tuvieron problema con los murciélagos? —preguntó ella, que había bajado a contemplar cómo me refrescaba.

—No les dimos tiempo de atacarnos porque regresamos antes del anochecer —le respondí.

Casualmente, ese momento escuchamos las risotadas de los “guardaespaldas” que se habían instalado a seguir bebiendo en los billares del vecino. La señorita Lila dejó de contemplarme y se dirigió al

lugar de donde provenía la algazara para reclamarles su actitud en la travesía.

Supongo que no logró su cometido porque salió corriendo, perseguida por los profesores que se esforzaban por darle un trago.

—Ni siquiera saben a dónde fueron —murmuró la señorita Lila, poniéndose a buen recaudo en su habitación.

Tan relajado estuvo el chorro de lluvia que empecé a dormirme de pie por unos cuantos segundos, hasta que llegaron los borrachos a desplazarme para monopolizar el hidromasaje.

Al otro día fui a ver al Jefe de Salud y dejé el informe en sus manos.

—Cuénteme —apagó el cigarro en un cenicero de cristal—, ¿Cómo van las cosas por allá?

—No podría afirmar que los verdes han bajado la guardia por no sentir remezones importantes, pero estamos cubriendo todos los espacios.

—¿Esta registrado eso?
Preferi sacar la libreta que camuflaba en el calcetín y le enseñe los apuntes.

—Tenga dos más —saco del escritorio—. Estoy seguro que las va a necesitar

TERCERA PARTE

Los granjeros con gafas

Al otro día de celebrar la llegada del Promotor Popular enviado de la capital, salimos desde la habitación del profesor Papaganso para sanar el chuchaqui. Se trataba de Patricio, un ingenioso elemento de aspecto amigable que venía dispuesto a sostener la causa colorada. Entramos al restaurante Yoshicomo y nos sentamos en el rincón más estratégico con el ánimo de pasar inadvertidos, cuando se acercó el dueño a nuestra mesa.

—¿Pol qué no pone negocio alado y ve la gol-dita de flente? —me sorprendió.

—Yo respeto mucho a su esposa...

—No esa golda fea —señaló la caja donde atendía ella—. La goldita del flente —señalando la casa de Salomé.

Esa observación que más sabía a reclamo porque estábamos mucho tiempo con una sola cerveza, me pareció una excelente idea con la que podría matar varios pájaros de un tiro. Se trataba de un local que dejó de ser farmacia hace poco y estaba de arriendo. Sin lugar a dudas era un tema que merecía conversar con Kashimura, el dueño de Yoshicomo.

—¿Estarías dispuesto a comprarme algo si me pongo un almacén en el local de alado?

El japonés sonrió.

—Pol supuesto, pala eso tan lo amigo, ¿no?

Mis confidentes se hicieron la idea que tendrían el lugar indicado para tomarse una cervecita, y yo podría observar todos los movimientos de Salomé como sugería Kashimura.

—Me parece que sigue interesado en Salomé —comentó Alfonso que se integraba ese momento a la mesa.

—No es eso —argumenté, brindándole un vaso de cerveza—. Pero no puedo negar mi interés por los movimientos del profesor Martillo, las autoridades verdes como Mamerto Bey, las luces sicodélicas del *Danubio Azul*, la gasolinera y el paso de las estudiantes cuando salen del colegio.

—Tiene interés estratégico —justificó por mí, Patricio.

Con todos los argumentos en el bolsillo, me puse en contacto con la dueña de casa para instalar un almacén de productos plásticos.

—Pero usted es inspector —se sorprendió ella—. ¿Quién atendería el negocio?

—Todo está fríamente calculado —aseveré—. Puedo atender perfectamente las dos situaciones.

La dueña de casa aceptó sin pedir más explicaciones y me entregó la llave.

La verdad es que el Jefe de Salud me ofreció su apoyo para cualquier actividad fuera de horario, sobre todo para los domingos y lunes, con la única condición que sea dentro de La Perinola. Nunca me puse a pensar si ese aventón encerraba algún riesgo, simplemente lo tomé como una oportunidad que no debía desperdiciar.

—Tómese el tiempo que sea —dijo Jefe de Salud en un gesto de desprendimiento—. A fin de cuentas, está haciendo un trabajo de inteligencia.

Esa misma tarde que recibí el espaldarazo del Jefe de Salud, viajé a la capital para invertir todos mis ahorros en mercadería. Compré varios artículos en plástico fino, exóticos muebles y paisajes de pared a pared, cortinas con bolitas multicolores y muchas otras más que llenaron las vitrinas.

—¡Boonito almashén! —exclamó Kashimura que fue el primer curioso en pisar el local cuando levantaba la puerta metálica.

Luego entraron los pasajeros de un bus que terminaban de comer en el restaurante del japonés. Todos quedaron satisfechos de ese atractivo visual pero nadie preguntó siquiera el precio de los productos porque creían que se trataba de una exposición del Yoshicomo. Los siguientes días me di unas escapaditas para observar uno que otro evento importante en el vecindario, pero en las noches del viernes y sábado la trastienda del almacén se convertía en la cantina donde don Pepín, el odontólogo, el profesor Papaganso y algún desconocido aplacaban sus penas poniendo música nacional desde la rockola de al lado.

—¿Por qué no le bautizamos “El Refugio” a esta hueca? —se le ocurrió al profesor Papaganso.

—Porque es un almacén de plásticos —enfaticé—, y mi voluntad de recibirles no les convierte en refugiados de ninguna hueca.

Con el pasar de los días, la realidad se alejaba de mis optimistas propósitos porque el almacén siempre estaba lleno de curiosos que solo entraban para ver los cuadros en la pared o bailar bachatas provenientes de la rocola de al lado. Pero una noche de esas, Kashimura tuvo un altercado con una señora que había sido hermana de un oficial de la policía y fue citado al Destacamento de La Perinola.

—Encalgo nevela con celveza pala que policía no joda —me propuso con tanta urgencia que, tratándose de un amigo a quien podían cerrarle el negocio por vender licores, acepté su encargo en mi local.

Cuando llegó la policía a constatar la denuncia no encontraron una sola cerveza en el salón y lo tomaron como un acto de arrogancia de aquella señora. Días después, Kashimura me facilitó dos mesas con ocho sillas más y, poco a poco, la trastienda fue tomando forma de una sala de juegos donde los amigos con los amigos de sus amigos jugaban cartas, como si fuera la prolongación del restaurante japonés.

Mi único cliente fijo era Kashimura que me compraba tarrinas en grandes cantidades para mandar los almuerzos a las fábricas de palma africana.

—¿Polqué no deja de inspectol y hacemos negocio todo lo día? —me propuso el amigo japonés.

No acepté porque tenía entre ceja y ceja una especie de pacto de sangre con el Jefe de Salud y cualquier distorsión que pudiera darse en la marcha no sería otra que pequeños roces para poner a prueba mi fidelidad a la causa.

—Cada cual en lo suyo —comenté—, porque yo no sirvo para estas cosas.

—Yo letilo mi palabra —me rogó—, pelo siga nomá como ta.

Kashimura me prometió que lo único que le interesaba era la “galería de arte” que tenía junto a su

local y que siguiera nomás espiando todo lo que fuera de mi interés. A poco de cumplir tres meses al frente de esta aventura, la esposa de Kashimura me propuso encargar sus tinacos de camarón porque ya no tenía espacio en la cocina. Yo me negué rotundamente porque me pareció un abuso de confianza.

—Yo pagal mita del aliendo sin pobema —me dijo ella, para dejar sus mariscos en mi local.

La verdad es que el negocio de plásticos me tenía seriamente decepcionado por lo que decidí visitar a mi prima para, entre bocado y bocado, desahogar mis conflictos. Y no es que ese día estaba decidido a remarles el almuerzo, sino que era viernes y mi prima preparaba los mejores platos del mundo.

—Cualquiera diría que le va bien en el negocio, —comentó Alfonso.

—Los negocios no siempre son lo que parecen —empecé a soltar mi angustia.

—Pero el local siempre está lleno de gente.

—Solo de curiosos que no tienen nada que hacer —respondí.

—No me diga que al menos le chequea a Salomé —sonrió mi prima Sonia.

— ... o a las autoridades verdes que llegan a casa de don Mamerto —retomó Alfonso.

—Algo de todo porque los amigos solo vienen a estorbar —respondí con resignación.

De todo el tiempo que estuve al frente de este negocio, quizá la única novedad destacable fue el encuentro con el Jefe de Personal del Ministerio a su paso por La Perinola.

—¿Este es su negocio? —me dijo, dándome la mano.

Yo me asusté porque podía pensar que estaba desviando mis obligaciones de inspector sanitario.

—Veo que está progresando —comentó entre serio y en broma—, con que nunca descuide sus obligaciones.

—Todo tiene su espacio —intenté explicarle.

—No se preocupe —me palmeó el hombro—, puede hacer lo que mejor le parezca.

El Jefe de Personal siguió observando las bambalinas multicolores que tenía en el almacén hasta que terminó y me dijo:

—¿Debo pagar algo por la visita?

—De ninguna manera —le dije—, me hace honor su presencia.

La buseta pitó tres veces como que fuera la campanada final y él se acercó a decirme en voz baja:

—Si ve al doctor Cárdenas no olvide saludarle de mi parte.

—Seguro —le ofrecí—, mañana mismo pasaré por su oficina.

—Está en su trinchera como quiera que se acomode —fue lo último que me dijo desde el estribo y se fue.

El negocio de los plásticos se estaba escapando de mi control porque ya no habían las motivaciones del principio. Una tarde que estuve a punto de entregar las llaves a la dueña de casa, llegó Patricio con un sujeto de pequeña estatura para presentármelo.

—Este amigo está interesado en el negocio —me dijo.

Pero el acompañante de Patricio, en vez de saludar conmigo y preguntarme las características del almacén, se puso a revisar el local como si fuera funcionario de rentas internas.

—¿Cuánto quieres por esta vaina? —preguntó, sin dejar de manosear los productos de las vitrinas.

—Lo que arroje el inventario —respondí.

—Está muy caro —bromeó, acercándose nuevamente donde estábamos nosotros.

—Te presento al profesor Pico —me señaló al interesado.

El amigo me extendió su mano haciéndome su propuesta:

—Te ofrezco el cincuenta por ciento de lo que arroje el inventario. ¿Lo tomas o lo dejas?

Yo que estuve a punto de perderlo todo, acepté el trato con la única condición de que fuera al contado.

—Claro que sí —respondió—. ¿Qué te parece si adelantas el inventario entre hoy y mañana para regresar el sábado con la plata?

Después que el interesado se fue, Patricio me conversó los entretelones de ese personaje de menuda figura.

—No hubo tiempo para comentarte —dijo, mientras me acompañaba a poner candado en la puerta—. Este profesor que viene a trabajar en la Escuela Piloto es un tipazo.

—Pero un poquito bronco —comenté.

—Ya le vas a conocer cuando venga a la escuela...

En ese punto, lo que más me interesaba era desprenderme del negocio y recuperar cualquier dinero de la inversión.

—Estoy seguro que cuando venga a la Escuela va a ser de gran ayuda para la causa colorada —comentó.

—Por lo que veo —comenté—, lo conoces demasiado.

—Fuimos compañeros de primaria —confesó—. Con eso te digo todo.

—Pero hay algo que no alcanzo a comprender —le dije—. ¿Quién atendería el negocio?

—Ese es un tema que lo veremos después —respondió Patricio como dándome a entender que había algo más detrás de esa compra.

—¿Eres socio del profesor Pico? —me quedé intrigado.

—No necesariamente —se sinceró—, pero el negocio nos puede servir para muchos fines.

—¿De observatorio ciudadano? —creí entenderlo.

Patricio sonrió sin responder.

—En ese caso —palmeé su hombro—, por ahí hubieras empezado y nos ahorrábamos el protocolo.

Patricio se fue por su lado a la oficina de Promoción Popular y yo tomé el mío al Centro de Salud donde escribí el reporte para el Jefe de Salud: “El negocio que un día tuvo su razón de ser y me sirvió de observatorio para los fines que usted conoce, con el paso de los días tomó un giro inesperado y estuve a punto de cerrarlo porque no era justo seguir pagando para que otros se divirtieran. Por suerte, vino un financista y me compro todo”.

Conforme pasaban los días en un ambiente de fiesta no declarada, llegaron unas carpas gitanas y la curiosidad se apoderó de viejos y jóvenes dirigiéndose a la cancha de Los Esteros donde se instalaban los mejores eventos que pasaban por La Perinola

—¿Qué sucedió en Los Esteros que mucha gente baja a curiosear? —preguntaba un anciano en la puerta del mercado—. ¿Alguien me puede explicar?

Pero todos se preocupaban de seguir su camino hasta que pasó el profesor Papaganso y le dijo cualquier cosa para que dejara de preguntar:

—Un meteorito cayó en Los Esteros y hay incendios por todas partes.

Pero el anciano, lejos de asustarse, tomó su bastón y emprendió larga caminata en busca de los incendios.

—¡Abuelo! —le sorprendió el profesor Papaganso en Los Esteros—. Póngase en la fila para que le adivinen la suerte.

—¿Cuál suerte? —buscó entre los curiosos que se agolpaban alrededor de las carpas—. Yo vine a ver los meteoritos.

Como el anciano insistía tanto, blandiendo su bastón con gestos de espadachín, el mismo profesor Papaganso se encargó de disuadirlo.

—Los incendios ya se apagaron pero debe aprovechar la venida para hacerse adivinar la suerte.

El anciano se dio cuenta de la broma y prefirió regresar al mercado a seguir curioseando cualquier otra cosa.

La presencia de las gitanas había causado tal furor que la gente hacía fila solo para observarlas, llamando la atención de los curiosos. Pero, sobre todo, había tres hermanas de piel canela y ojos color miel.

Una noche que conversábamos con el odontólogo en el parque, inexplicablemente se quedó mudo.

—¿Qué pasó? —miré a todos lados, creyendo que había visto fantasmas.

Hasta que distinguí en la semioscuridad a las gitanas de las que estábamos hablando, caminando alegremente a pocos metros de nosotros. Nos levantamos del tronco donde mirábamos pasar a la gente para aproximarnos de prisa como si alguien quisiera quitarnos el derecho a saludar con ellas.

—¿Pueden adivinarnos la suerte? —rogamos a dúo con las manos extendidas.

—¡Ya les adiviné! —contestó la pelirroja—. Ustedes quieren nuestra amistad.

—De todo corazón... —murmuró el odontólogo sin quitarle la mirada de encima.

—Somos tres hermanas —se presentó ella—. Pero no se fijen en mí porque ya tengo dueño.

La pelirroja se retiró dejándonos con sus dos hermanas menores.

Las gitanas se sentaron junto a nosotros, agarrándonos de la mano como si por fin nos adivinarían la suerte.

—¿Quieren acompañarnos a promocionar la carpa? —nos dijo a los dos la gitana de pelos ensortijados—. No les llevará mucho tiempo.

—Somos hombres públicos —respondió el odontólogo un poco atemorizado—, aunque Tal y Pascual puede acompañarles algún momento.

—Temo que sería de poca utilidad pero tratándose de ustedes... —respondí ante la sugerencia de mi compañero.

—Estoy segura que tarde o temprano nos van a buscar para que les adivinemos la suerte —razonó la otra gitana sin dejar de caminar—. Les conviene quedarse con nosotras

—Claro que sí —sonrió el odontólogo—, estaremos muy cerca de ustedes.

Ellas promocionaban las carpas sin necesidad de megáfono ni algo por el estilo, solo con su sonrisa, su meneío natural y sus rasgos pronunciadamente hindúes. A pocos pasos de llegar a la carpa, se acercaron y nos tomaron de la mano para llevarnos a una de las gitanas que nos adivinarían la suerte.

—Nosotros queremos que ustedes nos hagan el trabajito —insistimos, sin desapegarnos de ellas.

—Todavía no estamos autorizadas para eso —respondió la ensortijada.

Ahí nos quedamos unos minutos hasta que el rato menos pensado mi amigo odontólogo desapareció, pero yo seguí esperando la posibilidad de que la gitana me leyera algo del gusano que me tenía intrigado. Cuando me tocó el turno en buena lid, metí la mano al bolsillo y pagué doble tarifa para que me orientara dónde encontrar al gusano.

—¿Gusano? —se sorprendió la gitana madre—. ¿De qué gusano estás hablando?

Me intimidé con esa voz ronca de la gitana que no sacaba el cigarro de la boca ni para toser. Los curiosos de la fila que habían escuchado el diálogo, festejaron la escena, pero ella quiso enmendar el bochorno y me devolvió el dinero extra.

—Aquí veo algo que no puedo descifrar delante de tanta gente —me comentó en voz baja—. Ven mañana al mediodía para ayudarte.

Parecía que al fin podía encontrar la veta para descifrar algo del gusano, aunque fuera con palo de ciego. Al otro día, cuando me aprestaba a salir del Centro de Salud para dirigirme a las carpas, llegaron las dos gitanas para recordarme que debía retomar la consulta.

—¿Cómo supieron que trabajaba aquí? —me asusté.

—Lo leímos en tu mano —respondió la gitana de ojos miel y cabello ensortijado.

Salí de prisa con las dos gitanas hasta llegar donde la misma adivinadora vieja, que había sido su madre.

—Extiende las dos manos —ordenó ella, mientras su hija me enseñaba los dientes para tranquilizarme.

—Esta es la línea de la vida —recorrió con su dedo todo el surco principal de mi mano y luego se fijó en la otra— y esta que se pierde más acá... es el gusano que se escapa de tus manos.

La gitana joven había desaparecido pero la madre me cobró todos los sueltos que tenía en el bolsillo. A partir de ese momento y mientras regresaba al Centro de Salud, esas últimas palabras de la gitana madre se volvieron incertidumbre en mi obsesión por descubrir al gusano.

Días después, las carpas seguían en pie con todo tipo de clientes que buscaban conocer lo que les deparaba el destino. Todo parecía normal, salvo que dos cuadras más abajo observé una de las camionetas de don Mesías que frecuentaba ese lugar en los últimos días. Me aproximé porque era la única ruta para llegar donde tenía planeado y observé con gran sorpresa que él disfrutaba la compañía de la gitana madre, que era como la madrina de todos los gitanos y, sobre todo, la madre de las gitanas que nos volvían locos.

—¡Buenas tardes, don Mesías! —pasé saludando, sin ninguna intención de espiarle.

Él me respondió con una sonrisa, pero ella se agachó no sé exactamente si por evitar que yo la viera o porque en realidad se le atoró la zapatilla en el piso. Seguí mi camino, pero dentro de mi mente se cruzaban muchas conjeturas: ¿Será otra conquista de don Mesías?, ¿estará buscando que ella le adivine la suerte?, pero ¿qué necesidad tendría la gitana de esconderse de mí?

Preferí suspender los interrogantes que no conducían a nada y escribir el reporte para el Jefe de Salud:

“Parece que la intermitencia de los verdes no es otra cosa que una advertencia de lo que vendrá después. Hay cosas que me siguen sorprendiendo pero estoy recabando pruebas para seguir comentándole”.

El recuerdo de las gitanas significaba tanto para mí que las tenía hasta en mis sueños. Con el paso de los días, esos mismos sueños se encargaron de enredarme la fantasía con la realidad: “Los dos gitanas se aprestaban a confesarse a la vez, de un lado y otro del confesionario. Como había mucha gente, cambié de ubicación y aunque el susurro no me permitía escuchar su confesión, al menos podía observar todos los movimientos del confesionario. Ahí descubrí que el Cura había perforado varios orificios para mirar los cuerpos de las gitanas sin que ellas se dieran cuenta. Y cuando las gitanas se disponían a levantarse, las manos del Cura se deslizaron del confesionario para atrapar sus nalgas contra el armatoste. Las gitanas no sabían qué hacer, hasta que un rollito de billetes se introdujo en sus prominentes bolsos, se acomodaron sus largos vestidos de cortina y salieron para sus carpas”.

Una mañana, mientras desayunaba, me enteré que las tres hermanas habían desaparecido de sus carpas y la gitana madre con otros gitanos hacían lo imposible por encontrarlas; asomaron por el Centro

de Salud, no sé si por coincidencia o porque sabían de nuestra amistad.

—¿Has visto a tres gitanas jóvenes por aquí?
—me preguntó un gitano viejo que pudo haber sido su padre.

—Solo en los días de función —aclaré.

El gitano de aspecto recio y barbas amarillas de tanto fumar tabaco, me miró profundamente a los ojos hasta provocarme miedo.

—Lamento lo sucedido —concluí— espero que pronto las encuentren.

Esa misma tarde, sin saber cómo ni cuándo, llegó una carta a mis manos para sacarme de la conmoción que me causaba la desaparición de las gitanas. En esa carta, las autoridades de la capital me pedían que apoyara el proyecto de agua potable en el recinto San Judas, a media hora de La Perinola.

Llamé al Ministerio para saber más detalles porque no tenía antecedente alguno que permitiera asegurarme que se trataba de una propuesta real.

—Sí, sí, inspector —me contestó una voz femenina que nunca antes había oído—. Los jefes me pidieron que le consulte si disponía de dos días a la semana para el proyecto de San Judas.

—¿Qué días prefiere el proyecto? —empecé a interesarme.

—Los que no alteren sus labores habituales.

—¿Puede ser domingo y lunes?

—Claro —respondió, para agilizar la consulta telefónica—. Contamos con su apoyo en San Judas.

La idea de trabajar en ese recinto me abría la posibilidad de retomar la buena amistad que había tenido con Salomé en La Perinola, pero que se interrumpió con la oferta de profesora que le llegó para ese preciso lugar. Esa noche se me vinieron a la mente infinidad de pensamientos, unos a favor y otros en contra, hasta que me dormí y el sueño se volvió pesadilla.

—¡Estás eligiendo el camino equivocado! — me gritaba la gitana madre, y desperté de un sobresalto para quedarme sentado por varios minutos.

Me armé de valor desechando esa pesadilla, porque no tenía una motivación importante para quedarme en La Perinola los fines de semana, a no ser que las gitanas salieran de su escondite y se dejaran ver. Ahora debía voltear la página de las gitanas para pensar en Salomé, a fin de cuentas, era la mejor manera de centrarme en otra amistad. Volví a dormir con la idea de visitarle y almorzar en el exótico comedor *Doña Petra*, a quien le gustaba parecer refinada con el uso rebuscado del lenguaje.

Ese mismo fin de semana me instalé en una oficina de la Asociación de Abacaleros de san Judas con una mesa y una silla prestadas. Cogí un par de afiches de los tantos que encontré arrumados y escribí al reverso con un marcador: “Proyecto de Agua Potable

de San Judas” y los pegué en la ventana para que se leyeran desde afuera.

Como el poblado era pequeño, fácilmente encontré la casa donde vivía Salomé. Tenía una tienda de abarrotes donde atendía su hermano dedicado a la mecánica de tractores, mientras ella trabajaba en la escuela.

—Buenos días, Salomé —saludé desde la puerta con dirección al mostrador principal.

—¿Vienes por mi hermano Serafín? —preguntó en una extraña reacción que no correspondía a la amistad que llegamos a tener en La Perinola.

—Ni siquiera soy su amigo —le sorprendí—. ¿Qué te parece ese cartel de la ventana?

—Puros garabatos —comentó—. ¿Quién lo hizo?

Me limité a sonreír para que se diera cuenta que no era mi intención ganarme un aplauso, únicamente un pretexto para llegar a saludarla.

—¿Qué haces por aquí? —me preguntó—. ¿Vienes a controlar los permisos?

—Más que eso —le aclaré—. Soy el coordinador del agua potable de San Judas.

—¿Ya te botaron de La Perinola?

—Todavía no —me acomodé en una silla—. Me dieron este camello para los fines de semana.

Salomé seguía resentida de algo que yo no alcanzaba a entender. El siguiente domingo llegó el

asistente de jefe del proyecto con una buena cantidad de formularios que ni él sabía para qué servían.

—Aquí te traigo estos papeles —me dejó sobre la mesa—. Espero que te sirvan para algo.

—¿Dónde está el ingeniero para preguntarle cómo empezar?

—Eso lo veo difícil —me respondió irónicamente—, pero es cuestión de que leas esto y te pongas al tanto de todo.

Se trataba de varios documentos de un proyecto de otra parte que me permitirían tener una idea de lo que debía hacer en San Judas. Para empezar, tenía que levantar un croquis con el censo de la población para saber cuántos habitantes vivían en este recinto y sus alrededores. Así, me puse manos a la obra con uno que otro curioso en el camino.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó un jubilado que vivía alejado del mundo en una pequeña huerta con plantas de café.

—Queremos calcular la cantidad de tubería que necesitamos para el agua potable —respondí.

—¿Y quién le manda que haga esto? —siguió preguntando—. ¿La provincia verde o la colorado?

—La Empresa de Agua Potable del Estado —le expliqué.

Ligeramente convencido de que no se trataba de una acción política para disputarse la jurisdicción territorial de San Judas, aceptó facilitarme los datos

de su propiedad. Así fui juntando toda la información en un paquete que lo mandé a la capital. Hasta que un domingo, sin saber ni cómo ni cuándo, llegó la primera volqueta con tubos y otros materiales para descargarlos en una bodega, junto al negocio de Salomé. Me acerqué al ingeniero que estaba al mando del proyecto con el ánimo de hacer amistad.

—Qué bueno que ya llega la tubería —exclamé.

El ingeniero de barbas descuidadas y poco comunicativo se quedó mirándome sin decir ni pío, mientras trituraba un palillo de dientes en su boca. Luego me guió a un segundo compartimento del galpón para enseñarme otra cantidad de tubería similar a la que dejaban ese momento.

—Esto descargamos ayer —me dijo, con gestos poco amables.

Ese momento escuché por primera vez el timbre de su voz y me di cuenta que no valía la pena esperar instrucciones para continuar mi trabajo.

A eso del mediodía, la volqueta regresó a la capital con el ingeniero adentro. Solo entonces fui donde Salomé a preguntarle si ese ingeniero había dejado alguna documentación para mí. Ella fue a su habitación y me trajo un plano enrollado.

—Esto me encargó que te diera —dijo ella, entregándome el plano.

Consideré que ese documento era la orden para arrancar el proyecto y empecé mi trabajo organizando

mingas para abrir zanjas, luego tendí la tubería hasta que se terminó el material de la bodega.

Algunas semanas después, las zanjas seguían abiertas y el ingeniero no daba muestras de vida, entonces tuve que trasladarme a la capital en busca de los materiales que faltaban para continuar dicho proyecto. Nadie me daba razón del ingeniero ni del proyecto de San Judas, pero justo cuando me disponía regresar sin ningún rastro del susodicho, le encontré de casualidad en la calle.

—Siga rondando la bodega de la profesora — me dijo, antes de que le explicara el motivo de mi visita—. Ahora no puedo atenderle porque estoy muy ocupado.

Consideré que esa actitud era tan contundente que bloqueaba toda posibilidad de entendimiento y, sobre todo, que debía suspender las excavaciones porque las lluvias volvían un lodazal el camino. Con el proyecto detenido y sin ninguna posibilidad de salida, no tuve más remedio que cumplir la única disposición del ingeniero: seguir “rondando la bodega de la profesora”. Aunque nadie se aventuraba a decirlo públicamente, era un secreto a voces que tras todo esto estaba la Asociación de Abacaleros de San Judas, donde figuraban militares en retiro como el Generalísimo, a quien apreciaban los colonos.

Una ocasión que acompañaba a Salomé en la tienda, entraron tres granjeros que a leguas se notaba que no eran de verdad.

—Buenos días, niña —le saludó uno de ellos.

—Buenos días, Generalísimo —respondió ella, y yo paré la oreja para saber de quién se trataba.

—Deme algo para calmar el calor —le dijo, venteándose con un sombrero de paja.

Para identificar mejor al individuo me ubiqué frente a frente tras el mostrador principal. En eso, entró el hermano mecánico y les acercó un par de sillas; tan afanoso estaba el hermano que hasta limpió los espaldares con el filo de su camiseta.

—¿Por qué no le ofreces un asiento al Generalísimo? —le reclamó a su hermana, mirándome de reojo con mal humor.

Sin duda era el personaje de quien todos hablaban como si fuera El Padrino. Entonces, me aventuré a saludar con él saliendo del mostrador.

—¡Mucho gusto Generalísimo!, soy Tal y Pascual —le di la mano—. ¿Qué milagro por aquí?

—A tomar una cervecita, ¿y usted? —me participó una botella.

—Dando una vueltita por el pueblo.

—¿No me diga que usted es el coordinador del agua potable? —siguió mirándome de arriba para abajo.

—¿Cómo lo notó? —me hice el sorprendido.

—Porque supongo que está vigilando la bodega del proyecto —me palmoteó la espalda, mirando de reojo a Salomé.

—Claro que sí —atiné a responder.

Los granjeros con gafas terminaron su cerveza y pagaron toda la cuenta, se pusieron el sombrero al igual que el Generalísimo y salieron en su camioneta enlodada.

El tiempo seguía pasando y la oficina del Agua Potable ya no tenía razón de ser.

—Tenemos que tapar las zanjas hasta que llegue la tubería —se me ocurrió proponer a los vecinos que empezaban a impacientarse.

Con la recuperación de las calles y el paso del tiempo, poco a poco la gente empezaba a olvidarse del proyecto y no les interesaba mencionar el agua potable porque cada familia tenía un pozo a poca profundidad en verano y a flor de tierra en invierno. Quise valirme de la Jefatura de Salud de Colorado para averiguar el futuro del proyecto, pero el Jefe de Salud estaba ausente y las autoridades de la capital no sabían qué rumbo tomaría con el cambio de Gobierno.

Llovía torrencialmente cuando recibí una llamada del Jefe de Salud de Colorado.

—¡Señor inspector de La Perinola!

—Buenas tardes, doctor —le saludé.

—¿Ya terminó el proyecto de San Judas?

—Cumplí los seis meses que me pidieron y me retiré.

—¿Quiere decir que el proyecto quedó a la deriva?

—Como usted comprenderá, doctor. Ese proyecto no tenía pies ni cabeza.

—Entiendo, entiendo —rió el Jefe de Salud—. Pero ¿ya tiene identificado al sanogu?

Yo no sabía qué responder porque me cogió mal parado.

—¿Qué pasó?, aló, aló, aló —insistió—. ¿Se cortó la llamada?

—Sí doctor, esa última parte no alcancé a escuchar —tuve que mentir hasta asociar mis ideas.

—Le preguntaba por el sanogu —volvió a decirme.

—¿El gusano? —dije con temor de que me tachara de ineficaz.

—Sí —advirtió el Jefe de Salud del otro lado de la línea—. Pero no está por demás recordarle que este tema debemos manejarlo con mucha discreción.

—Así lo estoy haciendo, doctor.

—Verá Tal y Pascual —empezó el detalle—. Se presentó un brote de rabia en el km 62 de la vía a la provincia verde...

—No lo sabía —respondí con preocupación.

—Claro que el brote está controlado porque aproveché la visita del voluntariado el fin de semana y los puse a trabajar —me tranquilizó.

—¿Cuál es mi tarea?

—Que se consiga la cabeza del perro rabioso y lo mande al laboratorio, ¿entendido?

—Sí doctor, enseguida cumplo su orden.

En menos de una hora me esperaba un jeep de la hacienda El Consuelo para llevarme al lugar donde se había originado el brote.

—Estamos muy preocupados —dijo el administrador de la hacienda, a modo de saludo—. La gente está asustada con el revuelo que metieron esos estudiantes de veterinaria...

—Tiene razón —respondí—, pero ¿dónde está el perro rabioso?

—Lo incineramos —trató de tomarme el pelo para ver cómo reaccionaba.

—¡Cómo!

—Tranquilo —retomó la seriedad del caso—, eso les dijimos a los estudiantes.

Luego hizo señas a un trabajador para que me llevara a un montón de hojarasca que estaba junto al jardín.

—Aquí lo escondimos hasta que llegue la autoridad —se puso a escarbar con un rastrillo hasta que asomó el cuerpo color melcocha con los ojos desorbitados y completamente mojado.

—¿Ya lo van a enterrar? —interrumpió una jovencita acercándose a curiosear.

—Pobreciiiito —exclamó otra, a punto de acariciarle los rizos mojados.

—¡No lo toquen! —me interpose para evitarlo.

—¿Por qué? —preguntó la que había sido hija de los dueños.

—Porque la rabia se contagia con la saliva —le expliqué—. El perro está completamente mojado.

—¿Estás enojado? —preguntó sonriendo.

—Al contrario —le respondí—, permítanme presentarme...

Pero los trabajadores empezaron a impacientarse con el cuerpo del perro a la intemperie y de apariencia diabólica.

—¿Qué hacemos con el perro? —exigió uno de ellos.

—Cortarle la cabeza —le extendí un machete que estaba en el piso.

—Yo no, yo no —retrocedió como que tenía demasiado respeto por el perro muerto.

Ese momento las chicas se contagiaron del horror y se fueron corriendo.

Intenté con uno y otro empleado hasta que yo mismo tuve que agarrar el machete para tratar de desprender la cabeza, pero el instrumento estaba tan bronco que únicamente provocó mancharme la ropa como carnicero.

¡Cómo sería de estremecedor el espectáculo que se acercó el administrador con un hacha en la mano y me la entregó!

—Ahora sí, la cosa cambia —suspiré más tranquilo porque de un solo tajo logré separar la cabeza del cuerpo.

Cogí la cabeza con una funda de plástico y la puse en un cajón con hielo para enviarla al laboratorio de la capital.

—¿Te vas sin despedirte? —escuché que me gritaban desde la casa de hacienda.

Regresé a ver y eran el par de muchachas de hace un momento. El jeep que me llevaba de urgencia se detuvo para que me despidiera caballerosamente desde la ventana.

—Disculpen, no sabía que estaban por ahí —les dije—. ¡Un gusto conocerlas!

—Me llamo Delirio —gritó la chica que intentó acariciar al perro muerto— y vivo en esa finca del frente.

No había tiempo para más y salimos como flecha hacia nuestro destino.

Unos días después reconocí de casualidad a Delirio saliendo de la vulcanizadora de don Pepín.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté, porque me imaginé que estaba haciendo parchar las llantas de su carro. Ese momento salió don Pepín, todo manchado por el trabajo de vulcanizador.

—Venga, Tal y Pascual —pidió que me acercara—. Le presento a mi hija Delirio.

Ella se sonrojó profundamente sin saber qué decir.

—Ya nos conocimos en la hacienda —le dije, despidiéndome de los dos.

—¿Cuándo vas a visitarnos? —se animó ella a preguntarme.

Regresé a ver a don Pepín para darme cuenta qué cara ponía ante la invitación, pero él insistió en lo mismo.

—Puede ir cuando guste que estamos a sus órdenes —dijo él.

—¿Qué les parece el sábado a las dos de la tarde?

—De acuerdo —sonrió Delirio— te esperamos a esa hora.

Era una casualidad interesante que me había pasado en La Perinola, sobre todo después de la inconsistente relación con Sara y sus amigos. Hasta que llegó el sábado para visitar a Delirio en la finca de El Consuelo.

—¡Buenas tardes! —saludé a la señora que barría la entrada de la casa.

Ella dejó de barrer y me sonrió.

—¿Usted es el inspector que se llevó al perro rabioso?

—Tal y Pascual, a la orden —le extendí mi mano.

—¿Qué lo trae por aquí? —siguió preguntando—. ¿Algún otro perro con rabia?

—Quiero visitar a Delirio —me atreví.

Miró a todos lados sin encontrarla y después gritó.

—¡Deliii!, ¡Deliii!, ¡Deliii!

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó ella desde la ventana—. Me pongo los zapatos y salgo.

Entonces tuve a Delirio frente a mis ojos chupando alegremente un maracuyá partido por la mitad.

—¿Quieres? —me ofreció.

Supongo que habré dicho que “sí” porque cuando me di cuenta yo también estaba chupando esa fruta que nunca imaginé que podía gustarme. Caminamos conversando por el filo del riachuelo, cada cual con su ración de maracuyá y pateando piedritas como un par de chiquillos.

—¿Te gusta vivir en la finca? —le pregunté.

—Solamente en vacaciones.

—¿En dónde estudias?

—En la Unidad Educativa Sagrada Anunciación de María Santísima de Colorado.

Cuando nos dimos cuenta, ya empezaba a oscurecer y decidí despedirme para no tener inconvenientes con su familia, sobre todo, tratándose de la hija de un buen amigo de La Perinola. Sabía que este

episodio podía salirse del libreto que yo mismo había trazado en busca del gusano, pero al menos quería darle sentido a mi vida para cuando saliera del atolladero que tenía con Sara. Esperé el próximo sábado de una semana que me pareció la más larga del año, hasta que llegó las dos de la tarde y me aparecí otra vez por la finca.

—Te presento a mi hermana mayor —me acercó para saludarla—, y a la menor de la familia.

Las hermanas nos dejaron solos, pero Delirio siguió presentándome al resto de su familia.

—Mi tía Almendra con quien ya saludaste —nos hicimos mutuamente la venia—. Mi mami y mi papi que ya los conoces.

Me sentí halagado de tantas atenciones y empecé a creer que todo empezaba a salir mejor. Pero ¿cómo quitarme de encima la imagen de Sara? “Es el otro lado de la moneda”, pensé, “claro que Sara es mi cruz pero Delirio podría ser la cara amable de esa misma moneda”.

Ya era suficiente para fantasear y retomé las cosas en su verdadera dimensión: “La única realidad es que soy Inspector de Salud”, reflexioné, “el resto es pura imaginación para amortiguar el tormento de un gusano esquivo”.

Si me dejaba vencer por la emoción que Delirio me provocaba, en poco tiempo tendría la desilusión de mi vida y quedaría como un idiota. Por eso preferí

pensar que se trataba de un sueño al que solo podía retardar un poco la vuelta a la realidad y nada más.

—Aquí tienes tu maracuyá —dijo Delirio, como si eso fuera el nexo entre ella y yo.

—¿Tienes muchas de estas? —pregunté.

—No es necesario tenerlas —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu casa tiene un agradable olor a maracuyá.

Esa sensación me persiguió por mucho tiempo y hasta empecé a asociar ese aroma con la proximidad de su compañía.

Tanto tiempo había pasado sin visitar a mis primos que ellos ya ni siquiera insistían que vaya.

—No quisiera interrumpir su romance —me dijo Sonia en el Centro de Salud—. Esa chica sí me gusta para usted.

—Romance mismo, no sé —aclaré—. Pero acepto que empiece a gustarme.

Parece que Delirio llegó a tener tal confianza conmigo que cuando llegaba a su casa, le calmaban sus depresiones.

Un día, su tía Almendra, que era como su propia madre, me comentó:

—Lo que pasa es que Delirio está en la edad “del burro” y hace lo que le da la gana.

Esa interpretación tenía mucho de verdad, pero una tarde don Pepín me hizo una confesión inesperada.

—Quiero que vaya a la finca.

—¿Cuándo? ¿Cómo así?

—Lo más pronto —respondió, un tanto preocupado.

—¿Le pasó algo a Deliro? ¿Está enferma? —me contagié su preocupación.

—Está un poco deprimida —respondió—. Pero creo que es por la fiebre del desarrollo.

—No se preocupe don Pepín —acepté con agrado—. Esta misma tarde iré a visitarle.

Llegué a la finca después del almuerzo, pero algo extraño estaba sucediendo. Me detuve a la entrada porque toda la familia estaba aterrada detrás de la puerta. Después apareció la tía Almendra por la ventana y me hizo señas para que entrara corriendo. Hice lo que me pidieron aunque sin saber por qué.

—¡Una falsa coral! —gritó su hermana menor, señalando para el jardín.

Yo estaba confundido porque, a pesar de que entendía perfectamente que se trataba de una culebra, no sabía por qué le llamaban “falsa” y salí a descifrar el misterio.

—¿Qué pasó? —se levantó Delirio, preocupada por el correteo de sus hermanas y porque la visita no acababa de entrar.

—¡Una falsa coral! —volvió a gritar su hermana señalando la entrada.

Delirio salió a verle y regresó tranquila.

—No pasa nada —les dijo a todos.

—¿Ya estás mejor? —pregunté, viéndole más animada.

—Gracias a tu visita de doctor.

—¡Cuidado! —escuché que me gritaron, creyendo que saldría a la puerta.

Yo había perdido la noción del peligro mientras observaba a la culebrita de vistosos colores, arrastrándose hacia el jardín de la casa. Delirio se notaba un poco decaída con un síndrome casual por el que todos preferían tenerla distante, de manera que nos quedamos solos en la sala.

—¿Tienes alguna enfermedad contagiosa? —se me ocurrió preguntarle.

—¿Por qué lo dices?

—Porque todos se corren de tí.

—No es eso —soltó una carcajada—. Es por el miedo a la falsa coral.

Ella me acercó el consabido maracuyá partido con la mano y empezamos una conversación interminable hasta que empezó a oscurecer y debía retirarme para que se reintegrara a su familia.

—No te vayas —me cogió de la mano y tuve que acceder.

—Solo con una condición —le dije—. Que no te encierres en tu cuarto cuando yo me retire.

Ella aceptó de buena manera con otra condición: debía quedarme a merendar. Pasadas las nueve de la noche ella se sentía bastante mejor, irradiando felicidad por los poros. Las personas mayores se fueron a ver la tele y las dos hermanas se quedaron con nosotros en el comedor. La menor sacó un cuestionario de esos que tenían las colegialas y empezó a interrogarme como si fuera de la farándula.

—¿Cuál es tu mayor deseo?

—Descifrar el misterio del gusano —respondí, ante la carcajada de las hermanas.

—¿No será que estás confundido con la falsa coral?

—Puede ser que se me crucen los cables.

—Bueno —dejó de sonreír ella—. ¿En qué tiempo quieres cumplir tu deseo?

—Antes del juicio final —aseveré.

Había tantas preguntas de ese tipo que nos llegó la media noche sin sentirlo, hasta que entró la tía y nos llamó la atención.

—Bueno, Delirio, se acabó la visita del doctor.

Ese momento me enteré que me decían “doctor”, pero no porque trabajaba en el Centro de Salud, sino porque era la única forma de animarla. Sin embargo, el círculo de amigos del *Niños Bien*, que hacía lo imposible porque yo volviera a compartir

con Sara, se había enterado de mis visitas a la finca de El Consuelo y habían decidido cambiar la estrategia de aconsejarme que visitara a Sara, por algo más devastador.

Un día cualquiera me comentó Raul a modo de pregunta:

—¿Sabía que Ulpiano está enamorado de la chica de El Consuelo?

—¿De cuál de ellas?

—¡De la más simpática!, por supuesto —enfaticizó.

—¿Qué tiene eso de especial?

—Que a Sara le pasaron el chisme que usted anda interesado en ella —me señaló con el dedo acusador.

Quise dejar que las aguas se aquietaran pero sin acceder a las provocaciones de Sara, hasta que me enteré a cabalidad del giro que tomaba la historia. Ulpiano era el “flamante” novio de Delirio y la visitaba en su automóvil para llevarla a pasear por todas partes.

Un día de esos llegó un sobre membretado del hospital de Colorado que decía: “Parece que está descuidando sus obligaciones, señor inspector. Le recuerdo que, aparte de su responsabilidad en el conflicto con los verdes, usted debe tenerme al tanto del movimiento del gusano (f) Doctor Cárdenas”.

Sería como las dos de la tarde mientras almorzaba en el restaurante Naranjito, cuando escuché que alguien preguntaba por mí. Regresé a ver, porque estaba de espaldas a la puerta, y descubrí que señalaban con el dedo en dirección a mi mesa. Eran cinco personas que llegaban de la capital cargados de pequeñas mochilas y planos enrollados.

—Nunca imaginamos que fuera tan fácil ubicarle —dijo quien hacía de jefe del grupo.

—Solo a la hora de almorzar —respondí, invitándoles a sentarse.

Ellos cogieron unas sillas y se sentaron a mi lado porque ya habían almorzado.

—Nos recomendaron buscarle para que nos dé una manito —dijo alguien de ellos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Somos egresados de arquitectura y queremos armar un Centro de Acopio para productos agrícolas —comentó otro, con acento porteño—. Necesitamos contactar a una que otra autoridad.

—No soy el indicado, pero podemos ir conversando —aclaré, limpiándome con una servilleta antes de ponerme de pie.

Caminamos al Centro de Salud porque lo que debía confesarles no era cuestión de decirlo en cualquier parte.

—Aquí no hay autoridades porque es un recinto en litigio —empecé aclarando las cosas—, pero van

a encontrar juntas Promejoras de la provincia verde y de la provincia colorado.

—¿Pero cuál es la precisa? —preguntó otro de ellos.

—Depende por dónde lo miren —respondí sin profundizar el asunto—. Pero sugiero que no busquen apadrinamiento alguno para evitar resistencias de la otra parte.

Los estudiantes se miraron las caras por esa respuesta que rompía los esquemas traídos desde la capital.

—Pero debemos sustentar el proyecto en algo... —opinó confundido un estudiante de ricitos del que recién escuchaba su tono de voz.

—¿Qué mejor sustento que los potenciales beneficiarios? —les aclaré a los cinco.

—Tiene razón —dijo quien hacía de jefe—. Conversaremos directamente con los comerciantes del mercado, los palmicultores, cafeteros, abacaleros...

—Eros, eros, eros —bromeó el porteño.

—¡Una recomendación más! —les advertí para que fueran preparando su estrategia—. No busquen que les acompañe alguien que tenga interés en una u otra jurisdicción, ni siquiera a mí.

—Pero debemos presentarnos como egresados de la Universidad de la capital —metió nuevamente cizaña el de ricitos.

—Sencillo —les puse en orden—. Que hable el porteño y diga que son estudiantes de arquitectura

y quieren implementar un Centro de Acopio. Eso es todo.

—¿De qué universidad? —insistió en sus temores el rizado.

—No llegarán a eso si habla el porteño —insistí—. Argumenten el beneficio para todos los habitantes de La Perinola y sus alrededores.

Yo diría que logré aclarar el panorama porque todos se despidieron y se fueron, pero el de risos regresó.

—¿Podemos seguir molestando?

—No hay problema —sonreí—. Pero no me pidan que les acompañe a conversar con nadie.

El estudiante se dio la vuelta, subió a una camioneta de alquiler con sus compañeros y cuando se disponían partir, les dije:

—¡Un ratito! Insisto que si por alguna razón, alguien les pregunta de dónde es la universidad digan que su proyecto es para beneficio de todos.

Pasaron las semanas sin tener a los estudiantes frente a mí, pero, obviamente, yo seguía al tanto de lo que estaban haciendo. En la primera oportunidad que tuve, salí a darles una manito aprovechando que debía controlar un caso de rabia en el mismo recinto que una amiga tenía su negocio donde los colonos que cruzaban en tarabita el río Samaniego se abastecían de víveres para sus fincas.

—¿Crees que tu familia le interesaría un Centro de Acopio? —le pregunté a ella.

—Ahí viene mi tío para que converses con él —me dijo, y cuando regresé a ver la tarabita que acababa de llegar, me llevé una sorpresa.

—¿Cómo está inspector? —saludó don Ajila, sacándose las gafas—. ¿Qué milagro lo trae por aquí?

—Vengo a disfrutar de todas estas bellezas...

—Con mi sobrina no se meta porque puede tener problemas —reaccionó.

—Tranquilo don Ajila que me estoy refiriendo al paisaje junto al río.

Don Ajila aceptó el apresuramiento pero esperaba una oportunidad para retomar el control de la situación.

—Le cuento que quiero ponerme otro negocio...

—¿De qué? —pregunté—, ¿un burdel al filo del río?

—Un Club Nocturno en la urbanización de don Mesías, ¿qué le parece?

—Pero está junto al Colegio —me asusté—. No está bien ni lo voy a permitir.

En eso salió mi amiga y se acercó al tío para explicarle que yo estaba haciendo una encuesta para el Centro de Acopio de La Perinola.

—Siendo así... —se rascó la cabeza—, déjeme pensar y le comento otro día.

Tiempo después y muy cerca de terminar el plazo para entregar el proyecto debidamente sustentado con maquetas y planos que debían exhibirse en el

Colegio Nacional, empezó a correr la voz de que los egresados eran enviados desde la capital para apuntalar la causa colorada en contra de la provincia verde.

—El proyecto empieza a desinflarse —me comentó alarmado el responsable del grupo—. ¿Qué podemos hacer para sostenerlo?

—Si ustedes que son planificadores no lograron sostenerlo —comenté—. ¿Qué podemos hacer los empíricos?

—Pero lo nuestro no tiene nada que ver con los conflictos de ustedes —comentó molesto uno de ellos.

—Tienen razón —respondí—. Pero ustedes estaban advertidos.

Claro que no se distinguía la cabeza de los calumniadores, pero suponíamos de dónde provenía el rumor. Todo eso me hacía pensar que había otros gusanos que se alimentaban del rumor y la zozobra. Hasta que llegó el sábado cinco de agosto que los futuros arquitectos debían entregar su proyecto a la comunidad, pero solo concurrieron los alumnos del Colegio Nacional que tenían asistencia obligatoria.

—¿Dónde están los beneficiarios del proyecto? —preguntó extrañado el delegado de la Universidad al jefe del grupo.

—Ellos son los beneficiarios —dijo el casi arquitecto señalando a los muchachos del Colegio Nacional.

Una semana después, cuando debía reportar mi trabajo al Jefe de Salud, escribí un papelito para entregarle al mayordomo de su hacienda: “Los gusanos empiezan a multiplicarse haciendo de las suyas para desmovilizar a la gente”.

CUARTA PARTE

El Circo de los Payasos

Cuando menos lo esperábamos y su recuerdo pasaba a segundo plano en el Centro de Salud, apareció el doctor Patiño con su esposa, cogidos de la mano.

—¿Qué milagro les trae por aquí? —saludé con los dos.

Ellos se veían tan felices y seguros de sí que advertí una nueva propuesta en sus vidas.

—Me convertí en pastor de almas y vengo con mi esposa porque acaba de firmar un contrato de obstetrix para ésta unidad —se adelantó.

Esa actitud me ahorró muchas preguntas y me limité a sonreír cuando observé que la puerta del nuevo médico/director se abría.

—Disculpen —saludó con los recién llegados—, no pude evitar su conversación, ¿se conocen?

—Claro que sí —respondió el doctor Patiño—, dentro de estas mismas paredes.

—¡Pasen, por favor! —nos invitó a los tres.

—Soy el doctor Patiño —extendió la mano el recién llegado—, y esta es mi esposa que viene a cumplir su contrato de obstetrix.

—Por lo que veo les gusta La Perinola.

—Mucho —sonrió ella—, mi esposo hizo su medicina rural en este Centro de Salud.

—¿Hace qué tiempo? —preguntó el médico/director.

—Dos años antes de que llegue usted —interrumpí.

—Y también... —retomó la señora—, porque soy pariente de Patricio, el Promotor Popular.

—Patricio es gran amigo mío, pero sus ocupaciones le tienen mucho tiempo en la capital —comenté.

—¿Y dónde estuvo todo este tiempo? —retomó el médico/director.

—Combinando la profesión con el ejercicio espiritual en Muisne —aclaró el doctor Patiño, cruzando la pierna y abrazando a su esposa.

—¿Qué tal por allá?

—Inmejorable —respondió.

—¿Quiere decir que piensa regresar?

—Prefiero acompañar a mi esposa siempre que el altísimo no decida lo contrario.

—¿Qué puede ser lo contrario?

—Que nuevamente me pruebe como pastor de su rebaño —enfaticó.

—¿Otra vez?

—Claro que sí —sonrió—. En Muisne era pastor de almas.

—¿Y las almas le creyeron? —se me ocurrió preguntarle, viendo la picardía en sus ojos.

—No es culpa mía si todos me creen —sonrió.

Pero afuera la insatisfacción de los pacientes era notoria y debíamos agilizar la gestión.

—Veo que tienen muchos pacientes —retomó el doctor Patiño, sacando tarjetas del bolsillo para repartirnos—, permítanme promocionar los servicios de mi consulta particular.

El director cogió la tarjeta y empezó a leer en voz alta:

—Clínica del Buen Pastor atiende todo tipo de emergencias.

—¿Atiende regularmente? —pregunté.

—Solo emergencias —murmuró— o cuando otros médicos ya no pueden cubrir la demanda.

—¿Tiene quirófano? —le preguntó el médico/director.

—Lo estamos implementando poco a poco.

Leímos detenidamente el contenido de su tarjeta, pero había algo que nos llamó la atención.

—Aquí no está su dirección —reclamó el odontólogo que se acercaba ese momento.

—La tarjeta es provisional hasta que consiga un local por aquí cerca.

—O sea que quiere ser nuestra competencia —sonrió el director.

—De ninguna manera, doctor —se puso de pie—. Yo tengo mis propios pacientes pero si ustedes ya no se dan abasto... estoy a las órdenes.

—No me explico cómo logra combinar la medicina con el oficio de pastor —retomó el director.

—A veces creo que ya me está pasando la calentura de pastor —se limpió el sudor de la frente—. Ahora quiero dedicarme a la política.

Las molestias de los pacientes siguieron creciendo hasta que se animaron a golpear la puerta del director de manera incómoda.

—¿Desde cuándo empezaría mi esposa? —preguntó el doctor Patiño al despedirse.

—Puede empezar cuando quiera —dijo el director, extendiéndoles su mano.

Yo les acompañé unos cuantos metros y cuando estábamos lejos del Centro de Salud y de toda la gente, el doctor Patiño me preguntó:

—¿Le ha visto a Rubén?

—No aparece por ninguna parte —le comenté—. ¿Quiere adoptarle otra vez?

—Ya no lo necesito porque la abuela cuida de mi niña.

Pasaron los días y el doctor Patiño no dejaba de merodear el Centro de Salud, pero no precisamente por ver a su esposa, sino buscando un lugar estratégico dónde instalar su clínica.

—¿Qué le parece este sitio? —me preguntó, señalando un comedor de mala muerte.

—Pero una clínica debe tener mejor presencia...

—De eso me encargo yo —me respondió muy tranquilo—. Solo quiero que me dé su visto bueno.

Una semana después, el vetusto comedor desapareció, convirtiéndose en una construcción de dos plantas que el mismo doctor dirigía. Poco antes de terminar las paredes, colocó un rótulo enorme: “Próxima inauguración de la Clínica del Buen Pastor”, por un lado, y “Comité de Campaña del Movimiento EME”, por el otro.

—¿Qué mismo es esto? —le pregunté—. ¿Una clínica o comité de campaña política?

—Depende por dónde lo mire —me comentó con la sonrisa de oreja a oreja—. Desde la ventana del Centro de Salud es “Clínica” y desde la carretera “Comité de Campaña del Movimiento EME”.

—Yo me imaginé que usted quería ejercer la medicina, pero ¿a qué se debe su repentino interés por la política?

—Quiero ser diputado de la provincia colorado —respondió enfáticamente—, para eso espero al candidato presidencial naranja que viene en caravana la próxima semana.

El doctor Patiño se ingenió tantas maneras de comprometer simpatizantes para su causa que hasta llegó a poner una pancarta en la carretera que decía: “Atención médica gratuita sábado y domingo en la Clínica del Buen Pastor”.

El siguiente domingo hubo tantos pacientes buscando atención que el doctor Patiño y su esposa no se daban abasto.

—Muchas gracias, doctorcito —dijo la señora de los jugos, saliendo de la consulta—. Tarde o temprano tendrá su recompensa.

—Prefiero temprano que tarde —corrigió el doctor Patiño, poniendo en sus manos una bandera del Movimiento EME—. ¿Podría acompañarnos en la caravana del jueves?

Pero la caravana del jueves llegó a La Perinola con bastante retraso, en medio de un ensordecedor bullicio de propaganda que saluda a la “Heroica población verde de La Perinola”.

Cuando la caravana se ubicó alrededor del Comité de Campaña del doctor Patiño, los simpati-

zantes de la causa colorada daban muestras de malestar por la confusión de los organizadores.

—La Perinola no es jurisdicción de la provincia verde —advertían los simpatizantes colorados.

Los organizadores de la caravana que no conocían del litigio en La Perinola, seguían con su campaña a varias cuadras de distancia. Muchos pacientes movilizados por el doctor Patiño, se sintieron tan ignorados por los bulliciosos que prefirieron arrojar las banderas del movimiento a la basura.

Cuando regresó la camioneta al Comité de Campaña, encontraron que solo esperaban los mismos acompañantes de la caravana y el doctor Patiño, profundamente indignado por el error. El parlante dejó de arengar y solo pasaba música grabada para la campaña. Media hora después, cuando los pocos curiosos que quedaban empezaron a irse, salió el candidato al balcón del doctor Patiño y, visiblemente mareado por los tragos de todo el recorrido, quiso hacerse el simpático para llamar la atención.

—¿Qué quieren muchachos? —preguntó con las manos levantadas como el “Divino Niño”.

Los muchachos que jugaban indorfútbol en una calle cercana abandonaron el partido y corrieron a conocer al personaje. Entonces, el candidato volvió a preguntar:

—¿Qué quieren muchachos?

Los jugadores de fútbol con el torso desnudo, gritaron en coro.

—¡Queremos camisetas!, ¡queremos camisetas!

Muy emocionado por la respuesta, el presidente hizo señas a los asesores para que abrieran un paquete de camisetas.

—Se nos terminaron —respondieron con señas.

El candidato que estaba acostumbrado a repartir camisetas por todos los pueblos que visitaba, se puso en compromisos sin atinar cómo salir del problema.

—Es una lástima —quiso justificar—, las camisetas se han terminado en el trayecto...

Los muchachos que esperaban esas prendas hicieron un desaire y se fueron a seguir jugando. Los pocos adultos que quedaron por un repentino gesto de gratitud al doctor Patiño, abandonaron disimuladamente las banderas en la vereda y se fueron desilusionados.

El doctor Patiño se molestó mucho por los desatinos de sus “coidearios”, pero era demasiado tarde para que la comitiva diera una explicación convincente. Volvieron a subir los instrumentos del ruido a las camionetas y siguieron su camino a otras provincias.

—Por lo que veo —comenté al doctor Patiño—, usted le apuntó al blanco equivocado.

—Acepto que me apresuré —razonó, halándose de los pelos—. Pero no hay mal que por bien no venga.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Deme tres días y le doy una respuesta certera —advirtió.

A partir de ese momento, el doctor Patiño desapareció de su casa, y casualmente esa misma tarde recibí una llamada de parte del Jefe de Salud de Colorado.

—El doctor Cárdenas me pidió que le haga llegar el siguiente mensaje: “Mucho ojo con el doctor Patiño porque es arma de doble filo. Sígale los pasos y me tiene informado si descubre algo que ponga en riesgo la causa colorada”.

Muy cerca de terminar el tercer día y cuando su esposa comenzaba a preocuparse por el repentino abandono, apareció el doctor Patiño como resucitando entre los vivos.

—Un tropezón tiene cualquiera —le dijo a su esposa.

—¿Qué te pasó? —se asustó ella—. ¿Te chocate otra vez?

—Acabo de hacer el negocio de mi vida —se frotaba las manos—. Vengo contactando al partido del prefecto de la provincia verde.

—¿Qué significa eso? —le pidió explicaciones su esposa.

—Que mañana en la tarde vendrán a instalar el rótulo del Comité de Campaña del Partido DIEZ en el balcón de la clínica.

A la mañana siguiente que le encontramos con el odontólogo en la calle y quisimos conversar con él, nos pidió que le siguiéramos al restaurante de Kashimura para darnos “una noticia bomba”.

—Conozco de buena fuente que tarde o temprano La Perinola será parte de la provincia verde —nos aseveró, apenas entramos.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor? —le pregunté extrañado.

—Que debemos apuntar al negocio seguro —dándose la vuelta para mirar por la ventana como escondiéndose de alguien.

Se me ocurrió pensar que buscaba la manera de no encontrarse con el dueño de la gasolinera.

—¿Algún problema con don Mesías? —le preguntó el odontólogo.

—Ni con Mesías ni con Macías —hizo ademanes de calculador—. Aquí hay espacio para todos.

—¿Qué secreto quería confiarnos? —le pregunté.

—Como buen amigo de ustedes... —nos dijo en voz baja—, les invito a que reflexionen y se cambien de camiseta por la provincia verde.

—Nosotros solo estamos de paso —le respondió el odontólogo—. Personalmente, la política es algo que no me interesa.

—Digamos que a mí sí me interesa —me atreví a comentar—. Yo me debo a la causa colorada y no sería digno cambiarme al otro bando.

—No sean tontos, La Perinola es veta de oro puro —insistió el doctor Patiño con ínfulas de poseído—. Piénsenlo bien que están a tiempo.

Esas últimas palabras me parecieron el ultimátum para conservar su amistad, pero preferimos guardar silencio y esperar.

—... o tendremos que vernos desde la otra orilla —sentenció, retirándose a saludar con Mamerto Bey de la junta Proverde que pasaba ese momento.

El asunto parecía demasiado claro, pero el médico/director del Centro de Salud, a quien el doctor Patiño le guardaba gratitud, le preguntó una semana después:

—¿Cómo se explica que un día levante con fervor la bandera colorada y a la vuelta de la esquina se cambie por la verde?

—Nada es eterno —justificó—. Todos tenemos derecho de acomodarnos como mejor nos convenga.

—¿Qué espera de la política de aquí en adelante? —le preguntó el director.

—Por lo pronto, una diputación por la provincia verde —respondió con toda naturalidad—. Luego ya veremos...

Esa misma tarde fui al hospital de Colorado y dejé mi informe con la respuesta que el Jefe de Salud

estaba esperando: “Como usted lo sospechaba, el doctor Patiño es un ave de alto vuelo. Sin embargo, a pesar de la polvareda que levanta su atolondrada campaña, no veo que afecte nuestros intereses porque anda trepándose en sus mismas trampas”.

Su decisión fue tan terminante que no solo colocó el cartel del nuevo comité en su balcón, sino que hizo pintar toda la fachada de su casa con el color de la provincia verde. La campaña terminó y se eligieron las dignidades. El doctor Patiño no fue tomado en cuenta para nada y volvió a pintar su casa de color blanco hasta que su esposa terminara la rural para irse a otra parte.

—No es que me guste el chisme pero dicen que su presencia está poniendo en riesgo los intereses de la provincia verde —me comentaba don Pepín en la puerta de la vulcanizadora.

—¿Quién dice eso? —me sorprendí.

—Comentaban la otra noche en el *Danubio Azul*.

—¿Podría ser más concreto? —me interesé del asunto.

—Eran los muchachos del *Niños Bien*.

—¿Y por qué creen que yo pondría en riesgo los intereses verdes?

—De lo que me acuerdo —siguió don Pepín—, decían que su almacén era solo una pantalla para conspirar.

—Pero ese almacén ya no es mío.

—También creen que los colorados tienen todo fríamente calculado.

—Lo que quisieran decir es que somos de tierra fría —bromeó el profesor Papaganso—, aunque no niego que muchos actúan con sangre fría.

Pero ya no era el momento de especular si los gusanos son de sangre fría o si “se arrastran y esconden bajo tierra” como las actitudes del recaudador Estacio o del mismo hermano de Sara que vivía bajo la sombra de su padre. Más bien era el momento de disfrutar que por fin me estaba sacado de encima a los *Niños Bien*, que hacían lo imposible por tenerme enredado con Sara quien, afortunadamente, ya era harina de otro costal porque andaba de brazo con un viejo del Instituto Agropecuario.

—No estoy dispuesto a ceder un centímetro a los verdes —retomó el profesor Pico que entraba ese momento— y estaré en la trinchera que me pongan.

Nadie discutía que el profesor Pico tenía alma de líder, porque desde que llegó a La Perinola se constituyó en cabeza visible de la causa colorada, a pesar de su figura menuda y el pelo caído como niño malcriado.

Una noche, cuando terminábamos de merendar en el restaurante *Yoshicomo* con el profesor Papaganso, llegó él con su criatura en brazos y se sentó con su esposa a compartir con nosotros.

—Qué bonito murciélago —se le ocurrió bromear al profesor Papaganso.

Pero el profesor Pico, tan despierto como era, siempre tenía respuesta para cualquier broma pesada.

—Prefiero murciélago que hipopótamo —le respondió, recordándonos al hijo gordo que alguna vez nos mostró en una foto el profesor Papaganso.

El bromista reaccionó de tal manera que intentó agredir a Pico, a no ser por mi oportuna intervención que logró sentarlos a prudente distancia el uno del otro. La esposa del profesor Pico, una adolescente muy asustadiza, prefirió agarrar su criatura en brazos y rogarle al esposo que le acompañara a casa.

El pequeño profesor Pico no se comía el cuento de las bromas pesadas, haciéndose respetar de propios y extraños. Claro que a veces se salía del cauce y se arriesgaba demasiado, pero tenía un gran privilegio siendo profesor de la Escuela Piloto. Sobre todo porque era el nexo con los padres de familia, quienes le confiaban para una y otra comisión.

Una mañana que yo pasaba frente a la escuela, escuché el ruido ensordecedor de alguna maquinaria que removía montículos de tierra y me acerqué a preguntar, porque imaginé que se trataba de la ayuda de don Mesías.

—¿Qué hace esta maquinaria en la escuela?

—¿Qué crees? —me contestó con otra pregunta el profesor Pico.

—Creo que están cavando un pozo de agua o descubriendo petróleo —le respondí, para que me diera una respuesta adecuada.

—Van a construir una piscina —se le adelantó la conserje de la escuela.

El profesor Pico se limitó a sonreír.

—¿Por qué te haces el importante y no contestas de buena manera? —le reclamé.

—No me hago el importante —presumió—. Soy importante.

En esos momentos esa actitud beligerante me llegó a la coronilla.

—Oye, ¡pedazo de pendejo! —le dije en voz baja para que no oyeran sus alumnos ni los padres de familia—. Estás perdiendo el horizonte con tus desplantes estúpidos.

Pero el profesor Pico, por primera vez desde que le conocí, cambió de semblante y me pidió disculpas extendiéndome su mano. Yo le di un abrazo como a hijo pródigo, justo el momento que se acerca-ba el profesor Papaganso con su típica ironía.

—¿Por qué no van a abrazarse en otra parte? —nos empujó a los dos—. Están dando mal ejemplo a los niños.

Pasaron los días y el profesor Pico tomó muy en serio la responsabilidad que le había confiado el Municipio Colorado para que vigilara la obra en beneficio de los niños de su escuela.

—¿Cómo ves la obra? —me preguntó, refiriéndose al avance de la excavación—. ¿No te parece una magnífica idea?

—En honor a la verdad... no me parece correcto ser cómplice de un engaño porque La Perinola no tiene agua entubada.

—¿Y en honor a la mentira?

—En honor a la mentira... —respondí—, que la obra genera expectativa para que algún momento proyecten el agua para La Perinola.

—De eso se trata —me respondió el profesor Pico—. Que el Municipio se comprometa a llenar la piscina todas las semanas con sus tanqueros.

Luego se retiró a seguir organizando la logística con los padres de familia. Pero cuando se alejaba, una camioneta de la televisión capitalina se parqueó junto a la escuela y bajaron sus ocupantes.

—¿Usted es profesor de esta escuela? —me preguntó un periodista.

—No lo soy —respondí—, pero adentro hay algunos que le pueden atender.

Enseguida, como si estuvieran buscando una primicia o la quinta pata al gato, llegaron otros periodistas de Radio Provincia verde y el periódico Noroccidente de Colorado.

—¿Dónde está el director de la escuela? —preguntó a gritos el conductor de Radio Provincia verde que entraba atropelladamente para ganarle espacio al Noroccidente.

Los niños y curiosos se arremolinaron alrededor de los vehículos, cámaras y periodistas recién llegados, provocando que los propios dirigentes de la junta Procolorado hicieran su ingreso para que la maquinaria suspenda el ruido de la excavación. Cuando me estaba retirando escuché que me decían:

—¿A dónde crees que vas?

Era el profesor Pico que había logrado evadir a tanto periodista con la ayuda de los padres de familia.

—¿Quién quedó al mando de todo? —le pregunté, sorprendido.

—Que se defiendan los grandes —me contestó—. A veces ser pequeño tiene sus ventajas.

Los periodistas de los medios sensacionalistas empezaron a llegar sin darnos importancia a ninguno de los dos y seguimos caminando al Centro de Salud.

—Ya me imaginaba que esto se venía encima —me comentó en voz baja—, pero es hora que los padres de familia se apropien de lo suyo.

La siguiente noche que merendábamos con el odontólogo y el profesor Pico en el restaurante Yoshicomo, el dueño japonés hizo señas desde el mostrador para que pusiéramos atención a las noticias de la tele. Las cámaras enfocaban la novedad

que había causado la excavación para construir una piscina “sin tubería” en una escuela de La Perinola.

Regresaba de Colorado y me bajé a la altura de Promoción Popular porque se me vino el recuerdo que alguna vez me dijo el Jefe de Salud: “No pierda de vista a Patricio que, con esa facha de proletario bonachón y barbas descuidadas, puede ser el nuevo cerebro de la causa colorada”.

Entré a esa oficina que ni siquiera tenía rótulo por fuera y me encontré con Patricio que preparaba una infinidad de carteles para alguna movilización política que no me supo explicar.

—¿Quién es el artista? —le pregunté.

—Mejor dime qué te parece todo esto —me sonrió, con su pinta de pintor improvisado que lo delataba. Pasé revista de todo y comenté a mi manera.

—Demasiados errores ortográficos, ¿son intencionales?

—De eso se trata —respondió—, porque así se expresa el pueblo.

—¿Pero dónde vas a utilizar esos carteles?

—En un lugar que te comentaré luego —sonrió como niño pícaro—. Uno nunca sabe lo que puede suceder después.

No le di tanta importancia a esos carteles porque sabía que a Patricio le gustaba garabatear en telas

y cartulinas al tiempo que asesoraba a los colonos, sobre todo con gestiones burocráticas en Colorado y la capital. Casualmente, ese momento le visitaba una señora mientras yo pasaba revista a los carteles.

—Déjeme insistir con el abogado —escuché que le decía—. Después me encargaré personalmente de todo.

La señora se despidió muy agradecida y yo me acerqué a conversar con él.

—¿La compañera tiene algún problema de tierras?

—Ella y toda la ribera del río Samaniego —sonrió nuevamente—. Pero el caso ya lo tengo ganado en la capital.

—¿Problemas con la provincia verde?

—No, de manera directa —comentó—, pero sí con los oportunistas que se amparan en cualquier bandera.

—¿Te refieres a don... —no me atreví a pronunciar un nombre.

—Mamerto Bey, el profesor Martillo, don Estacio, en fin... —enumeró Patricio.

—¿Y don Mesías?

—Él se cuida mucho de todo esto —sonrió—, pero conozco de qué pata cojea...

Tan cerebral era Patricio que ni sus amigos estábamos al tanto de los movimientos estratégicos que hacía, a pesar del acercamiento que teníamos por su divertida manera de abordar todos los temas.

Pero el día menos pensado, corrió la voz de que muchas familias marginales se habían tomado la hacienda Miraflores que se extendía desde la carretera hasta el río Samaniego.

—¿Quién está tras de esto? —preguntó doña Mariana, apenas me reconoció cruzando por su vereda.

—Espero averiguarlo pronto —respondí, mientras me alejaba—. Usted sabe que en La Perinola cualquier cosa puede suceder.

Corría presuroso con la intención de averiguar a Patricio, pero me encontré con Alfonso que pasaba agitado en bicicleta.

—¿A dónde va tan de prisa? —le pregunté.

—A ver qué mismo pasa con esas tierras.

—¿Usted sabe quién promueve esto? —pregunté siguiéndole al trote.

—Mucho me temo que es Patricio —respondió casi a gritos porque seguía pedaleando.

Llegué a la oficina de Promoción Popular y no lo encontré por ninguna parte ni los carteles, que tenía colgados como ropa al sol.

—Tuvo que viajar de urgencia a la capital —me informó un asistente que hacía su pasantía esos días.

Busqué al profesor Papaganso y al odontólogo para averiguarles si conocían algo al respecto, pero ellos, al igual que mucha gente de La Perinola, se mostraban alarmados pensando que podían ser traficantes extranjeros.

—Sospecho de dónde viene pero quiero comprobarlo —se le ocurrió al profesor Papaganso, ahondando la incertidumbre.

Después observé al odontólogo que tampoco tenía la más remota idea de lo que estaba sucediendo.

—Vamos a conocer de primera mano —les propuse, acelerando el paso de nuestra caminata.

Avanzamos las pocas cuadras que faltaban para la hacienda Miraflores pero no se observaba algo que pusiera en riesgo a la población. Seguimos por el lindero de la propiedad en dirección al río hasta que, un kilómetro más abajo, nos encontramos con montículos de ramas, improvisados fogones y refugios con pancartas que nos daban idea de lo que estaba pasando.

Tan pronto nos detuvimos a descifrar cada uno de los letreros, el profesor Papaganso soltó una carcajada señalando los carteles con errores ortográficos escritos por Patricio. Por un momento, el odontólogo no entendía qué era lo que provocó la carcajada al profesor Papaganso, pero imaginó que era algo gracioso por lo que también rió como un gesto solidario. Seguimos leyendo por varios minutos hasta que al odontólogo se le ocurrió comentar:

—Estos trazos me parecen conocidos... —y se puso a leer en voz alta—: “Coperativa Nuebo Amanecé”, “Queremos bebida para nuestros hijo”, “Nosotro tamien como pueblos”.

Inesperadamente, el profesor Papaganso se dirigió al odontólogo para explicarle como todo un maestro de primaria.

—Ahí está el pulso artístico de Patricio que trata de camuflar su mensaje en la ortografía defectuosa de los colonos.

Ese momento se me vino la explicación que frecuentaba Patricio: “no importa como se expresa el pueblo, lo que vale es que lo entiendan”.

La noticia de la invasión causó revuelo nacional porque se trataba de una considerable posesión aglutinando miles de familias, tal como se leía en un cartel: “Somo 2 230 familia sin techo ni tierra”.

Al siguiente día llegó la prensa de Colorado, la televisión de la capital y las emisoras de la provincia verde. Todos entrevistaban a las cabezas visibles del movimiento, pero Patricio no aparecía por ninguna parte. La toma de tierras estaba tan bien concebida que no hubo denuncia alguna para que la policía los desalojara. Con el pasar de los días, el movimiento empezó a despertar simpatía en propios y extraños, y cuando las negociaciones con los herederos estaban bastante avanzadas en la capital, aparecieron los diputados de la provincia verde en una camioneta blanca.

—Estamos denunciando a los terratenientes para que el Estado entregue estas tierras sin pago alguno —anunció por megáfono uno de ellos—. ¡Que viva la provincia verde!

Los dirigentes de la toma estaban confundidos buscando con desesperación a Patricio para que les orientara en lo que debían hacer ante estas intromisiones, pero el promotor no aparecía por ninguna parte. Incluso llegaron a la Escuela Piloto y al Centro de Salud preguntando por él.

—No sabemos dónde está Patricio —dijo una señora bastante asustada—. Algunos compañeros ya empiezan a virarse.

Una semana después que todo parecía tan natural en La Perinola, regresamos con el profesor Papaganso y el odontólogo por el mismo sendero que recorrimos ocho días atrás.

—Ya no veo pancartas ni carteles por ninguna parte —opinó el odontólogo.

Pero había muchas mediaguas de bloque al filo de improvisadas calles llenas de monte y guardias con escopetas recorriendo sus predios. Un kilómetro más abajo, encontramos una valla metálica que decía: “Bienvenidos al barrio verde del Nuevo Amanecer”. De Patricio no tuvimos noticia hasta que dos semanas después apareció por la *Casa Blanca*.

—¿Por qué te fuiste sin avisar? —le reclamó la señorita Lila.

—Parece que algo salió mal —comentó a medias—, y mis jefes me llamaron a la capital.

—Mucha gente buscaba tus instrucciones —le reclamé—, hasta que se dejaron llevar por la corriente...

—Entiendo tu preocupación —se agarró la cabeza—, pero parece que finalmente se consiguió algo.

Enseguida se despidió con la urgencia de quien es perseguido y abordó un vehículo de vuelta a la capital. Solo entonces pude escribir el informe para el Jefe de Salud: “Hay inconvenientes por todas partes pero estoy acostumbrado a vivir con ellos. Esta vez, por ejemplo, nos bajaron al promotor y empezamos a cojear”.

A pocos días de las fiestas de La Perinola muchas personas cuestionaban esa celebración por considerarla una fecha arbitraria. Entonces, pensé que Alfonso podía ser la persona que ayude a despejar mis dudas.

—Yo tampoco lo sé —me contestó—, pero doña Mariana nos puede aclarar el panorama.

Como estábamos a pocos pasos de su casa, fuimos a golpear su puerta.

—¡Pasen!, ¡pasen! —nos invitó doña Mariana desde uno de los jardines—. La puerta está sin candado.

Doña Mariana saludó con Alfonso y luego conmigo.

—Salomé no está —me dijo con una sonrisa—. Le dieron un puesto de profesora en San Judas.

Cuando estuvimos cómodos en la sala, abordó el tema que nos animaba.

—La razón de nuestra visita es averiguar sobre la fundación de La Perinola.

—La Perinola nunca se fundó —corrigió doña Mariana—. Cuando llegamos a esta región había casitas de caña desperdigadas de aquí para allá.

—¿Con qué nombre le conocían a este caserío?

—Mmmm, la montaña, la costa o cualquier cosa... —divagó.

—¿Qué significa para usted el 17 de octubre?

—Absolutamente nada —respondió de inmediato—. A lo mejor el cumpleaños de algún viejo verde, no sé.

Nos despedimos de doña Mariana sin una respuesta que aclare la confusión. Lo que sí estaba claro es que una semana antes del 17 de octubre, se elegía a la Reina del Colegio Nacional y con eso arrancaban las fiestas de La Perinola. Esta Reina presidía el pregón hasta que se eligiera a la Reina de Reinas.

Precisamente esos primeros días de octubre, llegó una invitación del Colegio Nacional para que un delegado del Centro de Salud integre el jurado en la elección de la Reina del Colegio.

—¡Tal y Pascual! —me entregó la invitación el director—. Usted nos representará en el evento.

Ese día asistimos los delegados de las instituciones que tenía la provincia colorado en La Perinola: la

Oficina de Promoción Popular, el Colegio Nacional, la Escuela Piloto, el Comité de Padres de Familia del Colegio Nacional, la Junta Promejoras de Colorado y el Centro de Salud.

—Cualquier candidata que gane deberá participar para Reina de La Perinola —nos comentó Patricio que conocía estos menesteres—. Claro que esa elección organiza la Junta verde y nunca permitiría a uno de nosotros como miembro del jurado.

Entonces se me vino la curiosidad de preguntar a Patricio:

—¿Alguna vez ha ganado ese reinado una candidata del Colegio Nacional?

—Siempre que la candidata no provenga de la provincia colorado —me respondió Patricio que se sabía todas.

—Supongo que alguna vez hubo una sorpresa —bromeé.

Patricio movió la cabeza afirmando mientras escribía su voto del jurado. Después retomó la conversación:

—Una ocasión que la elegida daba su agradecimiento, se le ocurrió mencionar a todas las instituciones verdes y coloradas... —se detuvo intencionalmente.

—¿Le quitaron el reinado? —se me ocurrió.

—Efectivamente.

Patricio se concentró nuevamente razonando su voto final y cuando quiso retomar el tema, tuvimos que hacer un alto para disfrutar del griterío de las barras. A las candidatas se les podía apreciar mucho mejor sus esculturales cuerpos, porque ya no llevaban el uniforme.

—...le anularon el reinado porque contrariaba al reglamento de los verdes —concluyó Patricio.

Yo también di mi voto final por alguien que ya ni me acuerdo porque todas eran un deleite a la vista, pero la forma cómo conversaba Patricio volvía apasionante cualquier tema.

La elección a la que asistimos terminó con la felicidad de unos y la resignación de otros cuando la profesora de la Escuela Piloto, en representación del jurado, colocó la banda a la nueva Reina del Colegio Nacional.

—¿Conocen quién es la reina? —nos preguntó Alfonso que salía de entre el público para abandonar el colegio junto a nosotros.

—Claro que sí —le respondió Patricio—. La chica que llora de emoción con la banda puesta.

—Es sobrina de doña Gracia —aceleró Alfonso.

—Nooo —se sorprendió Patricio con una risita nerviosa—. Es una lástima porque hasta aquí nomás llegó esta muchacha.

—¿Quiere decir que tampoco participará para Reina de La Perinola?

—Así de simple —respondió Patricio.

Salíamos del Colegio con Patricio y Alfonso, sin imaginar encontrarme frente a frente con Sara y su novio de sesenta años abrazándose para que yo los viera. En eso, reconocí al ingeniero del proyecto de Agua Potable de San Judas, arrimado junto a la puerta, como si me esperara pero mirando para otro lado.

—¿Qué hace ingeniero? —le pregunté, mientras me despedía de mis compañeros del jurado para saludar con el inesperado personaje.

—Esperando que alguien me invite a las fiestas —respondió, con el mismo gesto agrio que le caracterizaba.

—¿Que le invite quién?

Él se quedó mirándome, pero al darse cuenta de mi determinación hizo intentos por sonreír.

—¿Por qué se fue de San Judas sin despedirse? —preguntó, forzando un tema que no venía al caso.

—Porque los seis meses ya se terminaron —respondí—. Así de simple.

—No me había dado cuenta de eso —hablaba sin pausas como si estuviera leyendo un libreto de corrido.

—Usted llegaba con materiales pero nunca apareció por la oficina —tuve que aclararle porque suponía que algo le interesaba el asunto.

—Me acuerdo perfectamente ese sábado donde doña Potra... —aseveró burlonamente.

—Doña Petra —corregí su expresión malintencionada.

—Lo que sea —se quedó mirándome como un tonto.

—¿Qué podía hacer yo si usted no quería conversar conmigo? —retomé el tema.

El ingeniero no supo qué responder, rumiando su intolerancia con la vista a otro lado. Pero yo le extendí mi mano para despedirme, aunque él no quiso sacar las suyas de los bolsillos.

—¡Quiere invitarme a las fiestas!, ¿sí o no? —gritó el ingeniero.

—Puede venir a las fiestas cuando quiera —le respondí con el mismo tono.

—Pero tiene que presentarme unas peladas... —sonrió, tratando de sorprenderme.

—Tendrá que conseguirse usted mismo porque yo me iré a la capital.

—¿Y las fiestas de La Perinola? —me reclamó muy molesto—. Eso es una irresponsabilidad de su parte.

—Tendrán que festejar en mi ausencia.

El ingeniero cascarrabias se dio media vuelta mordiéndose los labios y abandonó la puerta del colegio sin decirme una palabra.

Esa noche me quedé solo en la *Casa Blanca* porque era viernes y los profesores viajaban a sus pueblos, incluso la señorita Lila que debía asistir a

un curso en la capital. A poco de conciliar el sueño, empecé a escuchar lo que parecía una discusión de esas que abundaban en la cantina del vecino. Después pasaron a las amenazas contra la causa colorada y contra la verde. Luego se escucharon tres disparos al techo de la casa donde yo descansaba. Me asusté porque nunca había oído un disparo tan cerca, enseguida observé el resplandor giratorio de un patrullero que llegaba, en tanto los pistoleros corrían a esconderse en el vecindario, incluso en la *Casa Blanca* donde yo estaba. Apenas el patrullero se fue, uno de los pistoleros hizo su último disparo a mi habitación, perforando el toldo que me protegía de los mosquitos. Ese momento cogí mi almohada y me acosté debajo de la cama hasta el amanecer.

Cuando entré al *Sol de Medianoche*, encontré dos mesas con payasos en ropa de actuación. Se trataba de tres payasos, dos malabaristas y dos domadores del circo.

—¿Ya llegó el circo a La Perinola? —les pregunté.

—Estamos en Colorado desde la semana pasada —respondió el payaso más joven.

—¿Y qué los trae por aquí?

—Buscamos un servicio preferencial para nuestro amigo Coquito —dijo ceremonioso el payaso mayor—. Es por su despedida de soltero.

—Entiendo que buscan a doña Bacha pero tendrán que esperar hasta las diez que llega un refuerzo —sonrió don Quintín.

—No hay problema —respondió el domador—. Esperaremos.

Nunca antes había oído hablar en serio a los payasos de verdad.

—Mientras tanto nos tomaremos un par de cervecitas —dispuso el malabarista un tanto ceremonioso.

Todos estaban asombrosamente serios, incómodamente serios como nunca imaginé.

—Prefiero una cerveza de tarro —dijo Coquito levantando la mano.

—Entonces todos tomaremos cerveza de tarro —completó el payaso mayor.

—Enseguida les atiendo —les dijo don Quintín.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —comentó otro que no alcancé a distinguir por lo serios que estaban.

Salí al parqueadero como que iba a ver si había llegado el “refuerzo”, pero en realidad me interesaba saber en qué llegaron estos personajes que rompían mis esquemas. Se trataba de una buseta de transporte escolar que aguardaba solitaria bajo la sombra del árbol de guayaba.

Cuando regresé, un trapecista se había subido al taburete bajo el televisor.

—¿Podemos prender la tele? —preguntó a don Quintín.

—Claro que sí, ¡adelante!

Mientras yo revisaba las instalaciones del burdel y los observaba por la rendija de la puerta, no podía ocultar mi frustración por la seriedad con la que conversaban uno y otro. “¿Será que los payasos son bastante serios en la vida real?”, me cuestionaba. Hasta que llegó el “refuerzo” en la moto del hijo de doña Bacha.

Los compañeros de Coquito le daban masajes en la espalda, los brazos y las piernas como si estuviera a punto de entrar al cuadrilátero.

—Que pase Coquito —se escuchó a la chica llamándole desde adentro.

Cuando dirigimos nuestras miradas al cuartito del “refuerzo”, descubrimos su pierna desnuda dispuesta para el festejo. Esta actitud llenó de emoción a todos sus acompañantes y las caras serias de hace poco se volvieron a llenar de la energía propia de los payasos.

—Allá voy —gritó Coquito con la misma voz de sus actuaciones.

Nunca supe qué tipo de festejo se improvisó para esta despedida de soltero. Pero al cabo de media hora, cuando los payasos ya se habían bailado como diez bachatas, salió el payaso anonadado para que le llevaran sus compañeros en calidad de bulto.

Una semana después, llegaron seis colombianos a reservar todos los turnos del día.

—¿Tienen otro festejo? —pregunté al asistente de don Quintín que ese momento tomaba la posta.

—No lo sé —se sorprendió.

Pero ellos asintieron sonrientes, metieron la mano al bolsillo y sacaron una nariz de payaso para colocarse al frente de nosotros dos.

—Somos del Circo de los Payasos —respondieron en coro—, y estamos aquí para celebrar nuestra próxima visita a La Perinola.

—Déjenme consultar con don Quintín que es el accionista mayor del negocio.

—¿Consultarle qué? —se sorprendió uno de ellos.

—Del rescate.

—¿Cuál rescate? —insistió.

—Supongo que quieren llevarse a doña Bacha.

—¿Usted cree que seríamos tan estúpidos para pagar todo el boletaje y raptarle?

—En eso tienen razón —se disculpó—. Entonces, ¿cuáles son sus planes?

—Queremos que doña Bacha sea solamente para nosotros como bienvenida al Circo de los Payasos.

—No entiendo —se alzó de hombros.

—No tiene que entender —le explicaron—. Cuando llegue las seis de la tarde seguiremos nuestro camino.

Don Quintín aceptó, ordenando al asistente que cerrara la puerta y pusiera el anuncio: “Pedimos disculpas porque este día está reservado para un festejo”.

Era viernes y llegaba al burdel de don Suárez cuando escuché promocionar al Circo de los Payasos. No le daba importancia hasta que la ruidosa caravana pasó a una cuadra de nosotros con sus caritas pintadas y bramidos de pitos y tambores.

—¿Quieres divertirte a lo grande? —decían por el altavoz de un destartalado automóvil—, no faltes mañana a la última función del Circo de los Payasos.

Los curiosos que aparecían en el camino engrosaban la caravana, celebrando los chistes repetidos del payaso animador.

Su séquito de enanos y ayudantes prácticamente pasaban inadvertidos entre tanto curioso, hasta que el recorrido se detuvo frente al burdel donde los clientes que esperaban su turno y nosotros nos confundimos con la multitud que los aplaudía.

—Tiene su gracia el payaso ese —comenté, mientras doña Bacha se abrazaba con los payasos.

Poco después, la caravana se alejó llevando su algarabía para otra parte. Nadie de nosotros se movió

del sitio donde nos dejaron, como si observándolos a la distancia se prolongara la alegría.

Hasta que después de un momento, la tranquilidad se alteró abruptamente.

—¡La moto! —gritó el hijo de doña Bacha, halándose de los pelos—. ¡Mi moto desapareció del parqueadero!

El lugar donde Bocho, el hijo de doña Bacha, dejaba la moto mientras esperaba a su madre estaba vacío.

—Usted tiene la culpa, mamá —reclamó enojado.

—¿Qué yo tengo la culpa? —se sorprendió doña Bacha—. ¿Por qué?

—Por abandonar su puesto de trabajo en el cuartito —insistió Bocho en medio de la confusión.

—¿No tengo derecho a darle un abrazo al payaso?

—Pero no en medio de la multitud —hizo ademanes desesperados.

—Debe tratarse de una broma —interrumpí a Bocho, llevándole a un ladito.

—Está bien —me dijo un poco más calmado—. Acompañeme a poner la denuncia.

Llegamos al Destacamento de Policía y dimos nuestra versión.

—Acaban de robarme una moto...

—Nombre, dirección, cédula... —le interrumpió el encargado de la máquina de escribir.

Bocho recitó sus respuestas de memoria, al tiempo que buscaba su cédula en el bolsillo para ponerla en la mesa.

—¿Objeto robado? —preguntó sin alzar a ver.

—Una moto rosada...

—¿Rosada? —se extrañó el policía que seguía escribiendo todo lo que oía.

—Raspadita por un accidente —aclaró al escribiente—. En realidad es de color amarillo.

—Acabo de ver al payaso con una moto de esas características... —interrumpió el oficial de guardia.

—¿Al mismo payaso que anuncia el circo?

—Todos son iguales —respondió el policía—. ¿Quiere que lo detenga?

—Usted sabrá lo que hace —comentó Bocho—. La moto desapareció cuando el payaso anunciaba el circo frente al burdel de don Suárez.

—¡Un momento! —detuvo la escritura el policía de la máquina—. Si el payaso anunciaba el circo, ¿cómo pudo llevarse la moto?

—¡Los enanos! —gritó Bocho—. Los enanos acompañaban al payaso entre la multitud.

—No me parece buena idea detener a los enanos —dijo el oficial de policía—. Sería un escándalo en toda la región.

—Prefiero que interroguen al payaso —propuso Bocho—. No olviden que se trata del robo de una moto.

—Eso está por verse —replicó el oficial retomando su autoridad—. Yo no creo que el payaso promocione un espectáculo para distraer a sus víctimas.

Todos tratamos de serenarnos buscando alguna otra salida.

—¿Conoce usted dónde está el circo? —se me ocurrió preguntarle al policía de guardia.

—Desde luego —respondió—. En la cancha de Los Esteros.

—Siendo así —propuse a Bocho—. ¿Por qué no dejamos al payaso que termine su trabajo y lo abordamos en la noche?

Bocho seguía confundido sin atinar qué responder.

—¿Qué le parece si mejor lo vemos mañana? —propuso el policía—. Ellos demoran hasta el domingo en levantar sus carpas. Hicimos un gesto de aceptación y nos retiramos.

Al día siguiente, cuando fuimos a la Policía, nos informaron que el oficial de guardia fue relevado a la provincia verde.

—¿Usted puede acompañarnos a reclamar la moto? —consultamos al nuevo guardia.

—Disculpe —respondió, acomodándose la gorra—. Soy nuevo y estoy de servicio.

Cuando llegamos por nuestra cuenta a la cancha de los Esteros, ya no encontramos al circo ni las carpas que lo acompañaban.

—¿Dónde se fue el circo de los payasos? — preguntamos a los curiosos que también se extrañaban de la inesperada partida.

—Salieron en la madrugada pero nadie sabe a dónde —respondió alguien a quién no logramos identificar.

Muy contrariado regresó Bocho a casa y contó lo sucedido a su madre.

—No te preocupes —dijo doña Bacha—, trabajaré el doble para comprarte otra moto.

Todo parecía ser un robo cualquiera y nos aprestábamos a poner anuncios de recompensa por todas partes, cuando recibimos la respuesta antes de escribir los carteles.

“Tenemos la moto pero negociaremos con doña Bacha en la cancha de Los Esteros”, decía un cartel pegado en el guayabo por donde pasábamos al burdel. Bocho se puso feliz porque al menos había la posibilidad de recuperar su moto: “¿Será verdad o una payasada?”, me preguntaba a mí mismo.

—Yo creo que quieren plata —concluyó Bocho, un tanto animado.

—Puede ser —acepté—, pero al menos escribamos nuestra posición.

—¿Cuánto quieren de rescate por la moto? — pegamos junto al otro mensaje.

Tan pronto amaneció el nuevo día, salimos a buscar la respuesta en el mismo guayabo de antes.

“Parece que ustedes no quieren entender —decía el nuevo cartel—. “Quédense con el manuscrito que nosotros buscamos negociar con doña Bacha”.

Nos quedamos preocupados por el ultimátum de los payasos y escribimos por última vez: “De acuerdo. Doña Bacha estará a las seis de la tarde”.

El nuevo anuncio pasó dos días y sus noches sin tener respuesta, hasta que al tercer día encontré otro cartel: “Preferimos hoy en la cancha de Los Esteros”, confirmaba el mensaje garabateado en un carton.

Acudimos con doña Bacha a la cancha de Los Esteros, confundiéndonos entre la multitud que observaba un partido de fútbol, pero no había indicios que nos hicieran sospechar de una presencia extraña.

—¿Les interesaría una moto de segunda? — escuchamos como susurro detrás de nosotros.

Regresamos a ver entre la multitud y distinguimos un individuo con careta de payaso que se mostraba indiferente a las emociones del juego. Se trataba de una persona que miraba fijamente todos nuestros movimientos.

—¡Vamos! —hizo señas que lo siguiéramos.

Más allá se detuvo sin quitarse la careta.

—A partir de aquí, nos acompañará la señora —condicionó—. Ustedes no deben moverse de este lugar.

El misterioso personaje siguió su camino escoltando a doña Bacha hasta que se perdieron en la otra

esquina. Después se escuchó el rugir de una moto que salía en estampida con doña Bacha en el asiento de atrás.

—¡Secuestraron a doña Bacha! —grité, pero Bocho parecía más preocupado de la moto que de su madre.

—Ojalá mi madre logre descubrir dónde esconden mi moto —susurró.

—¿Qué le parece si avisamos a don Mesías? —le propuse—. A lo mejor matamos dos pájaros de un tiro.

—Prefiero esperar —respondió.

Unos días después escuché por Radio Litoral que informaban: “El Circo de los Payasos termina su temporada en Colorado y mañana empieza su gira por el extranjero”. Ese momento salí en busca de Bocho para preguntarle si conocía que el Circo de los Payasos estaba en Colorado. Él dejó de aceitar una moto prestada y se interesó del asunto.

—¿Quién le dio esa noticia?

—Escuché en Radio Litoral —respondí.

Bocho puso a un lado las herramientas y sacó de prisa la moto prestada.

—Suba —me invitó—, antes de que el agua se ensucie.

Montamos la moto recién arreglada y salimos para Colorado. Dimos algunas vueltas averiguando dónde estaba el circo hasta que llegamos a la enor-

me planada donde se había instalado el campamento. Bocho se bajó de la moto para que yo la parqueara.

—¿Podemos ver a doña Bacha? —preguntó al payaso que ayudaba en boletería.

—Ya le llamo —respondió amablemente—. Esperen un momentito.

Pero en vez de doña Bacha, apareció un domador de aspecto recio que se puso al frente con los brazos cruzados como si fuera el mago de la lámpara.

—Sabemos que tienen la moto y a mi madre —aseveró Bocho sin ningún temor—. Quiero que me devuelvan inmediatamente.

—¿La moto o la señora? —preguntó el domador que parecía dueño del circo.

—¡Las dos! —dijo Bocho.

—De ninguna manera —se molestó el domador—. ¿Vienen por la moto o la señora?

Bocho se rascó la cabeza sin pronunciarse.

—Primero recuperemos a su mamá —le aconsejé a Bocho llevándole a un ladito—, la moto tarde o temprano nos conseguiremos.

—Voy a ponerles más fácil —dijo el domador—, les dejo solos por cinco minutos para que decidan.

Nos quedamos viéndonos las caras sin saber qué se traía entre manos el domador. Luego nos dimos las vueltas buscando cómo actuar en estos casos hasta que escuchamos el frenazo de un 4x4 a la altura de la carpa principal.

—¿Por qué no me contaron lo que había sucedido? —reclamó don Mesías, visiblemente disgustado.

Pero antes que le pusiéramos al tanto de todo salió el domador con látigo en mano y nos interrumpió.

—¿Ya decidieron qué les conviene?

Bocho y yo salimos corriendo porque creíamos que venía a domarnos, pero don Mesías se interpuso entre el personaje y nosotros.

—¿Cuánto quiere de rescate? —preguntó don Mesías al domador.

El personaje del circo sonrió, invitándole a negociar dentro de una carpa. Los dos se encerraron por un momento y luego salió don Mesías completamente relajado.

—Estuvo más fácil de lo que imaginaba —sonrió—, ya traen a doña Bacha para llevarle a su casa.

—¿Y mi moto? —se asustó Bocho.

—Pueden retirarla después de media hora.

Salimos a dar una vuelta hasta que pasaran los minutos y en eso sentimos que alguien se aproximaba.

—Disculpe, inspector —dijo Fresita con su clásica sonrisa—. ¿Cómo va con la búsqueda?

—¿De la moto o doña Bacha?

—De eso estoy al tanto de todo —aseveró—. Del gussss...

—Desde luego —estreché su mano—. Le cuento que empecé a tomar en serio el tema del gusanito...

—Me parece bien —dejó de sonreír—. Sobre todo si lo hace con discreción.

Ese día salimos con Alfonso, el profesor Pico, el médico y don Pepín a dar una vuelta.

—Parece que se desató la fiebre verde —comentó don Pepín, mirando las paredes de la calle principal pintadas de ese color.

—Puede tratarse de algún efecto publicitario —trató de buscar explicación Alfonso—. ¿Qué les parece si preguntamos a doña Violeta?

Aceleramos el paso hasta llegar a su ferretería donde anunciaban una promoción de pintura desde la semana pasada.

—¿Qué colores están de promoción, doña Violeta? —preguntó Alfonso.

—Estaba el verde pero acaban de comprarme todo —respondió ella—. ¿Le interesa alguno en especial?

—No me diga que los Perinoleños se volvieron afanosos por pintar —bromeó Alfonso.

—Los Perinoleños, no —aclaró doña Violeta—, pero el Consejo Provincial verde reservó toda la bodega.

—¿De manera que el consejo facilita pintura y los dueños de casa pintan por su cuenta?

—Les cobran por partes —aclaró.

No era una exageración ni tampoco se trataba de fachadas pintarrajeadas con el color verde, al contrario, era un trabajo bien dirigido como preparando el ambiente para algún evento importante.

—Lo que pasa es que el Consejo Provincial viene preparando el Desfile del Orgullo Verde —aclaró ella.

—Eso lo explica todo —agradecí a doña Violeta y nos retiramos.

—Yo sigo pensando que aquí hay gato encerrado —opinó el profesor Papaganso— o doña Violeta tenía tanta pintura verde en la bodega que se le ocurrió ponerla a mitad de precio.

—Todo está clarísimo —sentenció don Pepín—. ¿No se han dado cuenta que se trata del color de la provincia contraria?

—Desde luego —respondió el profesor Pico—. ¿Y por qué no pintamos nosotros también la Escuela Piloto de rojo, al Colegio Nacional de rojo, al Centro de Salud de rojo, a la villa de doña Mariana...?

—¿Quién financiaría la pintura para la Escuela y el Colegio? —nos preguntó Alfonso.

Todos nos quedamos callados hasta que el médico/director empezó a impacientarse:

—¿Por qué no piensan en algo más imaginativo?

—De acuerdo —respondió el profesor Pico—. Pongamos el rojo encima del verde para que no se identifique a los unos ni a los otros.

—Un momentito —interrumpió el médico/director—. No estoy de acuerdo que se manchen las paredes así porque sería una provocación.

—En eso tiene razón —dijo Alfonso—. Las autoridades de Colorado deberían ingeniar algo mejor que despierte simpatía en La Perinola.

—Propongo que busquemos al Jefe de Salud... —empezaba yo a decir, cuando fui interrumpido por el médico/director.

—No les recomiendo porque ese viejito está medio loco...

—¿Cómo? —me sorprendí.

—Digamos que confunde la realidad con la fantasía —aclaró.

Yo no estaba de acuerdo con esa apreciación pero, en todo caso, ese no era el tema de discusión.

—Busquemos otra salida a todo esto porque la provincia verde está tomando la delantera.

—¿Quién está dirigiendo la reunión? —preguntó el médico/director que pocas veces se interesaba en estos temas—, quiero proponer que denunciemos la artimaña de la pintura en los medios de comunicación.

—Es bueno el interés que le pone, doctor, pero le recuerdo que La Perinola es una zona no delimitada... —aclaró el profesor Pico.

—Entonces —aceptó el médico—, que se forme una comisión para hablar en el Congreso con los diputados de la provincia colorado.

—Prefiero retomar las gestiones —propuso el profesor Pico un poco más calmado—. Iremos a conversar con el alcalde de Colorado.

—Yo iré con el profesor Pico —me ofrecí poniéndome a su lado—. ¿Alguien más?

Pocos quisieron acompañarnos, pero cuando llegamos al despacho del alcalde nos negaron el paso porque no teníamos cita. Y cuando estábamos a punto de retirarnos, salió de casualidad el alcalde y saludó con el profesor Pico con quien se había conocido en alguna parte.

—¿Podemos conversar un ratito? —le preguntó el profe.

El alcalde accedió de buena manera y nos invitó a sentarnos en ese mismo lugar.

—¿Qué novedad tenemos en La Perinola? —nos preguntó, porque se notaba que estaba saliendo con cierta prisa.

—Están pintando de verde las paredes —fue al grano el profesor Pico.

—¿Las paredes de quién? —se extrañó.

—De todas las propiedades de la calle principal —le aclaré yo.

—Si se trata de sus propias casas... están en su derecho —respondió el alcalde, haciendo tronar sus dedos como quien quiere dar por terminada esa reunión informal.

—Creo que nos equivocamos de lugar —dijo el profesor Pico y nos dispusimos a salir—. Creí que las autoridades de Colorado nos darían algún apoyo.

El alcalde elevó los hombros sin encontrar respuesta y se puso de pie.

—¿Qué puede hacer el alcalde frente a esto? —se preguntó, arreglándose la guayabera frente al espejo municipal.

A medio día del siguiente jueves empezaron a llegar los juegos mecánicos provocando que la gente se movilice como bandada de golondrinas a la cancha de Los Esteros. Había tanta algarabía que el médico/director, el odontólogo y yo observábamos desde el Centro de Salud a la caravana de fierros multicolores, cuando apareció el profesor Pico en la camioneta de su suegro.

—Vamos a ver de qué se trata —nos animó.

Trepamos a la camioneta y nos dejamos llevar por la novedad hasta desembocar en ese derroche de luces y colores que iluminaban los armatostes a medio ensamblar ante la alegría de chicos y grandes.

—¿Cuándo empieza la función? —le pregunté al moreno de cuerpo atlético que manipulaba una viga con otros compañeros.

—Mañana en la tarde —respondió, sin descuidar la agilidad del trabajo.

Esa locura había movilizado a todo tipo de comerciantes que ya se instalaban con sus negocios bajo los reflectores de los mismos juegos, pero consideramos que era suficiente tanta curiosidad y nos dispusimos regresar al Centro de Salud.

—¿Cuándo es el Desfile de la Perinoleñidad?
—me preguntó el médico/director que no estaba al tanto de los festejos.

—Ni idea —respondí al igual que el odontólogo.

Pero justo el momento que salíamos del atolladero, reconocimos a don Pepín que observaba al punto más elevado de la rueda moscovita.

—¡Don Pepín! —se bajó el odontólogo para agarrarle del brazo—, cuidado le cae una canasta encima.

Don Pepín, que en verdad había estado distraído, se asustó al volver a la realidad y subió a la camioneta.

—¡Doctores! —exclamó, sin atinar a decir algo más amigable.

—¿Para cuándo es el desfile, don Pepín? —le preguntó el médico/director.

—Parece que este domingo —dudó.

—¿Nos va a invitar? —se le ocurrió preguntar al odontólogo.

—Eso depende... —contestó don Pepín, como queriendo condicionar su respuesta.

—¿Depende de qué?

—De un par de cervecitas —sonrió don Pepín, con su infaltable cigarrillo en la boca.

Entramos al *Danubio Azul* y una preciosa criatura de pantalón cortito y gran descote nos acompañó a la mesa del fondo, que estaba desocupada.

—¡Qué bonito ejemplar! —suspiró el odontólogo sin que ella escuchara.

—¿Qué van a tomar mis leones?

—Cuatro cervezas —señaló con los dedos don Pepín.

Todos miraban con ojos golositos a la nueva dependiente, hasta que ella tropezó en una de las sillas y por poco vira el charol de cerveza sobre nuestras cabezas.

—¡Uuuuy, qué vergüenza! —exclamó ella, retomando el equilibrio.

Los babosos de las mesas vecinas daban muestras de simpatía, acercándose a sostener su cintura cuando todo había pasado. Con las cervezas en la mesa y la tentación fuera de nuestro alcance, servimos los cuatro vasos hasta la mitad.

—Ahora sí... —levantó el vaso don Pepín para que nosotros hiciéramos lo mismo—, quedan todos invitados al Desfile de la Perinoleñidad.

Pero el siguiente día que era viernes, llegó la ambulancia de Colorado sin hacer sonar la sirena y se bajó el chofer con un sobre en la mano.

—Esto es para usted —me entregó, sin darme explicaciones de lo que se trataba y se fue de inmediato.

Abrí el sobre y leí su contenido: “Esta jefatura dispone que se acerque al hospital Colorado el día de mañana a partir de las ocho para que reciba capacitación hasta el domingo por la tarde. Atento, doctor Cárdenas”.

—Eso quiere decir que el domingo del desfile no estaré aquí por orden superior —le participé la carta al médico/director que ese momento se acercaba.

—Pero eso le conviene, ¿no?

—Sinceramente no me atraen estas fiestas —le aclaré—, solo los preparativos del circo y otros juegos más.

—No me diga que otra vez viene el circo de los secuestradores...

—No —respondí tajante—. Este circo tiene más atractivos.

Ese momento escuchamos un altavoz que anunciaba el Circo Azul para esa misma noche. Todo el personal del Centro de Salud salió a disfrutar el paso de los jinetes malabaristas.

—No queda más —le dije al odontólogo—, tenemos que ir a la primera función.

El odontólogo, que ya conocía la disposición de Colorado, aceptó de mala gana asistir a la primera función conmigo. Esa tarde adelanté mi trabajo

del fin de semana, hasta que llegó la noche con más algarabía que de costumbre porque se aproximaban las fiestas del pueblo.

—Anímese para irnos a la primera función— traté de cambiar la incertidumbre del odontólogo—. Dicen que está buenísimo.

—¿Por qué no le invitamos al médico/director? —me sugirió.

—Siempre que acepte asistir a la primera función...

—Le cuento que don Pepín también puede asistir más tarde —me hizo notar el odontólogo—. Mejor vámonos todos a la última función.

—Siento mucho pero no puedo esperar —insistí—. Si usted no quiere entrar conmigo a la primera función, me voy solo.

Ese momento se acercó el médico/director que no sabía en qué lío estábamos y nos propuso.

—¿Qué les parece si vamos al circo esta noche?

—Encantado —reaccioné—, siempre que sea a la primera función.

—Nooo —se negó—. Tiene que ser a la última porque mi familia llega más tarde.

—Lo siento —le dije—, tengo que madrugar a la capital y me iré con el odontólogo.

La primera noche del circo fue una locura. En la misma cancha de Los Esteros donde los juegos

mecánicos daban sus últimos toques, los curiosos hacían una fila para varones y otra para mujeres.

—¿Y dónde hacemos fila los del otro equipo?

—preguntó Fresita tomado de la mano con otro personaje a quien nunca habíamos visto.

—Hagan otra fila en el medio —les sugirió algún comedido.

Los dos se quedaron en la mitad recibiendo piropos de mucha gente, hasta que la fila de varones avanzó y les perdimos de vista. Pero a pocos pasos de la boletería observamos que el circo estaba completamente lleno, aunque el público seguía engrosando las filas entre bachatas, algodón de azúcar y manzanas acarameladas.

—¿Para las siete o las nueve de la noche? —me preguntó la boleterera.

—Para la primera función.

Entramos a la carpa y tuvimos que ver todo de pie junto a un improvisado locutor que fingía transmitir el espectáculo.

—La función ha empezado con un trapecista que nos tiene bocarriba de un lado para el otro — simulaba el micrófono con una cuchara—. Ahora sale el payaso con un cuadrúpedo disfrazado de tigre, lo deja en el escenario para dispararle con el dedo y que se haga el muerto. El payaso se acerca y le saca el disfraz para que todos le aplaudan.

—¡Shhhhh shhhhhh shhhhhh! —se escuchó de muchos asientos.

A ese llamado de atención se sumaron otros, hasta que el locutor improvisado dejó de comentar con la cuchara y se retiró. Únicamente así pudimos ver el show de los trapeceistas que nos ponían los pelos de punta. Pero luego salió otro payaso con peluca azul a participar con el público de su propio sainete.

Yo disfrutaba del espectáculo hasta que el payaso se quedó mirándome y tuve que salir corriendo para que no me invitara a hacer el ridículo.

—Acabo de acordarme que debo madrugar — comenté a mi compañero—. Ya habrá oportunidad de mirar todo el show con tranquilidad.

—Pero ya mismo sale la bailarina —quiso disuadirme el odontólogo—. ¿Por qué no esperamos un poquito más?

No había lugar para explicaciones y seguimos saliendo entre tanta gente que disfrutaba de pie. Afuera, gran cantidad de curiosos esperaba la siguiente función para ganar los mejores puestos.

—¿Ya se terminó? —nos preguntó una señora impaciente.

—Todavía tienen para largo.

Apenas llegué a mi habitación de la *Casa Blanca*, puse el despertador a las cinco de la mañana y me dormí con sobresaltos por temor a pasarme de la hora. Hasta que sonó el ¡riiiiiin! y salté de la cama para viajar.

Cuando regresé a La Perinola, la fiesta era solo un recuerdo.

—¿Por qué no se quedó al desfile? —me preguntó Sonia—. Estuvo muy colorido.

—¿Colorido? —me sorprendí, porque me recordaba los gusanitos multicolores—. ¿Cuáles colores?

—Los colores del arcoíris —intervino Alfonso para aligerar las cosas.

No fue necesario que me informaran los pormenores porque fácilmente podía imaginarlo con los destrozos en la Escuela Piloto, paredes pintarrajeadas y pancartas destruidas en las calles por donde había pasado el desfile.

Días después que las lluvias hicieron su parte con las calles llenas de basura, fui al burdel de don Suárez y me topé con novedades.

—El inspector de la provincia verde esta buscándole con tres municipales —me informó doña Concha, como si le preocupara el asunto.

—Gracias, doña Concha —le dije—. Estaré pendiente de todo.

Lo cierto es que tarde o temprano las autoridades verdes intentarían amedrentarme de cualquier manera, hasta que el sábado cuando llegué nuevamente al burdel me esperaba otra vez doña Concha.

—Por aquí tengo un papelito que dejó don Armando —advirtió, mientras se retiraba a su cuarto en busca del mensaje.

El papelito decía: “Está jugando con fuego si sigue fastidiando en La Perinola. Le aconsejo que se vaya porque no respondemos de lo que podría pasar”.

Agradecí el detalle a doña Concha, revisé su carnet profiláctico, los implementos de protección y salí. Luego pasé al cuartito donde siempre estaba doña Bacha y, como todavía no llegaba la ocupante del tercero, me regresé al Centro de Salud leyendo una y otra vez ese mensaje.

—¿Por qué se perdió las fiestas? —me interrumpió una voz conocida cuando cruzaba la calle principal. Era Arturo que se acercaba a saludarme.

—Un contratiempo cualquiera —le respondí, con la intención de cambiar de tema.

—Mi vecina Sarita preguntaba por usted.

—¿Y el mayor con el que anda de brazo? —pregunté.

—Eso es solo un pasatiempo porque usted es su verdadero amor.

—¿Y qué le dijo usted? —sonreí.

—Que le llamaron sus jefes de la capital.

Ese momento pasaba el papá de Arturo manejando un camioncito y le llamó que le acompañara. Él se despidió atolondradamente, pero se dio modos por preguntarme:

—¿Qué le digo a Sarita?

—Que ya mismo paso por su casa —respondí a gritos.

Al siguiente día llegué al hospital de Colorado para dejar mi reporte en la oficina del Jefe de Salud, pero el momento que me disponía cruzar el umbral de la Jefatura su asistente se interpuso.

—El doctor Cárdenas ya no viene a trabajar — me dijo, sin darme explicación alguna.

—¿Esta enfermito?

—Puso la renuncia y se fue —respondió.

—¿A Europa donde sus hijos?

—No lo sé —escuché que me respondía sin darme la cara.

No recuerdo si me despedí de la asistente pero me sorprendió la inesperada renuncia del Jefe de Salud porque eso podía ser un mal presagio. Entonces tuve que llamar al Ministerio para que me dieran luces.

—¡Aló! —contestó el Jefe de Personal del otro lado de la línea—. ¿Qué se cuenta inspector?

—Con la incertidumbre...

—¿Con la mujer de quién? —me contestó.

—Acabo de enterarme que el doctor Cárdenas puso la renuncia... —quise oír su reacción.

—Ya era hora de que se jubile y disfrute en el extranjero.

—¿O sea que me quedé sin padrino?

—Usted está grandecito para defenderse solo —me recriminó de manera innecesaria.

Parecía que la llamada al Ministerio resultó infructuosa para la expectativa que tenía. Colgué el teléfono y empecé a juntar cabos sueltos. “Por lo que veo, el tema del gusano debe quedar en suspenso hasta nueva orden”, me convencí “pero ¿qué pudo haber provocado esa ruptura en una persona obsesiva como el doctor Cárdenas?, ¿será que la bandera colorada está perdida o debemos dilatarla?”.

Pero, sea lo que sea, el bichito de la curiosidad por identificar al gusano seguiría hasta el final. Media hora después llegué a la Escuela Piloto con la preocupación en la cara.

—¿Qué te pasa Tal y Pascual? —me recibió el profesor Papaganso—. Te estoy esperando para contactarte la última...

—La última, ¿de qué?

—Del doctor Cárdenas —enfaticó—, ¿ya te enteraste?

—Creo que sí —respondí inmediatamente—, que renunció para acogerse a la jubilación.

—Eso es lo que dicen —comentó el profesor Papaganso.

—Algo me huele mal —murmuré.

—Deben ser tus zapatos.

—Déjate de pendejadas que esto puede ser muy serio.

—Que el doctor Cárdenas se quede o se vaya debe importar un pepino a los simpatizantes de la causa verde —comentó el profesor Papaganso.

—Al contrario —opiné—. Yo creo que para ellos será como quitarse una piedra del zapato.

—Pero no creas que la piedra en el zapato es el doctor Cárdenas...no, no.

—¿Entonces?

—El inspector de La Perinola —me dijo—. Tú eres la piedra en el zapato.

Sentí como que un toro estuviera a punto de embestirme pero sin saber por dónde y ese preciso momento entró Alfonso a participar de la conversación que había escuchado en su última parte.

—Mucho me temo que este conflicto tome un giro inesperado —empezó comentando.

—¿Qué giro podría ser?

—Explorar algún recurso más contundente —enfaticó.

—¿Más contundente que aseverar que La Perinola ya es jurisdicción de la provincia verde?

—Más estratégico, diría yo.

Días después, en el burdel de don Quintín, una mujer de unos treinta años a quien había visto pocas veces porque rotaba en toda la región, se resistió a presentar el carnet entregándome una carta que decía: “Siga molestando a mis mujeres, y yo mismo me encargaré que el comisario lo lleve preso”.

Tomé un esferográfico y escribí al pie de la misma carta. “Anónimo amigo: ¿Podría dar la cara para demostrarle sus errores?”.

Pasaron los días de la siguiente semana, incluso sábado y domingo de burdel y, sospechosamente, el hostigamiento de los verdes parecía haberse transformado en una prolongada tregua. Hasta que una tarde de viernes que esperaba transporte para irme a Colorado, un automóvil desconocido se detuvo y me preguntó por el Inspector de Colorado.

—Soy el inspector de Salud —me presenté, imaginando que se trataba de alguna denuncia que yo podía atender.

Un individuo gordo de gafas oscuras se acercó con un papel en sus manos y me entregó. Era una notificación que decía: “Boleta de detención para el inspector de Colorado por afectar los intereses de la provincia verde. (f) Comisario de Salud”.

—¿Cuáles intereses? —le pregunté con la boleta en la mano.

—Adentro le explicará mi jefe que está al volante —respondió el individuo para salir del paso.

Ese momento llegó Bocho con otro amigo en la moto y se acercaron a protestar, pero los individuos me empujaron al interior para arrancar velozmente con dirección a la provincia verde, ante la desesperación de los muchachos que prendieron su moto y nos siguieron.

—No tiene de qué preocuparse —intentaron tranquilizarme—, solo se trata de una entrevista con el Comisario.

Yo hacía señas a los de la moto de que no pasaba nada para que regresaran a La Perinola sin mí, pero mientras avanzábamos en el vehículo vi que ellos se retrasaban ante la velocidad de los captores. Hasta que a la altura de Platanal, el vehículo curvó abruptamente para detenerse al pie del Destacamento de Policía.

—Tenemos que desviarnos porque sus amigos pueden cometer alguna torpeza —dijo el chofer para justificar su inesperada reacción.

Minutos después, vimos pasar a la moto con dirección a la Costa. Entre tanto, los captores conversaban cualquier cosa y me tomaban en cuenta en sus bromas como si no pasara nada. Sería como las ocho de la noche cuando retomamos el viaje a la provincia verde, supuestamente porque cualquier explicación me daría el Comisario para luego devolverme a La Perinola.

—Esto es un atropello —insistía yo, a pesar de mantenerme tranquilo.

—Solo cumplimos órdenes —seguía repitiendo el guardaespaldas cada vez que yo reclamaba algo.

Como a las nueve de la noche, los captores prefirieron encargarme en el Destacamento de Policía de Canandé para supuestamente retomar el viaje al

siguiente día. Cuando el vehículo se detuvo, el par de individuos de mi custodia se bajaron y yo pensaba hacer lo mismo pero el chofer me cogió del brazo.

—Quédese donde está —me advirtió—, están en batida y debemos esperar que se tranquilicen los ánimos para que usted salga.

Pasaron quince minutos hasta que los policías lograron encerrar a unas mujeres gritonas en algún lugar del Destacamento. Solo entonces mis captores decidieron invitarme a salir.

—Pueden pasar —dijo el oficial de guardia—, ya pusimos bajo llave a los contraventores.

Uno de los captores se adelantó y el otro se puso a un lado para dejarme pasar donde el oficial de turno que registraba los ingresos.

—¿Motivo de la detención? —preguntó sin alzar a ver.

—No lo sé —respondí, señalando a mis captores que se hacían los bobos—. Ellos deben saber por qué.

—Tome asiento —me invitó el policía mientras ellos se retiraban.

El policía del escritorio anotó algo en su libro pero seguían llegando otros detenidos, prostitutas y homosexuales a quienes registraban nombre, causa de detención y otros datos más.

—Me disculpa un momentito —dijo el policía, dando paso a los recién llegados.

Pasada la medianoche, cuando el ajetreo del fin de semana bajaba de tono y me había leído toda la cartelera del Destacamento, el uniformado de recepción me llamó.

—No sé si se acuerde —sonrió—, yo tomé la denuncia de la moto robada en La Perinola, ¿la encontraron?

—¡Ah, sí, sí!

—¿Si la encontraron?

—Fue un confuso incidente que no condujo a nada.

—Usted comprenderá... —trató de explicar su tarea—, me encargaron a usted en calidad de detenido y debo ingresarle...

—No se preocupe —le dije—. Puede seguir su trabajo.

—¿Cuál es su nombre?

—Tal y Pascual —respondí—, Inspector de Salud de La Perinola.

—¿Cómo? —se sorprendió.

—Tal y Pascual —repetí—. Ese es mi nombre de pila.

—¿No me diga que usted es pariente del capitán Tal y Cuál?

—¿Como así me pregunta eso? —respondí extrañado con otra pregunta.

—Porque se parece mucho a él —sonrió amablemente—. Al capitán Tal y Cuál lo recordamos con gratitud en la Policía.

—El capitán Tal y Cuál es mi tío —tuve que confesarle porque me parecía oportuno.

El oficial cogió el teléfono y marcó un número.

—Espéreme un ratito que voy a pedir la celda de los choferes —se ofreció voluntariamente, tapan-do el auricular con la mano.

—Señor Secretario General —saludó amigable-mente—, estoy con un amigo que no tiene dónde pasar la noche...

El policía hizo alguna que otra broma con el Secretario del Sindicato de Choferes y colgó el telé-fono.

—Todo está arreglado —extendió la mano como que me hubiera conseguido empleo—. Usted pasará la noche en la celda de los choferes para que mañana siga su camino.

—Gracias por su gestión —le apreté la mano.

—Es lo menos que puedo hacer por un familiar de mi capitán... —hizo venia con una sonrisa—. Puede acomodarse como mejor le parezca.

Enseguida un policía de guardia me pidió que le acompañara y pasamos frente a las celdas con dete-nidos agresivos y borrachos que no dejaban de gritar, hasta que nos acercamos a la cárcel de choferes tras la vivienda de los oficiales.

—¿Quién ocupa esa villa? —le pregunté al policía que me acompañaba.

—Mi coronel —respondió en voz baja, como que se cuidaba de ser escuchado por sus jefes.

Luego llegamos a una construcción de una sola planta, baño, una puerta de rejas, una gran ventana también de rejas y sin un solo vidrio.

—Aquí tiene algunos periódicos —me recomendó, arrumando con la bota algunas secciones sueltas que rodaban por el piso.

Después salió el policía y puso candado a la puerta para guardarse las llaves al bolsillo.

—Que sueñe con los angelitos —me dijo, al momento que se alejaba.

Había como cincuenta centímetros de periódicos arrumados uno sobre otro porque los contraventores hacían almohada y colchón con ellos. Yo también arreglé mi propio colchón y almohada con periódicos para tratar de dormir, pero en la madrugada entraba mucho frío por la puerta de rejas. Entonces me puse de pie para imaginar alguna solución que contrarrestara la baja temperatura pero lo único que se me ocurrió fue desarmar los periódicos de la almohada para tejer cortinas entre reja y reja de la puerta y ventanas.

Mientras estiraba periódicos para colocarlos adecuadamente, mis manos tropezaron con el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Lo revisé con curiosidad hasta encontrarme con un párrafo que siempre me llamó la atención.

“—¿Podrías decirme qué camino debo seguir para salir de aquí? —preguntó Alicia al gato.

—Eso depende del sitio al que quieras llegar —respondió.

—No me importa mucho el sitio... —aclaró Alicia.

—Entonces —dijo el gato—, tampoco importa el camino que tomes.

—Solo quiero llegar a cualquier parte...

—Claro que llegarás a cualquier parte —aseguró el gato—, si caminas lo suficiente”.

Arranqué la hoja y me guarde al bolsillo para intentar dormir como ovillo sobre los escasos periódicos que sobraban. Esa madrugada que añoraba una salida a mi crisis existencial, el gato se introdujo en mi sueño y, antes de que le hiciera la misma pregunta de Alicia, se adelantó respondiéndome:

—Pero eso depende a donde quieras ir.

—Bien sabes que estoy preso y lo único que me interesa es salir a la calle —le aclaré.

—Lo que en realidad andas buscando es descubrir el misterio del gusano —me sorprendió—. ¿No es así?

Por un momento quedé en silencio pero luego reaccioné.

—No era mi intención involucrarte —me disculpé—, pero ya que tienes voluntad...

—Dime nomás, soy todo orejas.

—Quisiera conocer el pasado de los verdes antes de llegar a La Perinola.

—Al igual que los colorados —se lamió las patas—, son colonos que vienen de todas partes buscando una identidad que los cohesione.

—Pero hay pescadores a río revuelto que hacen de las suyas.

—En un pueblo joven todos quieren salirse con la suya —me recalcó—. ¿Acaso no te has dado cuenta?

—Creo entender que en La Perinola los colorados deben prevalecer.

—El éxito de la convivencia no está en que unos prevalezcan sobre otros sino en el respeto por su diversidad.

En eso, me despertó el ruido de una trompeta que llamaba levantarse a la tropa de la policía. Abrí los ojos y me puse a buscar el cuento de *Alicia en el país de las maravillas* para ver cómo terminaba esta historia pero no lo encontré, luego intente dormir pero me di cuenta que era solo un sueño para distraer mi realidad de prisionero.

Me levanté por curiosidad y vi por un hueco de la cortina todo lo que hacían, cómo se formaban, cómo respondían a la lista y todos los ejercicios. A eso de las ocho de la mañana del sábado y cuando tenía mucha hambre porque no había probado bocado desde la tarde anterior, me acordé de alguien que me conversó que vivía junto al Destacamento de Policía de Canandé.

—¡El Inspector de Malaria! —se me iluminó.

Desarmé la cortina buscando entre los policías algún carita de bueno para comentarle mi hallazgo, hasta que reconocí al mismo policía que me registró la noche anterior.

—Disculpe oficial —llamé su atención.

El policía se acercó preguntándome cómo había amanecido.

—Quiero pedirle un favor —interrumpí—. Resulta que cerca de aquí vive un inspector de malaria que es amigo mío...

Pero antes que yo terminara de plantearle todo eso, le ubicó perfectamente para decirme que era un gran amigo de la policía y que gustoso le llamaría para que saludara conmigo. Al poco rato llegó el Inspector de Malaria y como estaba al tanto que tarde o temprano me cogerían preso en la provincia verde, me advirtió.

—No puedo hacer nada para sacarte.

—No se trata de eso —le aclaré—. Solamente que no he comido desde ayer...

—¿Tienes plata?

—¡Claro! —le dije, haciendo sonar las monedas en mi bolsillo.

—Entonces, todo está arreglado —se frotó las manos—. ¿Qué quieres comer?

—Me da igual —respondí—, puedo comer lo que sea.

Extendió su mano para coger la plata y se fue. En poco menos de quince minutos regresó con una tarrina de arroz con pollo y una funda de avena. Mientras me acomodaba para el desayuno, el Inspector de Malaria me ofreció pasar en la noche que regresaba de un viaje.

—Supongo que ya me llevarán a la capital verde —le comenté.

El Inspector de Malaria soltó una carcajada.

—¿Crees que vendrían en su día de descanso? —comentó y se fue.

Con la barriga llena y el corazón contento, me disponía nuevamente a dormir cuando me despertaron los ruidos de un partido de fútbol que los policías disputaban. Ese sábado fue todo un suceso porque, por un lado, tuve la oportunidad de ver un partido de fútbol desde la cómoda tribuna de mi celda y por otro, a través de la puerta de rejas, pude observar a una atractiva mujer como de mi edad, lavando ropa en la terraza del comandante.

—¿Quién es esa chica? —le pregunté a uno de los policías que disfrutaba del partido arrimado a mi celda.

—¡Cuidado con la esposa de mi coronel! —respondió, alejándose como si con ello fuera a comprometerse.

Ella lucía un cómodo pantaloncito recortado y camiseta rosa sin mangas. Silbaba defectuosamente alguna canción ranchera que ya no me acuerdo por-

que yo solo disfrutaba de sus encantos: tez blanca, labios carnosos, ojos verdes y su corte de pelo bastante alto. Tan concentrado estaba en descifrar el tema de sus silbidos y los gestos que hacía lavando ropa que perdí el interés por el partido de fútbol a pesar de la algarabía que despertaba en la tropa policial. Cuando empezó a oscurecer y ella se retiró, se me vino la urgencia de escribir lo que estaba viviendo, pero esa tarde del suceso olvidé poner la libreta entre el calcetín y el tobillo, y tampoco había un esferográfico por ninguna parte.

“Bueno”, me resigné, “al fin y al cabo llevo todo en la memoria para cuando regrese a casa llene una libreta más de las tantas que dejó el doctor Cárdenas”.

Así pasaron sábado y domingo, sin que nadie apareciera del otro lado a sacarme. Al menos no me faltó la compañía del Inspector de Malaria que llegaba en horas de hambre a retirar el dinero para comprarme comida. Hasta que a las diez de la mañana del lunes golpearon la puerta metálica con el mismo candado.

—¿Señor Tal y Pascual?

—A la orden —me incorporé como resorte, justo cuando empezaba a perder la fe de que alguien llegaría a rescatarme.

—Todo está arreglado —me dijo el policía—, puede irse a su casa.

Aunque me sentía un poco maloliente porque no me había bañado ni cambiado de ropa desde el viernes, salí de la celda de choferes con el ánimo de darle un abrazo al primer salvavidas que se cruzara en mi camino. Miré hacia uno y otro lado de la calle, esperando por la ambulancia del hospital de Colorado o algún otro auto conocido, pero lo único que encontré fue un gusanito de colores con las luces prendidas.

—¡Inspector! —escuché que llamaban de su interior.

—Al menos alguien se acuerda de mí por estos lugares —suspiré.

Regresé a ver al policía que me escoltaba desde el viernes anterior y me despedí:

—Gracias, oficial —estreché su mano—. Todo fue muy divertido.

—¿Cuándo nos visitará otra vez?

—Cuando se les ocurra detenerme —sonréí.

Agaché la cabeza para entrar al gusanito de colores y me llevé una sorpresa.

—¿Dónde está el conductor? —miré a todos lados.

—Vengo a darle una noticia —respondió esa voz misteriosa que no lograba descubrir de dónde provenía.

—¿Es buena o mala?

—Depende como lo vea —insistió—. Pero le puedo adelantar que se trata del futuro de La Perinola.

—¿Y dónde están las fuerzas vivas? —seguí preguntando al desconocido.

—Todos se fueron al Congreso... —seguía sorprendiéndome—. Unos en contra y otros a favor del decreto.

—No me diga que La Perinola ya tiene color propio.

—¿Qué come que adivina? —seguía bromeando ante mi creciente angustia.

—Todavía no he probado bocado... —respondí, buscando por todos lados al amigo de Malaria.

Pero justo en el asiento del conductor encontré un periódico subrayado que decía: “Mediante Decreto publicado en Registro Oficial # 219, se declara a La Perinola jurisdicción de la provincia rosa para zanjar el litigio entre colorados y verdes...”.

Regresé a ver los vagones solitarios del gusano de colores y, para mi asombro, apareció don Mesías agitando una banderita de color inesperado en el último vagón.

—Tarde o temprano La Perinola tenía que ser color de rosa —me dijo, lanzándome las llaves del gusanito—. Ya puede tomar el rumbo que le parezca.

Encendí el gusanito de colores y me alejé antes que las cosas se pusieran color de hormiga.

Índice

Prólogo	7
Los primeros días	9
PRIMERA PARTE	
Camino de los recovecos	15
SEGUNDA PARTE	
La noche de los platos rotos	109
TERCERA PARTE	
Los granjeros con gafas	165
CUARTA PARTE	
El Circo de los Payasos	207
Índice.....	279